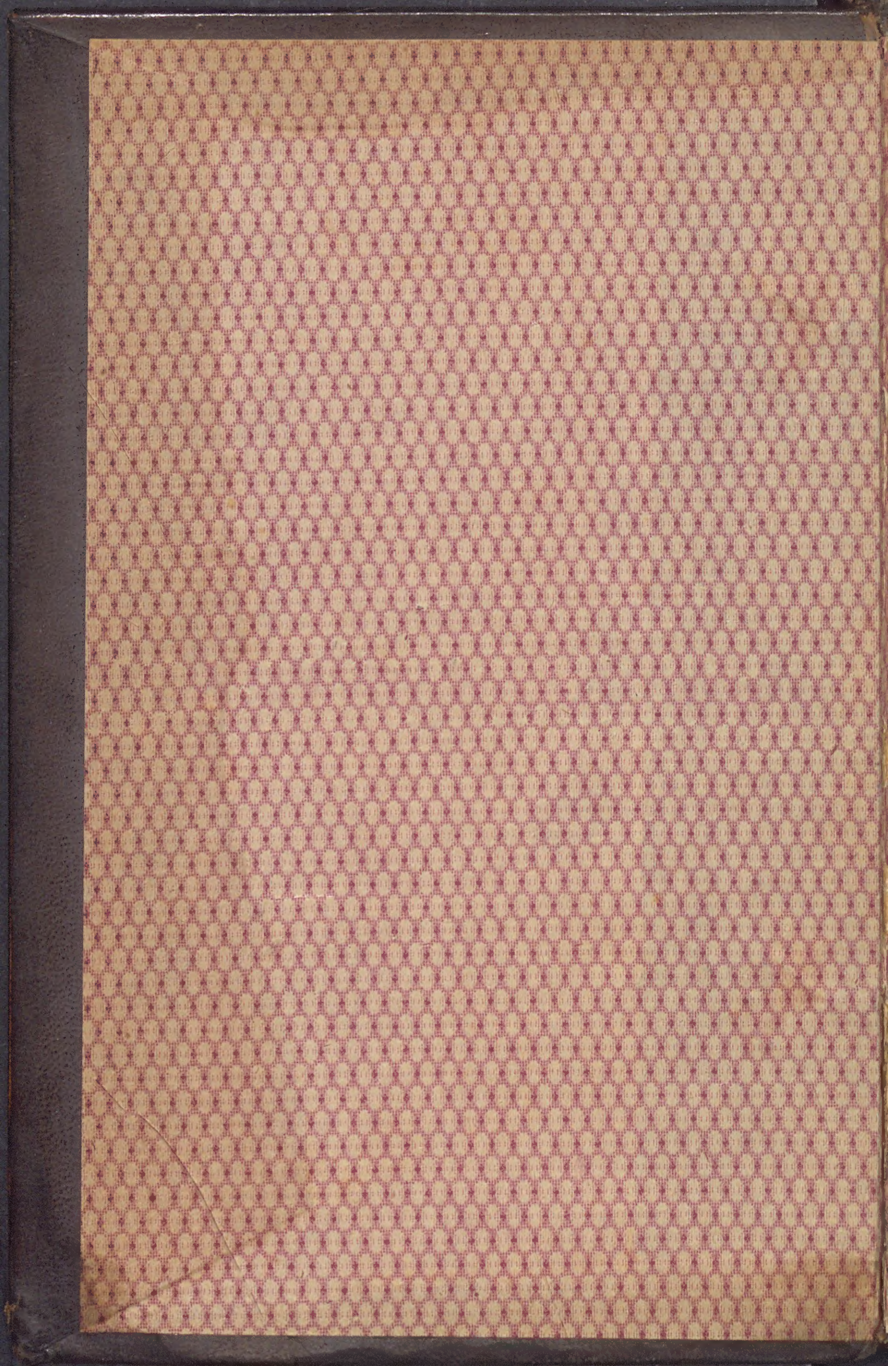
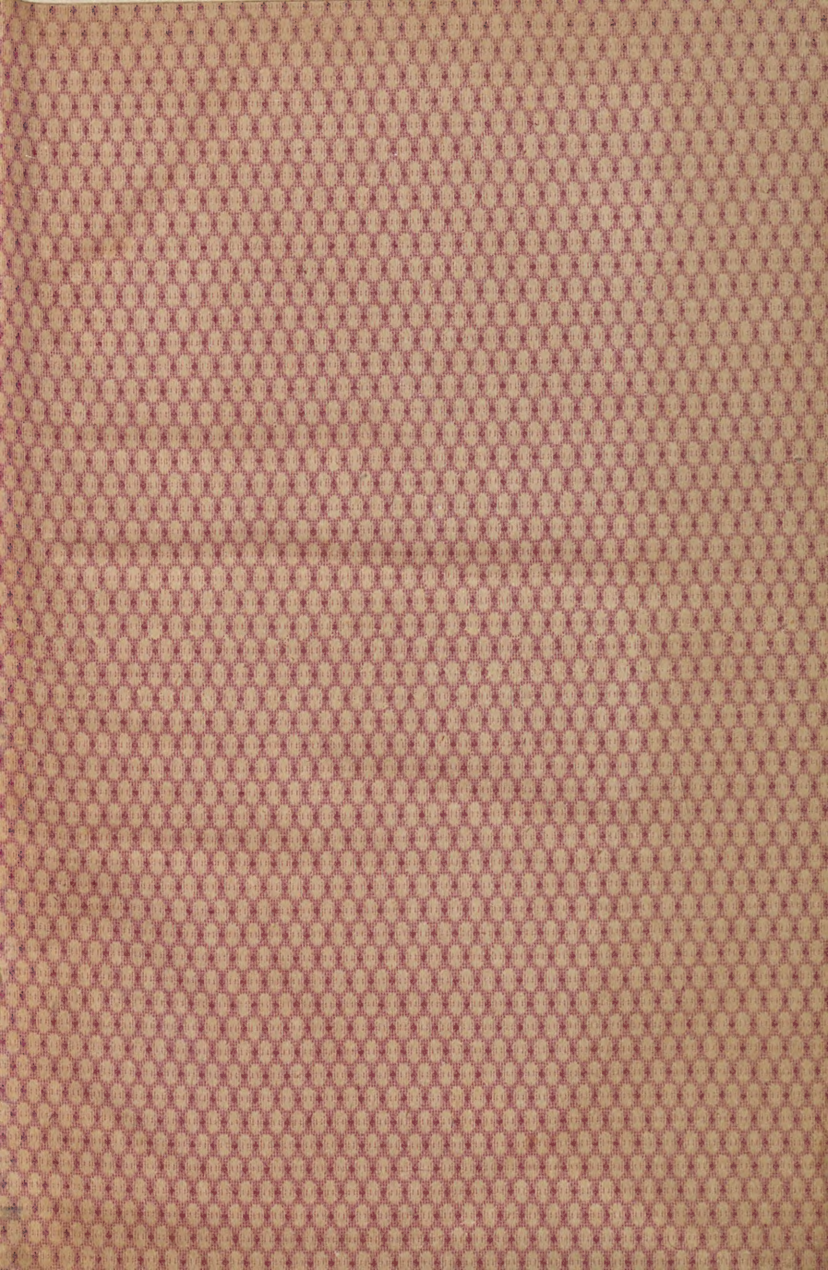






LEYENDAS NACIONALES

DOÑA MARÍA CORONEL

LEYENDAS NACIONALES

DOÑA MARÍA CORONEL

(EPISODIO DEL REINADO DE DON PEDRO EL CRUEL)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ





MADRID
LIBRERÍA DE SALVADOR SANCHEZ RUBIO
Calle de Carretas, número 31

Berenguillo, Huertas, 70, Madrid



CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE DOS EXTRAÑOS PERSONAJES TIENEN UNA GRAVE CONVERSACION.

Era una alborada de primavera del año de gracia de 1358.

El rio Corbones aparecia blanco y sereno bajo la diáfana luz de la mañana, orlado por gentiles álamos y por odoríferos árboles frutales.

Cerca se veia una aceña, por la cual se derrumbaba una ancha tabla de agua, produciendo un rumor monótono, que se unia al ruido de las piedras del molino, que sobre la orilla derecha se mostraba.

En un término cercano, sobre un recodo del rio, sobre una colina, aparecian rojizas y robustas, sobre un recinto de muros almenados, las torres árabes del castillo de Carmona.

Nada más se veia desde el lugar en que nos hemos colocado.

Algo más abajo de la aceña y del molino, entre unos gigantescos olmos, en la orilla derecha del rio, algunas piedras, cubiertas de musgo, sobresalian del césped, colocadas en semicírculo debajo de las frondosas copas de los olmos, y como si hubiesen sido puestas de intento y no situadas allí por la naturaleza.

La altura de estas piedras era acomodada á servir de asiento; pero la del centro del semicírculo era algo más alta, como si se hubiera querido establecer en élla una presidencia.

Estas piedras eran nueve, cuatro á la derecha y cuatro á la izquierda de la del centro.

Todas estaban ocupadas.

Es decir, allí habia nueve personas, ocho hombres y una mujer.

La mujer ocupaba la piedra del centro, como si dijéramos, la presidencia.

Esta mujer estaba vestida de una extraña manera.

Defendia su cabeza un casco ó capacete redondo y brillante, sin creston ni cimera.

Solamente en su frontal se veia una estrella de oro.

Bajo el casco aparecia un semblante extraordinariamente moreno, pero límpido y sonrosado, y de tal manera fresco y vigoroso en su encarnacion que, siendo, como hemos dicho, moreno os-

curo, producia el efecto de una blancura nítida.

La regularidad y la gracia de sus facciones eran admirables.

Aquella poderosa hermosura, voluptuosa y severa á un tiempo, parecia destinada á causar el amor y el respeto.

Sus grandes ojos negros, sin tener nada de duros ni de aviesos, eran sin embargo de mirada intensa, profunda, inalterable y pensadora.

Sus larguísimos cabellos negros, sedosos y brillantes, caian sobre sus hombros, sobre su espalda, por delante de su pecho, en largos rizos.

Su garganta era de una musculatura, de una forma tal que representaba todas las fuerzas irresistibles de la sensualidad y una poderosa fuerza física.

Sus hombros eran anchos y curvos, y el seno desarrollado, á juzgar por la gran convexidad del jaco ó coracina que le cubria.

Un manto rojo, pero con ese rojo terrible de la sangre del toro, plegado y revuelto, envolvia casi por completo el resto de las formas de esta mujer.

Sólo se veia una de sus piernas, cubierta por una calza de espesa malla de Milan, y en el calcañal del precioso y pequeño pié de aquella pierna, fina y torneada, aparecia una rica espuela de oro.

Los brazos de esta extraña criatura estaban cubiertos por las amplias mangas del pesado y espeso camisote de mallas.

Pero las manos, que aparecian descubiertas, eran de una belleza, de una delicadeza infinitas.

Una espada ancha y corta, con empuñadura de oro, aparecia entre una abertura del manto, al costado de esta mujer, y tendida á sus piés habia una azagaya ó lanza moruna de dos hierros.

Á espaldas de este singular personaje, atado á un árbol, con caparazon y frontal de hierro, con gualdrapas de mallas y colgada del arzon una adarga roja con una estrella de oro en el centro, habia un poderoso caballo de batalla.

Otros ocho caballos, paramentados de igual manera, pero con adargas blancas pendientes de los arzones, se veian atados acá y allá.

Los hombres que á derecha é izquierda de aquella mujer aparecian sentados llevaban lorigas y calzas de mallas, jacos ó coracinas redobladas de limpio acero, capacetes con creston, y cotas de armas á manera de pequeñas casullas, en que se veian en dos cuarteles el leon rojo en campo de oro y el castillo de oro en campo rojo.

Todos estos hombres eran ya de edad viril, enérgicos, bravíos y barbudos.

Se comprendia que con un reducido ejército de hombres semejantes á éllos se podia llevar el pavor de la guerra á todas partes.

Habia algo de siniestro en sus miradas, en su semblante, en su actitud.

Á juzgar por sus armas y por el blason que llevaban al pecho, eran ballesteros hidalgos de ma-

za de la guardia personal del señor rey de Castilla, don Pedro I.

Tendidas en tierra ó arrimadas á árboles se veian ocho largas, fuertes y poderosas lanzas de batalla, con anchas cuchillas de pié y medio.

Todo era allí bravío y bizarro.

Aquélla era una magnífica acentuacion de la Edad Media, un rasgo característico de época.

Á la derecha de la dama, que dama era á no dudarlo aquella mujer guerrera, que aparecia como jefe de ocho bravíos ballesteros del rey don Pedro el Cruel, habia uno hasta tal punto característico que resaltaba de una manera poderosa de sus otros compañeros.

Era de semblante abultado y enérgico, de mirada sombría y poderosa, de cabellos fuertes y un tanto crespos, pero cuidados, y de larga barba negra, rizada tambien.

Apesar de su riqueza no ocultaba completamente una boca de labios gruesos y de expresion cruel y desdeñosa.

Era rudo, y sin embargo tenía el estilo del caballero habituado á servir en la corte, cerca del rey y privando con el rey.

Este hombre trataba con cierta confianza, que no excluia el respeto, á la dama armada.

—En verdad, en verdad, señora,—la decia en el momento en que levantamos el telon para que nuestros lectores asistan á la representacion de nuestro drama,—que no teneis razon en plañiros

de que el rey persiga á muerte á esa raza de víboras que le dejó en herencia su buen padre, el señor don Alonso el Onceno.

—¡Dos niños!—exclamó con acento grave, pero sonoro y puro, la dama.

—Sí, es verdad; pero los traidores no son nunca niños; no son mas que traidores.

—En la adolescencia no hay traicion,—insistió la dama;—porque tanto, como vos sabeis, amo al rey, me duele la locura de exterminio que de él se ha apoderado: dia llegará en que, espantados de él, hasta sus más apasionados amigos, hasta sus más leales vasallos, contra él se vuelvan; y no hay leon, por bravo que sea, que pueda resistir cercado y acosado por todas partes.

—Bueno era su señoría cuando su madre y su tia, la reina viuda de Aragon, doña Leonor y don Juan Alfonso de Alburquerque, y los bastardos, le llamaron á Toro.

Él abrazó con las lágrimas en los ojos á los malditos hermanos que le dejó su padre, ensoberbecidos, acostumbrados al dominio, enriquecidos por el amor paternal, tan amigo de éllos como enemigo del primogénito, del noble rey don Pedro.

Si éllos fueran leales y buenos hermanos, buena madre doña María, buena tia doña Leonor, buenos primos los infantes de Aragon, que tanto debian al rey, que en su corte los amparaba contra la saña de su hermano, el mal aragones, á quien llaman sus vasallos el del Puñal, no se hu-

biera irritado el rey ni matado hubiera á nadie, ni venido, como vos decís, á la locura del exterminio.

—Permitidme que os diga, Juan Diente,—respondió la dama,—que vos sois un lobo, hijo de lobo, y que por instinto y por necesidad amais la sangre y el carnaje; y si vos amais tanto al rey, más que por lealtad, es porque el rey satisface, con las terribles sentencias que os manda ejecutar, vuestra sed de destruccion.

—¡Ira de Dios!—exclamó Juan Diente;—el rey me tiene hambriento. Cuando me dice: «Juan, vete con veinte ballesteros, con el señor Juan Fernandez de Hinestrosa y con sus lanzas á tal castillo, y cuando el señor Juan Fernandez de Hinestrosa ó don Diego García de Padilla le hayan entrado por fuerza de armas, si un tal, por ejemplo, don Alonso Fernandez Coronel y sus escuderos ó valedores no han caido en la pelea, machácalos», yo digo al rey: «¿Y no más, señor? Lo que con Alonso Fernandez Coronel me manda hacer vuestra señoría, eso mismo habia que hacer con todos los ricos hombres y todos los prelados, y así viviríamos en paz, porque no habria quien revolviese el reino, y vos podríais ser rey sin contradiccion y haciendo el bien de Castilla.» ¡Ah! son unos miserables, doña Leila; vos lo habeis visto. Mató el rey en justicia al traidor, al rebelde señor de Aguilar, don Alonso Fernandez Coronel.

Pusieron el grito en el cielo, apellidando ven-

ganza, doña Aldonza y doña María Coronel y sus maridos.

Escapáronse éstos, Alvar Perez de Guzman y don Juan de la Cerda, á Aragon, con sus mujeres, y juraron no volver sino con un ejército que venciese y matase al rey.

Pero don Pedro el del Puñal, aunque los acogió bien, no les dió cosa que compensase la pérdida de sus villas y castillos, que, por haberse desnaturado, habian entregado al rey, y su gracia imploraron y la mendigaron éllos, los soberbios, que tan airados se habian ido.

¿Qué hicieron, pues, mas que vender su venganza, ó, lo que es lo mismo, la sangre de Alonso Fernandez Coronel?

Una vez repuestos en sus dominios, en sus honores, en sus preeminencias, por la generosidad del rey, criaron de nuevo traicion y coraje, se desmandaron, y escapó Alvar Perez de Guzman; y don Juan de la Cerda, que escapar no pudo, bajo mi maza cayó.

Pues ahí teneis á doña Aldonza Coronel, manceba enamorada del rey, que la sacó del convento de Santa Clara, donde se habia amparado, no pudiendo seguir á Aragon á su marido; y á doña María Coronel, la hija de don Alonso Fernandez, la viuda de don Juan de la Cerda, digna hermana de doña Aldonza, en su casa fuerte de Sevilla, con color de criar á sus hijos y dentro de los mismos muros en que habita el rey, que enamorado la busca.

Decid ahora que no son dos miserables, que la sangre y la desgracia de sus parientes no insultan, esas dos hermosas é ilustres señoras.

—Entre las dos hermanas,—contestó doña Leila,—hay un abismo.

Doña Aldonza es ligera, vana, antojadiza, y la ha enamorado el rey.

Casáronla á su despecho con Alvar Perez de Guzman, que, como sabeis, vale muy poco para ser amado.

El rey es hermoso, jóven, apasionado, audaz, brillante, y doña Aldonza ha sido cogida hasta las entrañas por el amor.

Élla se ha olvidado de todo.

Élla no ha visto que es el ludibrio de la corte.

Élla ha satisfecho su antojo y pretendido satisfacer su ambicion, despreciándolo todo y haciéndose despreciar de todos, hasta del mismo rey, que no tardará en abandonarla, dándola alguna villa para que se consuele.

¡Cuán distinta su hermana doña María Coronel! No parecen hijas de un mismo padre y de una misma madre. Doña María es una santa. ¿No la veis con su eterno luto, que hace resaltar su incomparable hermosura, encerrada en su casa como si estuviese en una ancha tumba, criando en el temor de Dios y en el honor á sus hijos, llorando siempre al muerto padre y al muerto marido, rogando por sus almas, pidiendo á Dios aparte de su infame locura á su hermana, sufrien-

do pacientemente y con la fortaleza de la fe de los mártires las tenaces y ya rabiosas solicitudes del rey?

—¿Santa decís?—exclamó con sarcástico desden Juan Diente.—¿Pues hay acaso en el mundo, ni la ha habido, ni la habrá, una mujer que tanto haya amado ó ame á un hombre como doña María Coronel ama al rey?

—¡Santa!—repitió doña Leila con acento profundo.

—Pues cuando yo llamo á las puertas del templo de esa santa,—dijo Juan Diente,—se abren de par en par.

—Vais en nombre del rey, y doña María obedece.

—Sí, es cierto, y cuando á élla me presento palidece, se la extravía la mirada, una angustia insoportable se apodera de élla, y con la voz trémula, no pudiendo ocultar su turbacion ni lo que en el alma la pasa, me dice:

—¿Qué me quereis aún?

Yo la doy el pergamino que el rey para élla me ha dado.

Élla le lee.

Se acongoja más y más.

Sin ser poderosa para evitarlo, los ojos se la llenan de lágrimas y me dice devolviéndome el pergamino:

—Decid, como siempre, al rey, que ni puedo, ni quiero, ni debo.

Y esto me lo dice con la voz triste y apagada, como quien apura el último esfuerzo.

—Siempre encontrará fuerza en su fe,—exclamó doña Leila.—Ya vereis cómo esa señora será la desesperacion del rey. ¡Que le ama! ¿Y quién no ama á don Pedro? Parece que por una maldicion, y para castigo de todas las mujeres que le conocen y en las que él pone su mirada avarienta, ha determinado Dios que todas se enamoren de él, hasta la locura, y por todo pasen y á todo se avengan. El rey es encantador, hermoso, jóven, ardiente, apasionado. Tiene todo cuanto se necesita para impresionar á las mujeres. Es además rey; es además una brava fiera, que al arrojarse rendido, enamorado á los piés de una mujer, halaga su vanidad, excita su ambicion, conmueve todas esas pasiones extraordinarias que Dios ha puesto en el corazon de la mujer: el rey es un hermoso Satanas, dotado por Dios del poder de todas las tentaciones que á la mujer pierden.

Le ama, le ama doña María. Pero porque le ama, y á él no sucumbe ni sucumbirá jamás, porque se mantiene firme en la lucha de su deber con sus pasiones, por eso la llamo santa.

—¿Y por qué,—insistió el tenaz Juan Diente,—vive tan cerca del peligro? ¿Por qué no muestra resentimiento ni saña alguna contra el señor que la mató el padre y el marido? ¿Por qué, si es santa

y altiva, está, no ya en la corte, sino ni áun en los reinos de su señoría?

—No teneis vos bastantemente delicada el alma, Juan Diente, para comprender lo grande del alma de esa señora. No sería santa si no tuviese una gran rectitud, si no conociese perfectamente el valor y la esencia de la justicia. Don Alonso Fernandez Coronel, su padre, era un mal hombre, soberbio y tornadizo, atento sólo á su avaricia y á su soberbia, que al rey servía cuando el rey le acrecentaba, y que, insaciable siempre, á la primera negativa del rey á una nueva merced, contra el rey se volvia.

Mandóle el rey depusiese las armas; se encerró en su villa y fortaleza de Aguilar, y frente hizo al rey y le obligó á combatirle en persona, y como era poderoso le entretuvo en una guerra de algunos meses, entorpeciendo al rey para la prosecucion de otras empresas. Á ballestazos y pedradas recibió el estandarte real, le desgarró; reo se hizo de alta traicion y lesa majestad divina y humana. Razon tuvo el rey para ajusticiarle, y doña María lo conoce harto bien, y aunque lo deplore, contra el rey no puede volverse. ¿Y quién era don Juan de la Cerda, su marido?

Otro traidor, otro infame, otro ingrato; debia al rey mercedes sin cuento, y como don Alonso Fernandez, incurrió en el crímen de alta traicion y lesa majestad.

Doña María no puede ménos de reconocer la justicia con que el rey castigó á su marido.

—Era al fin su marido,—dijo Juan Diente,—el padre de sus hijos.

—¡Ah! ¡Juan Diente, Juan Diente! Cuando se casa una mujer, como doña María se casó, por el mandato paterno; cuando se la casa con un hombre tal como don Juan de la Cerda, en el que nada halla que pueda hacerla tolerable su union con él; cuando esta union, en vez de ser una felicidad, es un martirio, una esclavitud, el luto y la agonía del alma, puede muy bien la ciega y poderosa naturaleza hacer madre por ese hombre á una esposa desventurada; pero el que un hombre sea el padre de los hijos de una mujer no es una razon para que esta mujer le ame; es el resultado de su esclavitud, del terrible é inexcusable cumplimiento de su deber.

—Complacida y feliz se mostraba doña María,—insistió Juan Diente,—cuando al lado de don Juan de la Cerda se mostraba.

—Un martirio más y una grandeza más. Élla habia jurado con los labios, no con el alma, que no podia jurar lo imposible, amar á su marido, y por dignidad propia debia dar al mundo la apariencia del cumplimiento de lo que habia jurado. Doña María, casada y con hijos, era una vírgen, porque la criatura humana es el alma, no el cuerpo, y doña María tenía el alma vírgen de todo amor, de toda impureza. Por cualquier lado que considereis á doña María Coronel es admirable, santa, mártir.

Élla sabe bien que de élla se murmura viéndola en la corte del ajusticiador de su padre y de su marido, por retirada que esté.

Podria desnaturarse por el fuero de los hijodalgos; pero es madre. Desnaturándose, sus hijos perderian sus grandes estados patrimoniales para ir á vivir de la limosna del rey de Aragon, ó del de Navarra, ó del de Portugal.

Doña María no ha tenido mas que corazon de madre: doña María ha buscado al rey, se ha arrojado á sus plantas, le ha manifestado llorando que sus hijos no eran culpables ni debia hacérseles sufrir la pena de las culpas del padre y del abuelo; ha demandado, con la vehemencia del dolor y del amor materno, el levantamiento de la confiscacion de los estados patrimoniales de don Juan de la Cerda y de don Alonso Fernandez Coronel.

Yo estaba allí.

Yo lo veia y lo oia todo desde el acechadero secreto de la cámara del rey en el alcázar de Sevilla.

Juan Diente, yo no he visto nada tan hermoso, tan poderoso, tan irresistible, como aquella jóven y noble señora, enlutada, arrojada á los piés del rey, presentándole sus pequeños, llorando por éllos, pidiendo para éllos el nombre y la hacienda de su padre y de su abuelo.

Y esto con voz suplicante y dulce, reconociendo la justicia con que el rey habia castigado á aquellos caballeros.

No podia darse más sacrificio.

No podia llegar á más el amor de una madre.

Y esto aumentaba de tal manera su hermosura que yo, que soy mujer, me estremecia, y comprendia el estremecimiento que cogia al rey de los piés á la cabeza, y su mirada absorta, y atónita, y avarienta y enloquecida de amor.

Y cuando el rey alzó á doña María y lo que le pedia la concedió, como la hubiera concedido todo cuanto poseia, y más que hubiera tenido necesidad de ganar, por un solo momento de amor, la madre, rechazando á la hija y á la esposa, besó, trasportada de agradecimiento, las manos del rey, y le dijo, con una voz que ahogaba los sollozos, inspirada:

—¡Dios os libre, señor, de todos vuestros enemigos, y áun de vos mismo!

Y el rey la dijo:

—Amadme, y por vuestro amor me libertaré.

—No puedo, no debo,—exclamó doña María.

Pero no añadió lo que á vos os dice:

—«No quiero.»

—¡Me amareis!—exclamó el rey con violencia;—me amais ya.

—Si fuera cierta esa desgracia, señor,—contestó doña María,—yo sabria ser digna del nombre que llevo y de la proteccion de Dios, que espero no me falte.

Y volviendo á agradecer al rey, anegada en lágrimas, lo que el rey por sus hijos habia hecho,

salió y fué á encerrarse en su casa con la inmensa desgracia de su alma.

Sí, sí, Juan Diente: doña María, á despecho de su voluntad, no pudo amar á su marido, y, sin embargo, cumplió de tal manera con su deber que su marido se creyó amado.

Doña María, á despecho de su voluntad, no puede dejar de amar al rey, y, sin embargo, el rey no tendrá jamás ni un acento de amor ni una mirada de amor de doña María.

Podrá, irritado, llegar contra élla hasta lo horrible.

Encontrará la firmeza de la mártir.

Sí, sí, yo os lo aseguro: santa, santa.

—Lo veremos,—dijo Juan Diente.—¿Creeis que batalló poco el rey para rendir la fiereza de doña Aldonza Coronel?

—Entre las dos hermanas, os lo repito, hay un abismo.

En aquel momento sonó dentro del bosque una bocina.

Todos se pusieron de pié y avanzó cada cual hácia su caballo.

Doña Leila recogió la azagaya.

Adelantó hácia su corcel.

Tomó de su arzon la adarga.

La embrazó y, teniéndola Juan Diente el estribo, montó.

El pequeño escuadron arrancó por un sendero en direccion al castillo de Carmona.

Muy pronto encontraron un hombre atlético, jinete en un corcel negro, y al parecer, por sus armas y por su divisa, caballero.

Le seguian cuatro escuderos.

Hicieron alto, cuando se encontraron los jinetes.

—Y bien,—dijo doña Leila,—¿hay alguna dificultad?

—Ninguna,—contestó el caballero atlético,—el alcaide de Carmona acata las órdenes del rey.

—Adelante, pues,—dijo doña Leila.

Y lanzó su caballo.

En aquel momento se levantaba el sol en el horizonte.



CAPÍTULO II.

ALGO SOBRE DOÑA MARÍA DE PADILLA Y SOBRE LOS SUCESOS DE AQUEL TIEMPO.

Dos niños, el uno de catorce, el otro de once años, duermen en un mismo lecho, en un lecho verdaderamente mezquino, en una cámara desguarnecida, renegrida, en donde penetra la luz de la mañana por una profunda ventana abierta en el muro.

No hay más muebles que una mala mesa de pino y dos sitiales de la misma madera.

En élla, sin duda, comen los desgraciados.

Sobre uno de los sitiales están sus ropas, que un tiempo debieron ser ricas, pero que están deslustradas ya y áun rotas por un largo uso.

Representan la miseria de la grandeza, y por lo mismo son más conmovedoras.

Blancos, rubios, hermosísimos los dos niños, en sus semblantes adolescentes brota la pena y el desamparo á traves de su sueño.

Son los infantes don Juan y don Pedro, hijos bastardos, pero reconocidos, del rey don Alonso el Onceno y de su favorita doña Leonor de Guzman, hermanos de don Enrique de Trastamara, de don Fabrique, maestre de Santiago, y de don Tello, señor de Vizcaya.

Don Enrique ha sido vencido en Nájera y está refugiado en Francia.

Don Tello, desposeido de su señorío de Vizcaya, en Francia se ampara de la cólera de don Pedro.

Don Fadrique ha muerto algunos dias ántes en el alcázar de Sevilla, en una galería entre el patio de las Muñecas y el salon de Embajadores, bajo las mazas de armas del terrible Juan Dicnte y sus dos compañeros, Rodrigo Diaz de Albarracin y Rodrigo Perez de Castro.

El maestre habia llegado á Sevilla vencedor del infante don Fernando de Aragon, que habia tomado al rey don Pedro la fortaleza de Jumilla, en la frontera de Murcia.

Don Fadrique conspiraba.

El rey lo sabiá.

Su muerte estaba decretada.

Al entrar el maestre en el alcázar, habiéndose

quedado fuera sus servidores y no acompañándole mas que un escudero, al llegar al lugar que hemos indicado, fué acometido por los tres verdugos de don Pedro.

Bravo y sereno el maestre, como quien venía del valiente rey don Alonso el Onceno, puso mano á su espada.

Pero sus gavilanes se cogieron en el talabarte, y no pudo desenvainarla.

Los ballesteros cayeron sobre él.

Y como el maestre resistiese la primera acometida,—«¡Rematadle!»—gritó con voz horrenda desde una ventana de la galería el rey don Pedro.

Cayó al fin el maestre.

El rey bajó.

Aún se agitaba el desdichado en sus últimas convulsiones, y el rey, para rematarle, le dió de puñaladas con su propia mano con una piocha que llevaba al cinto.

Espantado, despavorido por aquella agresion inesperada, el escudero del maestre, en vez de socorrer á su señor, huyó desatentado, perdiéndose en el alcázar.

Llegó á una cámara donde se encontraba doña María de Padilla, la reina de hecho y áun de derecho, puesto que aunque clandestinamente estaba casada con don Pedro, con el bígamo ó trígamo don Pedro, puesto que vivian su esposa doña Blanca de Borbon y su otra esposa doña Juana de Castro.

Al ver doña María al primer escudero del maestre desencajado, aterrado, lívido, le preguntó la causa de su terror.

Díjosela con voz entrecortada.

Oíase ya cerca la irritada voz del rey, que con sus maceros al escudero venía buscando.

La buena doña María, que buena era, cogió á su hija la infanta doña Beatriz, que sólo tenía cuatro años, y se la puso en los brazos al desdichado escudero, para que en el primer momento le sirviese de escudo.

Entró el rey.

Vió al desdichado ecudero con su hija doña Beatriz en los brazos.

Se fué á él, descompuesto de furor.

Le arrebató la infanta, y un momento despues el escudero caia bajo las mazas de los ballesteros, sin que de nada sirviesen los ruegos de doña María.

El rey estaba ebrio de furor y de sangre.

Habia muerto á aquel de sus hermanos traidores que habia habido á las manos.

Le irritaba el ver amparados en Francia á don Enrique y á don Tello.

Pero tenía en rehenes á sus jóvenes hermanos don Juan y don Pedro en la fortaleza de Carmona.

Habia resuelto el exterminio de sus hermanos bastardos.

Inocentes eran aquellos dos pobres niños.

Por su edad nada habian podido hacer contra el rey.

Pero don Pedro veia en éllos el crímen de ser hijos de doña Leonor de Guzman y hermanos de aquellos poderosos bastardos que de tal manera le habian combatido.

Además de esto, la fiera se habia determinado ya en el rey don Pedro.

Los desventurados niños fueron sentenciados.

Doña Leila, de la cual diremos quién era más adelante, habia recibido la órden de ir con algunos ballesteros de maza al castillo de Carmona á matar á los dos infantes.

El caso era enorme, monstruoso.

Se temia que ante tal monstruosidad se sublevase el alcaide de Carmona.

Doña Leila habia llegado poco ántes del amanecer al lugar donde la hemos presentado, acompañada de feroces ballesteros del rey, y habia enviado un emisario á preguntar confidencialmente al alcaide si estaba dispuesto á obedecer las órdenes del rey.

El alcaide habia mirado por sí, y ya sabemos su contestacion.

Pero ántes de que llegase el emisario de doña Leila habia llegado un escuadroncillo de lanzas y un capitan habia hecho señal con su bocina.

Demandáronle quién era, y respondió:

—Criado y mayordomo de la señora doña María Coronel y capitan de su mesnada, de órden del rey.

Sabía todo el mundo que el rey estaba empe-

ñado por los amores de doña María Coronel como no lo habia estado por los de ninguna otra mujer.

Las cosas más secretas de la corte van pasando de confidente en confidente, hasta que se hacen públicas, y cuando se hacen públicas están ya extraordinariamente alteradas.

Empezaba á murmurarse, y esto era falso, que la hasta entónces incontrastable doña María Coronel recibia secretamente de noche en su casa al rey.

Tan acogido corria este rumor que llegó á oidos de doña María de Padilla, que le creyó.

Porque ¿qué mujer que ama á un hombre con la intensidad con que doña María de Padilla amaba al rey no cree que todas las otras mujeres han de amarle tambien?

¿Y no tenía el ejemplo de las numerosas aventuras amorosas de don Pedro?

Sufrió con su grandeza de alma, sin quejarse, doña María de Padilla esta nueva rival, que élla suponia, engañada por maldicientes rumores, aunque sufrió más que por otras habia sufrido, más que por doña Aldonza, porque sabía bien cuánta era la extraordinaria valía de doña María Coronel.

No preparó tan secretamente don Pedro el asesinato de sús dos hermanos menores que doña María, que tenía al lado del rey lo que podia llamarse una policía, no se apercibiese de ello.

Desconfiando de sí misma, que tan impotente habia sido para evitar la muerte del maestre don Fadrique y de su primer escudero, tuvo el heroísmo de valerse de aquella misma doña María Coronel, que de tal manera, por el temor que la causaba, la hacía sufrir unos celos desconsolados.

Así, pues, una noche, de incógnito, acompañada de algunos servidores leales, salió en litera por un postigo del alcázar y se fué á casa de doña María Coronel.

Llamó á la puerta uno de los servidores, y cuando contestaron, dijo:

—Tomad esta carta, que es menester que la lea en el momento vuestra señora.

Llevada la carta á doña María, leyó en élla lo siguiente:

«Doña María de Padilla espera que doña María Coronel no se negará á recibirla.»

Sintió algo que no puede explicarse doña María Coronel al leer esta carta.

¿Por qué aquella esposa secreta de don Pedro, aquella querida pública, la buscaba á élla?

¿Qué queria?

¿Iba á hacerla oir algun incalificable atrevimiento, algun desacato á su virtud, excitada por los celos?

Doña María Coronel se apresuró á recibir á doña María de Padilla.

Bajó al mismo zaguan.

Doña María de Padilla era una mujer extraor-

dinaria, tanto por su hermosura como por su talento, tanto por su gran firmeza de carácter, por su manera de ver y de tratar las cosas, como por su virtud.

Juan Fernandez de Hinestrosa, su tio, hombre de gran valía, mañero y gran político, habia sabido captarse no sólo el aprecio, sino tambien el respeto del jóven rey don Pedro.

Los Padillas, además, ocupaban por su linaje, por su fortuna y por su valor una gran posicion en Castilla.

Eran unos de tantos poderosos señores que se repartian con el rey el imperio, viniendo á ser pequeños reyes.

No era la delicadeza una cosa en que se reparaba mucho en la Edad Media, cuando se contraponia á la ambicion.

Y en verdad, ¿en qué época, ni áun en la presente, en que nos jactamos de haber llegado al colmo de la civilizacion y de la dignidad, al perfecto conocimiento del derecho, la ambicion ha reparado en delicadezas ni en honras?

El fin justifica los medios.

Éste ha sido un axioma reconocido siempre por los ambiciosos.

Doña María, sobrina de Juan Fernandez de Hinestrosa, hermana del poderoso don Diego García de Padilla, era una jóven de cuatro años más de edad que el rey, y de una hermosura luciente, sencilla, tranquila, poética, irresistible.

Pensaron Juan Fernandez y don Diego en que podia ser muy bien que, enamorado el rey de su sobrina y de su hermana, con élla se casase.

Esto era ántes del casamiento del rey don Pedro con la hija del duque de Borbon, sobrina del rey de Francia, doña Blanca.

Hicieron Hinestrosa y Padilla que el rey don Pedro conociese á doña María.

Y conocerse y amarse entrambos, como si sólo para amarse hubieran nacido, fué obra de un momento.

Antojadizo é impaciente el rey, pretendió lo que no era posible, tratándose de doña María de Padilla, sino de una manera legítima.

Solicitó él.

Se defendió sin enojo, pero de una manera altiva, élla.

Dictó condiciones, y el rey, llegado al paroxismo del amor, consintió en casarse con doña María de Padilla.

El rey no se paraba en el precio que se ponia á sus deseos; y cuando por los buenos medios no podia obtener lo que le empeñaba, lo obtenia por medio de la violencia y á todo trance.

Se determinó, por razones políticas, que habia bastantes para ello, que el casamiento fuese secreto; y hay que creer en él, como en aquellos tiempos se creyó, puesto que de él daban testimonio personas de tan alta excepcion y de tal representacion y valía como Juan Fernandez

de Hinestrosa, don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, Juan de Mayorga y el clérigo Juan Perez.

Tenian los parientes de la Padilla y sus secuaces y valedores, que determinaban un partido muy fuerte, frente á sí otro no ménos fuerte partido, capitaneado por el viejo y poderoso don Juan Alfonso de Alburquerque, privado que habia sido del rey don Alonso el Onceno.

Trataba entónces Alburquerque de alzarse, como suele decirse, con el santo y la limosna, casando al rey con una princesa que tenía fama de hermosa y de discreta, y por medio de la cual Alburquerque creia llegar á lo supremo de su influencia sobre el rey.

Esta princesa era doña Blanca de Borbon.

Hinestrosa, Padilla y los de su bando habian ganado por la mano á Alburquerque, casando al rey con doña María.

Pero se engañaron.

Doña María obró por su cuenta.

Expliquémonos.

Doña María, altiva, más que por su rango por su virtud, no habia encontrado de quién enamorarse entre aquella nobleza podrida, atenta sólo á su medro y siempre dispuesta á la traicion, y tenía el alma vírgen y el corazon ansioso de amor.

Amó al rey con toda su alma, amor que comprendió tal cual era.

Pretendió defenderse de aquel amor, y no pudo.

Cegó por el rey, y para arrojarse en sus brazos no exigió otra condicion que la de la satisfaccion y el reposo de su virtud.

Pidió ser la esposa, declarando que élla no podía ser jamás la manceba.

El rey, que no regateaba, consintió.

Se hizo el casamiento; y cuando Juan Fernandez de Hinestrosa y don Diego de Padilla pretendieron que se publicase, doña María se opuso con toda su fuerza.

La publicacion de aquel casamiento, en el estado en que entónces se encontraba la política en Castilla, hubiera comprometido gravemente al rey, y doña María, ántes que ambiciosa, era enamorada.

Les salió muy mal su intriga á Juan Fernandez de Hinestrosa y á los Padillas, cuyo intento habia sido hacer reina de hecho y de derecho á doña María.

La prudencia y el amor de ésta desbarató sus planes, y no obtuvieron otro resultado de aquella intriga que la influencia que les daba el ser parienta suya, y tan próxima, la mujer á quien adoraba el rey.

Alburquerque y sus parciales tenian entónces un verdadero poder.

Eran muchos y prepotentes.

El reino clamaba por que el rey se casase, para obtener un herèdero legítimo de la corona.

Se daba entónces á esto una gran importancia, apesar de que el carácter de la monarquía en aquellos tiempos en todos los reinos de España era electivo, como lo prueban los juramentos que se hacian prestar á los reyes y la condicion á que éllos se obligaban, de mantener y cumplir los fueros, libertades, buenos usos y costumbres de los reinos.

La publicacion del casamiento del rey con doña María de Padilla hubiera producido una guerra civil, de funestísimos resultados para el rey don Pedro, dada la valía del bando de Alburquerque y la altivez castellana, que pedia un príncipe heredero, y no así como quiera, aunque no se dijese, porque se suponia, sino habido en una princesa de sangre real.

Á despecho, pues, de Hinestrosa, los Padillas y sus parciales, el casamiento de doña María con don Pedro permaneció secreto; y obligado el rey á doblegarse á la prepotencia del bando acaudillado por Alburquerque, y aconsejado por el amor y por la prudencia de la noble y buena doña María de Padilla, dejó correr las negociaciones que habia entablado con el rey de Francia el poderoso Alburquerque para dar en matrimonio al rey don Pedro á doña Blanca de Borbon.

No podian darse sacrificio ni prudencia mayores que los de doña María de Padilla.

Hizo á su marido doblegarse á las circunstancias, y élla influyó con todo el encanto de su

amor para que el rey sucumbiese á la razon política, á la razon de Estado.

No podia darse mayor heroísmo del amor al esposo y áun del amor á la patria.

Élla, que no podia pasarse sin su don Pedro, porque de él estaba enamorada; élla, que no podia disimular su amor; él, que por otra parte no podia contenerse, produjeron una situacion deshonrosa para doña María, porque todo el mundo la creia la querida del rey, vendida á él por la ambicion.

¿Qué la importaba?

Su conciencia estaba tranquila.

Dios no podia pedirla cuentas sobre su virtud.

El matrimonio habia santificado su amor.

El derecho de sus hijos estaba asegurado.

¿Qué importaba lo que dijese el mundo?

¿Qué importaba que se la despreciase?

Élla miraba ante todo al interes de su esposo, al interes de Castilla.

Era cuanto sacrificio podia hacerse por la familia y por la patria.

Se dejaron, pues, correr los sucesos necesarios.

Hinestrosa y los Padillas hubieron de contentarse con la influencia que les daba la union de don Pedro con doña María, y el casamiento del rey con doña Blanca de Borbon se llevó á cabo.

¿Por qué consentia doña María la bigamia del rey?

Esta bigamia era aparente.

Apénas celebradas las bodas del rey con gran

pompa en Valladolid, escapó, sin haber tenido género alguno de intimidad con su nueva desposada.

El rey se encontraba en el período candente de su larga luna de miel con doña María de Padilla.

Para él por entónces no existia, no podia existir otro amor ni otro deseo sino los que sentia por su secreta esposa.

El amor de ésta se sintió satisfecho.

Pero su sentido político se alarmó.

El rey, siempre violento, indomable, se habia dejado conducir hasta cierto punto; pero, desamorado para todo lo que no fuese doña María, resistió con su indomable fuerza de voluntad la consumacion del sacrificio, infiriendo una grave ofensa á la princesa francesa, que de él se habia enamorado, y causando un gravísimo recelo á Alburquerque y á los de su bando.

Los que extrañan los desastrosos sucesos de doña Blanca de Borbon no han meditado bien.

Doña Blanca era soberbia y vanidosa, como francesa, y, recibida la injuria, eligió el peor camino que podia elegirse contra don Pedro.

Se unió á doña María de Portugal, reina madre, que habia dado en la bajeza de hacer causa comun con doña Leonor de Guzman, la manceba de su marido; á los bastardos hijos de doña Leonor, don Enrique, don Fradrique y don Tello; á la tia del rey, doña Leonor de Castilla, reina viuda de Aragon, y á sus hijos los infantes don Fernan-

do y don Juan; á Alburquerque, en fin, con toda la cohorte de ambiciosos que componian su bando.

Se creyó poderosa con la alianza de tales y tantos personajes, y declaró abiertamente la guerra al rey.

¿Por qué, pues, extrañar, que don Pedro, que tenía el alma fiera y terrible, que se irritaba con las contrariedades, las imposiciones y las amenazas, hasta llegar al frenesí del delirio, por qué extrañar, repetimos, dado el violentísimo é iracundo y cruel carácter del rey, que un dia mandase matar á aquella princesa, que no habia sabido hacer valer sus derechos sino uniéndose á los enemigos más irreconciliables y más aborrecidos del rey don Pedro?

No es que disculpemos á éste.

Pero la mayor parte de los que murieron á sus manos le habian provocado, no sabemos con cuánta insensatez, porque es un insensato el que se pone en lucha con una fuerza poderosa.

Don Pedro, esto es constante en su historia, salvo los crímenes que cometió arrastrado por sus violentas pasiones, no se ensangrentó sino en los que le provocaron, y á muchos de éllos, ántes de matarlos, los perdonó repetidas veces.

Frio para el dolor ajeno, sanguinario por temperamento, despreciador de la vida humana, señor absoluto de una manera incondicional, tirano perfecto, ante la justicia no hay otra disculpa para

el rey don Pedro, respecto á sus terribles actos, que la de que, salvas rarísimas excepciones, no mató ni á uno solo que no fuese un miserable, que no le hubiese hecho una y cien veces traicion.

Hay que espantarse de la miseria y de la corrupcion política y moral de su tiempo.

Pero no hay por qué plañirse de la desastrada muerte de traidores, de ambiciosos, de hombres capaces de todo, ciegos de ambicion y de soberbia.

El gran Lope lo dijo:

«Soberbio y antojadizo,
mató, atropelló, cruel;
mas por Dios que no fué él;
fué su tiempo quien lo hizo.»

Y á poco que se reflexione sobre el carácter de aquellos tiempos, se manifiesta la prueba de la verdad del juicio de Lope de Vega.

Este mismo juicio han hecho los que han leido con reflexion la historia de los tiempos medios, en que generalmente no se reconocia otro derecho que el de la fuerza, y en los que las palabras lealtad, honor, Dios y patria eran sonidos huecos, palabras sin sentido, desmentidas siempre por la práctica de todo lo infame, de todo lo terrible, de todo lo asqueroso.

La monarquía no era el rey.

Era un compuesto de nobles, frailes y soldados, de los cuales el rey no era sino como el caudillo

de una tropa indisciplinada, obediente sólo cuando satisfacia su soberbia y cuando se la dejaba la mejor parte del botin de la victoria.

De aquí la lucha entre el rey y los múltiples y pequeños reyes que venian á ser el complemento de la monarquía.

De aquí esa sucesion de reyes que se veian obligados á devorar para no ser devorados, siéndolo muchos de éllos.

De aquí las violencias, las tiranías, los atropellos y los asesinatos.

De aquí un estado de corrupcion horrenda.

La vida pública imposible.

El ejercicio de la fuerza brutal es el carácter determinante de la Edad Media.

Si durante élla se ha creado nuestra nacionalidad; si durante élla se ha creado el código inmortal de nuestras constituciones patrias, de nuestras profundamente arraigadas libertades, de nuestras admirables leyes, en fin, de nuestro definitivo carácter nacional, consiste en que todas las grandes actividades, todas las grandes luchas, todas las grandes contraposiciones de intereses determinan un progreso poderoso, que conduce á grandes consecuencias lógicas, á grandes resultados.

Nuestro carácter municipal, popular, mantenido áun bajo la dominacion goda, implantado entre nosotros por el imperio, hizo que el municipio, el estado llano aprovechase la lucha á muerte de la

monarquía con sus miembros componentes para ir ganando terreno en pro de la comunidad; que el municipio no amparaba al rey en sus luchas con los magnates sin arrancar al rey privilegios y franquicias para la comunidad, ni enviaba procuradores á las Córtes sino con el mandato imperativo, que hoy se dice, de velar por el procomun y levantar su fuerza.

Pues bien, enmedio de esta tempestad deshecha en que combatian en Castilla, haciéndose una ruda guerra, una guerra sin piedad y sin tregua, todos los elementos sociales, doña María de Padilla era una especie de ángel custodio del rey y del reino, hasta el punto que podia serlo.

Y se ve claro que élla era, no sólo una gran mujer de la familia, sino tambien una gran mujer de Estado, puesto que templaba cuanto la era posible la airada y mortífera condicion del rey, y lo mejor que le era posible encaminaba los negocios públicos.

Y lo sufria todo, y especialmente, y esto constituye la grandeza de su amor á su marido y su patriotismo, aquella denigrante condicion de manceba, á la cual se sometia porque así convenia.

Su casamiento permaneció tan profundamente secreto que sólo despues de la muerte del rey se publicó.

Por lo mismo, la altiva, la virtuosa, la intransigente en materia de deber, doña María Coronel,

no podia ménos de recibir con una gran reserva á aquella alta dama, á la que se creia no sólo deshonrada, sino procaz, puesto que, viviendo públicamente con el rey, maritalmente, hacía gala de su deshonra.

CAPITULO III.

DE CÓMO DOÑA MARÍA CORONEL SUPO, CON GRATA SORPRESA, QUE DOÑA MARÍA DE PADILLA ERA DIGNA DE SU RESPETO Y DE SU AMISTAD.

Doña María Coronel, magnánima cuanto se lo permitia la gran reputacion que, más que por su nobleza, por su virtud alcanzaba, no cerró, como hemos visto, las puertas á doña María de Padilla, sino que hasta el mismo zaguan de su casa bajó á recibirla, acompañada de sus dueñas, de sus doncellas, de sus maestresalas y de sus pajes.

Ni más ni ménos que hubiera acudido á recibir á la reina.

No queria que doña María de Padilla dijese que élla incurria en la pobreza de espíritu de hacerla sentir una superioridad cualquiera sobre élla.

Doña María de Padilla habia ido sola, sin servidumbre, sin más que una escolta de servidores leales.

Doña María Coronel hizo una profunda reverencia á doña María de Padilla, que contestó con otra no ménos profunda.

—Hacedme la honra de pasar, señora, á esta vuestra casa,—dijo doña María Coronel volviéndose hácia las anchas escaleras.

—Yo soy la honrada, señora,—dijo doña María de Padilla siguiendo á doña María Coronel.

Se puso á nivel suyo y la dijo en voz baja y ardiente:

—Necesito hablaros en secreto, y cuanto ántes, señora.

Doña María Coronel se confirmó en su creencia de que se la venía encima una escena de celos.

Pero, ¿por qué esquivarla?

¿Qué tenía élla que ver con los celos de la Padilla?

No pudo ménos de sorprenderse la Coronel cuando, encerrada con la Padilla en su camarin, ésta la dijo:

—Vengo á buscaros, señora, para que salveis al rey de sí mismo; yo soy impotente.

—¿Y qué género de poder creeis vos que tengo yo sobre el rey?—contestó la Coronel con altivez, con un desden profundo, pero sin tocar en la grosería.

—En el momento en que nos encontramos,—dijo la Padilla,—no hay lugar para vaguedades; es necesario hablar claro, y presto.

Volvió á alarmarse doña María Coronel por las

intenciones que podia llevar doña María de Padilla.

—Pues os confieso, señora, que no os comprendo,—dijo.

—El rey ha perdido la razon,—exclamó la Padilla,—no puede ser ménos que esto. Ayer, de una manera terrible, espantosa, mata á su hermano el maestre don Fadrique, que traidor le era, no hay que dudarlo, pero al que pudo castigar de otro modo; sediento de sangre, furioso de odio, persigue hasta mi misma cámara á un desventurado escudero del maestre, y ante mis ojos le mata; hoy envía á esa formidable mujer, á esa doña Leila, su verdugo, al castillo de Carmona, para que mate á dos inocentes niños; se me avisa secretamente por esa misma doña Leila, ménos terrible que el rey: yo al rey exploro sagazmente, averiguo y sé de su propia boca que ha decretado la muerte de todo el bando contrario, el exterminio de los bastardos, la muerte de doña Leonor de Guzman, la de su tia doña Leonor y áun la de su misma madre. En vano pretendo hacerle volver á la razon; en vano, señora, me arrojo á sus piés llorando; el rey está loco: le han irritado de tal manera que han hecho de él un leon bravo, que á la más leve provocacion despedaza. Y tenedme toda la compasion que querais, señora, pero yo le amo, le amo: le veo tan desatentado, y tal y tan temerariamente puesto en el peligro, que por su vida tiemblo. Acabarán por juntarse

todos contra él, y matarle. Y luégo, luégo, señora, la sangre me espanta; esos inocentes niños, esa reina desventurada, á quien han perdido los que de Francia la trajeron: los hermanos del rey... ¡Oh! ya, ya es demasiada la sangre de don Fadrique. Yo estoy desesperada, señora, y como sé que sois grande y buena, á buscaros vengo para que me ayudeis. No, no digo yo que vayais á buscar al rey, que le supliqueis: el rey, por vos empeñado, os impondria condiciones que vos no podeis aceptar por nada del mundo; ni, aunque vos llegáseis á esa inmensa magnanimidad, sería ya tiempo para la salvacion de esos inocentes; doña Leila ha partido con la órden de muerte de los dos infantes; pero doña Leila me ha prometido detenerse á la vista del castillo de Carmona hasta que amanezca. Venid, señora, ayudadme; salvemos á los infantes, y luégo que sea lo que Dios quiera.

—Sí, sí, os ayudo, os ayudo,—exclamó con vehemencia doña María Coronel.

Y luégo, yendo á una puerta, dijo:

—¡Hola! ¡Á mí!

Acudió un paje.

—Al momento, al momento una litera grande y veinte escuderos á caballo, con el capitan Sancho Dávila.

Hay que tener en cuenta que doña María Coronel era rica-hembra, señora de Aguilar y de Medinaceli, y de otras muchas villas y fortalezas, y

que así en Aragon como en Castilla ejercia señorío, y tenía mesnada y guardia junto á su persona.

Ni áun siquiera, por no perder tiempo, mudó de traje, adoptando otro más cómodo que sus amplios paños de luto para aquel pequeño viaje.

Debian partir en el momento en que estuviese preparada la litera y armada y á caballo la escolta.

La generosa alma de doña María Coronel se habia conmovido en el momento en que habia oido la pretension de doña María de Padilla.

Además se la habia hecho esta extraordinariamente simpática.

Su hermosura, que podia llamarse celeste, daba la idea de un alma pura y noble.

¿Cómo comprender que aquella conmovedora criatura afrontase serena la humillante posicion de amiga del rey, viviendo con él públicamente, y en su alcázar, con los llamados infantes sus hijos?

Doña María Coronel era extraordinariamente impresionable, extraordinariamente expansiva.

—Señora,—dijo,—despues de oiros se me ocurre el pensar que grandes razones habreis tenido, ó que loca os habreis vuelto, cuando, valiendo lo que valeis, teniendo el corazon que teneis, de tal manera al mundo os mostrais.

—Mi amiga doña María Coronel,—dijo doña María de Padilla,—oidme, y no os ofendais porque yo amiga os llame: noble y honrada sois, y bien

se os puede confiar un secreto, secreto que voy á confiaros por lo mucho que deseo vuestra estimacion y vuestra amistad. Yo tengo el alma pura y limpia ante Dios, y si ante el mundo manchada aparece, es porque así conviene; yo soy la reina.

Y pronunció estas palabras doña María, no como una manifestacion de soberbia, sino como una justificacion de su virtud.

—¡La reina!—exclamó con alegría doña María Coronel, porque encontraba restaurada á sus ojos á aquella criatura que tan simpática la era.—¡Ah! ¡la reina!

Y se acercó á élla y la cogió las manos.

Doña María la abrazó.

Reclinó sobre su hombro la cabeza y rompió á llorar.

Pero contuvo sus lágrimas apénas brotaron.

Doña María tenía un fuertísimo temple de alma.

Era una mujer de su tiempo, criada entre las armas, descendiente de rudos caballeros y en contacto con toda aquella noble generacion de hierro.

Más de una vez el motin armado habia pasado rozándola sin que temblase, y obedeciendo al temperamento que en élla habia determinado su educacion, las lágrimas que Dios ha puesto en el corazon humano, y que necesariamente han de verterse por el sentimiento, la avergonzaban.

Alzó la cabeza y dijo á doña María Coronel, recobrada ya su serenidad:

—Si vos hubiérais sido libre, si el rey os hubiera enamorado, señora, si hubiérais soñado en él la felicidad de vuestra vida, el contento de vuestra alma, ¿qué hubiérais hecho?

Las mejillas de doña María Coronel se coloraron ligeramente.

Élla, como ya hemos dicho, á despecho suyo, amaba al rey con todo el amor de su alma vehemente, impresionable, amante, apasionada.

—El rey hubiera sido mi esposo ó hubiera pasado,—contestó doña María Coronel.

—Pues bien, eso hice yo, señora: «Sed mi esposo ó no volvais á verme,—le dije;—doña María de Padilla os ama, pero no hay amor que pueda doblegarla á su vergüenza ante vos.» Y el rey se casó, señora; se casó secretamente conmigo, porque yo lo exigí, porque así convenia; que, de no, públicamente se hubiera casado, como públicamente se ha casado con esa doña Juana de Castro, que en Toro se llama reina.

—¡Oh! sí, sí,—exclamó con acento opaco doña María Coronel;—verdaderamente el rey está loco.

En aquel momento el capitan Sancho Dávila, armado ya de los piés á la cabeza, vino á decir á su señora que la litera estaba dispuesta y los escuderos armados y á caballo.

Un momento despues salian de la casa de doña

María Coronel ésta y doña María de Padilla en una gran litera.

No mucho despues, por una órden de doña María de Padilla, á quien todo el mundo conocia, se abria la puerta de Carmona, y litera y escuderos arrancaban rápidamente por el camino real.

CAPÍTULO IV.

EN QUE SE VE QUE UN ALCAIDE PUEDE SER MUY IMPRUDENTE DEJANDO ENTRAR EN SU ALCAIDÍA GENTE DE GUERRA.

Por muy deprisa que habian ido, ya doña Leila con los ballesteros de maza habia llegado al lugar donde la hemos presentado, y habia enviado un emisario al alcaide del castillo llevando la órden del rey contra los infantes.

Doña Leila habia hecho esto no tanto para asegurarse de la obediencia del alcaide como para dar tiempo á que doña María de Padilla salvase, si pudiese, á aquellos dos desventurados.

El emisario debia entretenerse todo lo que pudiese y engañar á Juan Diente y á los otros ballesteros con los cuales no se podia contar, porque

no tenian otra voluntad ni áun otra fe que la obediencia pasiva y feroz á los mandatos del rey.

No podian darse sicarios más perfectos ni más en armonía con el carácter de aquel rey sanguinario y terrible.

Y sin embargo, la daban de hidalgos y de buenos.

Juan Diente, Rodrigo Diaz de Albarracin, Rodrigo Perez de Castro, Ferran Fortuñez y otros no hubieran consentido, sin tomar un terrible desagravio, que nadie hubiese puesto en duda su hidalguía y su honor.

Eran unos terribles séres rojos, de aspecto siniestro, á la vista de los cuales se estremecia todo el mundo.

Éllos eran la representacion de la formidable ira del rey don Pedro.

¿Y por qué babian éllos de avergonzarse ni de tener remordimientos por los servicios incondicionales que prestaban al rey?

Tales delicadezas, tales achaques de la conciencia no estaban en la manera de ser y de sentir de la gente de aquel tiempo.

El rey era el rey, el señor absoluto de derecho divino, representante de Dios sobre la tierra, dueño de vidas y haciendas, cuya autoridad se basaba en este principio religioso : *Pro me reges regnam.*

El rey podia hacer y deshacer en lo temporal como el Papa, rey de reyes, vicario de Dios en la

tierra, podia hacer y deshacer, atar y desatar, tanto en lo temporal como en lo espiritual, autorizado por el principio *Lo que tú desatares en la tierra, desatado por mí será en el cielo*, que caia sobre este otro principio general: *Tu est Petrus, et supra hanc petram edificabo Ecclesiæ me*: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

El principio autoritario, absoluto é incontrastable era el principio de gobierno de los tiempos medios.

El rey, señor de los vasallos, los reyes, vasallos del Papa, obligados todos relativamente á la obediencia ciega, armado el rey contra sus súbditos con la cuchilla, el dogal y la confiscacion, entronizado el Papa sobre los reyes con su infalibilidad, su excomunion y su entredicho.

Los nobles resistiendo al rey ó partiendo con él su tiranía.

Los pueblos, esto es, el municipio, resistiendo el poder de los nobles.

Los reyes rebelándose contra los Papas á cada paso, y amenazando al Papa, y declarándole más de una vez la guerra y persiguiendo con frecuencia á muerte á sus nuncios, apesar de toda la inmensa autoridad celeste y terrenal del Papa.

Todo en lucha, todo en combustion, todo precipitado por un impulso misterioso y prepotente.

Véase con detenimiento la historia de la Edad Media y se verá que nunca el progreso humano ha marchado con más rapidez.

De siglo en siglo, lenguaje, artes, ciencias, legislacion han patentizado un avance incontrastable, una trasformacion rápida, el resultado de una trasformacion terrible de elementos puestos en lucha.

Puede decirse, y asi es, que durante los tiempos medios se han determinado todas las nacionalidades y que éstas se han hecho dentro de las condiciones de las geografías y de las razas.

La tiranía, que sobrexcitaba á los tiranizados y los ponia en lucha contra el déspota; la tiranía, que venía á ser el derecho constituido del fuerte, era el resultado de lo absoluto, del principio autoritario.

Así es que, fuese cual fuese la infamia del mandato del superior al inferior, del pensamiento al instrumento, nadie se creia deshonrado ni responsable por el cumplimiento del mandato del rey.

De aquí que Juan Diente y sus otros compañeros la echasen de hidalgos y de honrados, teniendo aún las manos teñidas con la sangre del asesinato.

Doña Leila lo sabía esto demasiado, y ya hemos visto la disputa que habia sostenido con Juan Diente.

Sabía doña Leila que el alcaide del castillo de Carmona, Ferran de la Noguera, no habia de oponer la más leve observacion á la órden de muerte del rey.

Sabía que en el castillo no habria un solo hom-

bre que, no ya sólo pudiese exponerse, oponiéndose al sacrificio de dos niños, pero ni áun siquiera inquietarse ni condolerse por ello.

Sabía que los ballesteros de maza no habian de vacilar, como no vacilaron cuando el rey don Pedro les dió la órden de matar á su hermano don Fadrique.

Así, pues, se habia valido de un pretexto enviando una especie de siervo suyo que siempre la acompañaba, con la órden de muerte y como para explorar si podia haber resistencia.

Juan Diente habia llevado esto á mal, porque decia:

—Si el señor Ferran de la Noguera se opone á la órden del rey, peor para él; habrá uno más á quien hacer sentir la justicia de su señoría.

Pero no se opuso, porque respecto á doña Leila él era un inferior, y por lo mismo estaba obligado á la obediencia.

Sancho Nuño, que éste era el nombre de aquel sicario, puesto exclusivamente al servicio de doña Leila, que servía para las horrendas ejecuciones secretas, y á quien por esta razon se le llamaba el Agonizante, habia recibido ántes de salir de Sevilla instrucciones de doña Leila.

Le habia prevenido ésta que, cuando le enviase con la órden al castillo, tardase el más tiempo posible; que se entretuviese todo lo que fuese necesario á la vuelta, y áun que esperase oculto cerca

del castillo la llegada de doña María de Padilla, que estaba segura no habia de faltar.

Ya hemos visto que no se habia engañado, y que doña María de Padilla, no creyéndose bastante, habia ido á buscar un elemento más de fuerza en doña María Coronel.

El alcaide, Ferran de la Noguera, recibió como era de suponer á las dos damas.

Ambas tenian una grande influencia.

Todos sabian, particularmente los que como el alcaide, Ferran de la Noguera, podia decirse pertenecian á la corte, lo que doña María de Padilla significaba al lado del rey, y el formidable empeño del rey por doña María Coronel, empeño por el cual habia dado más de un escándalo.

Lo primero que le sucedió al señor Ferran de la Noguera fué asombrarse al ver juntas, y al parerecer en buena armonía, á dos señoras que, dadas las circunstancias en que se encontraban relativamente la una á la otra, era de suponer fuesen enemigas á muerte.

Recibiólas, pues, el alcaide con un gran rendimiento, con un gran júbilo, como el que se sentia extraordinariamente honrado por una tal visita, y se apresuró á preguntarlas en qué podia tener la honra, el contento de servirlas.

Doña María de Padilla, que sabía que no habia tiempo que perder, que estaba aterrada, y que para aliviarse de su terror necesitaba meter enmedio de las lanzas de doña María Coronel á los

dos infantes y escapar con éllos, dijo al alcaide:

—El rey nos envía por los infantes don Pedro y don Juan, sus hermanos.

—¡Ah!—exclamó poniéndose serio el señor Ferran de la Noguera.—Pues yo he recibido, ó, mejor dicho, se me ha mostrado una órden del rey en que se me manda entregue á los señores infantes, para que los maten, á gentes por el rey enviadas.

—Pues ved,—exclamó con impaciencia doña María de Padilla,—que el rey ha cambiado de propósito y que me envía con la señora doña María Coronel, á quien tambien conoceis, como me conoceis á mí, para que nos entregueis los señores infantes, sus hermanos.

La Padilla hablaba alto, recio y serio, como manda una reina, y una reina de brios.

Pero el alcaide estaba templado á la manera de su tiempo, y no habia en él nada superior al terror que le causaba la sola idea de que el rey, por su mal servicio, por una torpeza, una cobardía ó una traicion, le tomase la cabeza.

—Siento mucho,—dijo á doña María de Padilla,—no poder dar gusto á vuestra merced, señora.

—No, no,—dijo doña María;—no se trata de que me complazcais, de ninguna manera; se trata de que obedezcais una órden del rey, nuestro señor y vuestro.

—En buen hora, mi noble señora,—dijo Ferran de la Noguera,—pero yo soy el alcaide del castillo de Carmona, y yo no puedo obedecer órde-

nes del rey que no vengan por escrito, y selladas y firmadas, y con todos los sacramentos que requieren para que á la obediencia me obliguen.

—Esa órden,—exclamó violentamente doña María Coronel,—la traigo yo en la cuchilla de mis lanzas.

Y se lanzó violentamente á la galería donde estaba la cámara en que se encontraban, galería que daba á la plaza de armas.

—¡Hola, Sancho Dávila!—exclamó doña María Coronel, dirigiéndose al capitan de sus escuderos, que estaban en la plaza de armas.—Ved cómo meteis mano á la gente del castillo.

El alcaide, cuidadoso por lo que acontecia, se habia avanzado al par á la galería, habia echado el cuerpo fuera, y habia gritado:

—¡Ah los del castillo! ¡prended á esos escuderos, matadlos!

Sobrevino un lance de aquellos que eran tan frecuentes en aquel tiempo.

Sancho Dávila y los veinte escuderos de doña María Coronel que mandaba eran hombres, no sólo para meterlo todo á barato encontrándose dentro de una fortaleza, sino para tomarla, aunque les hubiese sido necesario gatear por los muros con las espadas en las bocas.

Oyóse inmediatamente, despues de la órden de doña María Coronel, áspero crujir de armas, y á poco, avanzando de acá y allá á la voz del alcaide los soldados que el castillo defendian, trabóse una pelea terrible.

Como el castillo de Carmona no era fronterizo, como en los alrededores de Sevilla todo estaba tranquilo, la guarnicion del castillo era escasa.

Apénas era en número de cincuenta hombres y no muy bien armados ni apercibidos.

Los escuderos de doña María Coronel eran gente brava, vieja, diestra en las armas, práctica en la guerra, robusta y fornida.

Valía, en fin, cada uno de éllos por tres ó cuatro de los del castillo, soldados comunes todos, gente de leva, flojos y rehacios.

El alcaide, que sabía bien el apurado lance en que se encontraba, la ventaja que llevaban los de doña María Coronel á sus soldados, que además de esto desarmados se encontraban, no bajó á tomar parte en la pelea, sino que, despues de haber excitado á sus soldados, escapó por una escalerilla de caracol, ganó un postigo, y por un muro que daba sobre un declive, hácia el lugar donde se encontraba Leila y los ocho ballesteros de maza, se dejó caer, no ya con peligro de romperse una pierna, sino de matarse; y viendo á lo léjos al formidable Sancho Nuño, que con cuatro escuderos caminaba hácia la espesura donde doña Leila se encontraba, llevando la noticia de que el alcaide estaba dispuesto á cumplir la órden del rey, corrió tras éllos.

Pero no pudo alcanzarlos porque iban muy delante, y sólo llegó á éllos cuando ya doña Leila

con éllos venía y con sus ocho ballesteros en demanda del castillo.

—Venid, corred, volad,—exclamó el alcaide, que estaba jadeante y descompuesto;—he tenido la debilidad de dejar entrar en el castillo á las señoras doña María de Padilla y doña María Coronel, y con la gente de armas que han traido el castillo me toman para salvar á los infantes.

Pesóla mucho á doña Leila que doña María Padilla y doña María Coronel hubiesen sido tan inadvertidas que no hubieran empezado por asegurar al alcaide, aunque para asegurarle hubiera sido necesario matarle, que hombre de gran valía era el señor Ferran de la Noguera.

Dada la situacion en que ya Leila se encontraba, no habia otro medio que correr al socorro de los del castillo.

¿Qué gente de guerra habia llevado doña María de Padilla?

¿Sería bastante para resistir á los ocho ballesteros de maza, cada uno de los cuales valía tanto como una fiera, y á Sancho Nuño y á los otros cuatro hombres de armas del servicio particular de doña Leila, que no les iban en zaga?

—Adelante, y á la carrera,—habia dicho Leila, porque no podia decir otra cosa.

Y habia puesto su caballo al galope y luégo al escape, tomando la vuelta de la poterna del castillo.

CAPÍTULO V.

DE CÓMO DOÑA MARÍA DE PADILLA Y DOÑA MARÍA CORONEL LLEVABAN POR EL MOMENTO LO MEJOR DE LA JORNADA.

Entretanto Sancho Dávila y sus veinte hombres habian metido mano de tal manera á los del castillo que el combate habia terminado muy poco despues de haber empezado.

Mucho mejor armados los de doña María Coronel, habian caido sobre los otros, los habian acorralado en el callejon de la poterna y los habian rendido.

Muchos de éllos habian escapado, esparciéndose por el castillo.

Pero, una vez dominados, no osaban mostrarse, temerosos de ser muertos.

Doña María de Padilla y doña María Coronel no perdieron el tiempo.

Por uno de los prisioneros se informaron del lugar donde estaban guardados los infantes.

Fueron allá, acompañadas de algunos hombres de armas, y aunque no se tenian las llaves de la puerta, ésta fué forzada á golpes de hacha.

Los pobres niños, que habian despertado despavoridos por el fragor del combate, estaban abrazados el uno al otro, mirando con terror á la puerta.

Cuando vieron entrar á doña María de Padilla y á doña María Coronel, á quienes conocian demasiado, sonrieron llenos de alegría.

Pero estaban tristes, desencajados, trémulos.

—Pronto, pronto,—exclamó doña María de Padilla,—fuera.

Y élla asió al mayor, mientras doña María Coronel asió de la mano al otro.

Salieron.

Bajaron á la plaza de armas.

La litera en que las dos damas habian ido era bastante grande.

Entraron en élla los dos infantes.

Los hombres de armas bajaron el puente y alzaron el rastrillo.

Pero se vieron obligados á levantar de nuevo el uno y á bajar el otro inmediatamente, porque vieron que por el repecho subian á la carrera Leila y sus trece hombres.

El alcaide cabalgaba á la grupa de Sancho Nuño.

—Pues, ¡poder de Dios!—dijo Leila, refrenando su caballo, cuando vió que el puente, caido un momento, habia vuelto á levantarse;—yo no sé cómo vamos á entrar ahí.

—¡Cómo!—exclamó Juan Diente,—¡como si en la villa no hubiera escalas, como si no hubiera hombres, como si por un pregon no pudiera mandarse, so pena de traicion al rey, nos acudan y amparen! Quedaos ahí, doña Leila, si así os parece, que yo no me meto á daros órdenes; quedaos frente á la poterna, que yo con Albarracin y Castro en la villa me meto, y al alcalde compelo y gente reuno, y con élla podeis cercar el castillo, en tanto que al rey se avisa.

—Id, pues, señor Juan Diente,—dijo doña Leila, porque no podia decir otra cosa.

Juan Diente, Rodrigo Perez de Castro y Rodrigo Diaz de Albarracin se encaminaron á la cercana puerta de la villa y por élla se metieron.

Todo esto se habia observado desde los adarves por Sancho Dávila, que como buen capitan no se descuidaba.

Habia contado el número de los contrarios, y viendo que tres de éllos se habian metido en la villa, ostensiblemente á buscar socorro, comprendiendo que no habia tiempo que perder, bajó del adarve de la poterna á la plaza de armas y manifestó á las dos damas su opinion de que sin pérdida

de tiempo debia abandonarse el castillo, que la litera con seis hombres de armas escogidos se pusiese en marcha inmediatamente, en tanto que con él los otros catorce hombres caerian sobre los doce que ante la poterna del castillo estaban.

—Sea como vos lo decís,—dijo doña María de Padilla, así como doña María Coronel, mostrando la buena y valiente raza de donde venian;—franquéese la poterna y embístase con esa gente.

Sancho Dávila escogió seis hombres para que resguardasen la litera en que iban las dos damas con los dos infantes, y él con los catorce hombres restantes, habiéndose calado el puente y alzado el rastrillo, rompió, con las adargas al pecho y las lanzas en ristre, contra doña Leila, Sancho Nuño, los cuatro hombres de armas y los cinco ballesteros de maza que allí habian quedado.

No eran ni doña Leila ni los que la acompañaban gentes que pudiesen volver fácilmente riendas, no entónces, que el número de los que sobre éllos venian era igual al suyo con una muy leve diferencia, sino aunque hubiesen sido muchos más.

Bajaba Sancho Dávila como una avalancha, y por un costado la litera se escurria á gran paso para ganar el camino real.

Doña Leila parecia no haber visto que la litera con su escolta se esquivaba, y se mantenia á pié firme, embrazada la adarga y terciada la lanza, como para resistir el choque de los que venian en contra.

Pero uno de los bravos ballesteros que allí habian quedado, Gines Perez de Barrios, tan feroz, tan forzudo y tan bravo como Juan Diente, dijo al ver la litera que se escapaba:

—¡Cuerpo de mi abuela, que allí se nos escapan los infantes!

Y sacó de traves su caballo y le espoleó.

Los otros se fueron tras él.

Leila hubo de seguirlos tambien, porque se habia quedado sola con Sancho Nuño y sus cuatro jinetes, con los cuales no podia resistir el empuje de las lanzas, con las cuales se le venía encima Sancho Dávila.

La accidentacion del terreno era de tal manera que Sancho Dávila se veia obligado á llegar al punto de donde habian partido, sesgando, Gines Perez de Barrios, y tras él los otros, y por la delantera que les llevaban no podian llegar á tiempo de salvar la litera de la ruda acometida de un número de lanzas doble que el que á la litera resguardaba.

Una vez puesta en aquella situacion extrema, no habiendo podido evitar lo que acontecia, doña Leila se decidió.

—He hecho todo cuanto me ha sido posible, —dijo;—para la primera vez que he sentido la piedad en el alma, no me ha ayudado la fortuna.

Y cerró con los de la litera.

Los mozos que guiaban las mulas habian esca-

pado, incapaces de defenderse, puesto que iban desarmados.

La litera se habia detenido, pues.

Los seis hombres de armas de su resguardo no se habian entretenido á echar cuentas, sino que habian salido bruscamente al encuentro de los que á la litera acometian.

Resistieron el primer empuje.

Dieron lugar á que Sancho Dávila llegase con los otros doce hombres, y allí, en una explanada llana, entre el castillo y la puerta de la villa, se trabó una encarnizada pelea de lobos contra lobos.

Entretanto doña María de Padilla y doña María Coronel, siempre serenas, siempre valientes, habian salido de la litera y, llevando agarrados de las manos á los infantes, corrian hácia la villa.

Algunos de los ballesteros, viendo las dos damas que con los dos jóvenes hácia la villa corrian, pretendieron salirse de la pelea para alcanzarlos y alancear á los infantes.

Pero el bravo Sancho Dávila, que á todo acudia, los habia atajado, obligándolos á meterse otra vez en el amasijo del combate, por decirlo así.

Sancho Dávila, por una hábil maniobra, se habia colocado entre la villa y los enemigos y les cortaba el paso.

Entretanto doña María de Padilla y doña María Coronel habian llegado con los dos infantes á la calle Real de la villa.

Habian corrido y se habian amparado en la iglesia.

Allí se creyeron seguros.

La iglesia de Carmona tenía privilegio de inmunidad.

Estaba protegida por el Papa.

Era muy posible que este respeto detuviese al rey don Pedro, y entretanto podia influirse con él, salvar á los dos niños.

Juan Diente, Rodrigo Perez de Castro y Rodrigo Diaz de Albarracin se tiraban, como suele decirse, de las orejas.

Traian una cuestion agria.

El alcalde, agarrado á su vara y protegido por cuatro ó seis mozos de labor, criados suyos, que estaban ballesta en mano, decia que él era allí el rey, porque era el alcalde, y que todos los ballesteros de maza del mundo no eran *quién* para darle á él órdenes ni para compelerle á que mandase dar pregones y hacer leva entre los moradores de la villa, y que no le tentasen la paciencia, que no trayendo éllos órden del rey alguna, acabarian, si se empeñaban, por dar lugar á que él diese con éllos en la cárcel.

Decia Juan Diente, con una gran calma y una gran posesion de sí mismo, al alcalde, que no le tentase las barbas al diablo, que él con sus dos compañeros eran lo muy bastante para volver al alcalde del revés y á sus mozos con sus ballestas, y pegarle fuego á la villa de Alcalá.

Y el alcalde replicaba:

—Eso lo vamos á ver en el momento en que á mí se me acabe la paciencia.

—Pues lo vamos á ver muy pronto,—decia Juan Diente,—porque ya tengo mi paciencia agarrada por el rabo y se me escurre.

Y estando en esto entró uno y cortó la cuestion dando la noticia de que los dos infantes con doña María de Padilla y doña María Coronel se habian amparado con la inmunidad de la iglesia.

—Pues á la puerta de la iglesia,—dijo Juan Diente.

Y sin despedirse del alcalde salió con sus compañeros.

Pero se encontraron con que los caballos que habian dejado en el zaguan y las adargas y las lanzas no parecian.

El alcalde se habia preparado.

En cuanto del zaguan habian salido los tres ballesteros, habia cerrado la puerta de enmedio, que era muy fuerte, y por la rejilla asomaba la punta de un venablo, amenazando atravesar de parte á parte al que se atreviese á acercarse.

—Pues esto se reduce,—dijo tragando cólera Juan Diente,—á evitar un combate que es ya inútil, y más mediando dos damas que tanto pueden con el rey como doña María de Padilla y doña María Coronel, y que vayan á avisar á su señoría.

Conmovíase entretanto el pueblo.

El abad, el párroco, el vicario de las monjas,

los frailes benitos por una parte, y el concejo por otra, se habian escandalizado al ver la negra rabia del rey contra dos inocentes, y habian excitado no sólo á los caballeros é hidalgos que en el pueblo habia, sino tambien á los pelones.

Veíanse correr hombres á la plaza, armados cada cual como habia podido, llevando muchos de éllos por única arma un hierro enhastado en un palo.

Y si estos hombres, que al pasar habian visto á los tres ballesteros que se encaminaban á la salida de la villa, no habian caido sobre éllos y los habian preso, habia sido porque tal fama de demonios tenian los señores ballesteros de maza del rey don Pedro, que todos los esquivaban, como si cada uno de éllos hubiera sido un monstruo voraz ó la culebra de la pradera de San Isidro, que en estos momentos aterra á las lavanderas del Manzanares.

Añadíase á esto que los tres ballesteros iban apercibidos, con las manos apoyadas fuertemente en los pomos de las espadas y mirando hoscos á todos los que encontraban.

Sus relucientes arneses de punta en blanco, sus largas barbas crespas, sus cotas de armas con el blason real, sus espadones y sus mazas de combate, colgadas del cinto, contribuian á aumentar este respeto.

Llegaron al lugar del combate.

Este se mantenia encarnizado, sin ventaja por ninguna de las dos partes.

Apénas si habian caido dos ó tres hombres y algun caballo.

La destreza de los hombres y la bondad de los arneses habian hecho que hasta entónces no aconteciesen mayores daños.

La litera, abandonada, con sus mulas inmóviles, se veia á una gran distancia.

De los mozos no se sabía lo que habia sido.

—Ténganse todos,—gritó con voz de trueno llegando Juan Diente;—paz, paz, que ya vendrá quien dirima esta querella y haga obedecer á todos.

A las voces de Juan Diente todos volvieron sus caballos, bajando las armas y poniéndose en expectativa.

—Señores hidalgos y hermanos,—dijo Juan Diente,—que todos aquí somos unos y buenos, yo no entiendo lo que pasa, y es una tontería que nos matemos inútilmente; las muy nobles, muy altas y muy poderosas señoras doña María de Padilla y doña María Coronel han logrado apoderarse de los infantes y en la iglesia los tienen; y como la iglesia de Carmona es lugar sagrado, inmune, y nadie puede osar á él so pena de excomunion mayor y con quebrantamiento de las leyes de estos reinos, no hay para qué pelear, que inútil sería el combate y sin provecho la victoria si los soldados del rey la ganásemos; que la inmunidad protege á los infantes y nada podríamos contra éllos.

Así, pues, compañeros hidalgos, los unos y los otros recojamos esos heridos y vámonos á la villa, que ya, repito, vendrá quien todo esto lo arregle.

Tuviéronse por prudentes las razones del tremendo ballestero.

Se recogió á los heridos.

Se fué á buscar la litera, y en dos grupos, los que antes combatian, fueron á meterse en la villa.

CAPÍTULO VI.

DE CÓMO DOÑA MARÍA CORONEL Y DOÑA MARÍA DE PADILLA CREYERON HABER SALVADO Á LOS INFANTES.

Viendo que se habia venido á buenos términos, á términos razonables, que habian bajado las armas y que se esperaba la resolucion del rey, el alcalde de Alcalá no tuvo inconveniente, no ya en aposentar á la gente del rey, sino tampoco en devolver á Juan Diente, Rodrigo Diaz de Albarracin y Rodrigo Perez de Castro sus corceles, sus lanzas y sus adargas.

Hubiérase podido creer que los dos infantes estaban salvados.

¿Ni cómo podia creerse otra cosa?

Dos damas tan poderosas, tan influyentes para

con el rey como doña María Coronel y doña María de Padilla los protegian.

Los amparaba ademas la inmunidad de un templo.

El rey don Pedro no podria ménos de respetarla.

Además de esto era muy posible que su cólera excitada por la rebeldía de los hermanos mayores de aquellos dos niños se calmase.

No se comprendia que el rey se pudiese volver de tal manera airado y cruel contra dos inocentes sino por un odio de raza.

Una vez llevado el golpe, era de esperar que el rey se desarmase.

Las dos nobles señoras no habian podido hacer más.

Una situacion terrible las habia unido en un mismo propósito, y al ponerse en contacto se habian comprendido.

Las dos eran dignas la una de la otra.

No habia nada que pudiese contrariar la simpatía que al explicarse mutuamente, que al conocerse, habia unido en una amistad necesaria sus dos almas.

Entrambas, murmuradas por la ópinion pública, que nunca pasa más allá de las apariencias, que jamás profundiza, no tenian por qué avergonzarse la una ante la otra.

Doña María de Padilla era la esposa legítima, aunque secreta, del rey don Pedro.

La esposa de mejor derecho, porque de las tres esposas del rey élla era la primera.

Su casamiento invalidaba los sucesivos casamientos del rey con doña Blanca de Borbon y doña Juana de Castro.

Parecia como que el rey lo comprendia así, puesto que al lado de doña Blanca no habia permanecido mas que el primer dia de las bodas, y que sólo dos dias habia estado junto á doña Juana de Castro.

Doña María de Padilla era, pues, el grande amor del rey.

La mujer de la que no podia estar separado.

La grande influencia que le atraia de una manera invencible.

Sus otros amores, sus otros enlaces, ó habian sido antojos, empeños pasados y perdidos rápimente, una vez las dificultades vencidas, ó actos políticos y violentos.

Doña María de Padilla habia llegado á la grandeza de sufrir las maledicencias del vulgo, de pasar por la manceba del rey, porque, como ya hemos dicho, esto era una exigencia de la política.

Doña María Coronel no habia reparado en nada, ni en el empeño terrible en que por élla estaba el rey, para volar al socorro de aquellos dos infortunados infantes.

Así es que, una vez fijada la situacion respecto al rey de doña María Coronel ante la Padilla y patentizada para la Padilla la virtud de la Coronel,

nada habia que impidiese la grande amistad que habia nacido entre aquellas dos nobles mujeres.

Confiaban, pues, en que el rey se haria atras, en que los infantes podrian ser sacados á salvo del reino.

Sin embargo, por más que alentasen una grande esperanza, no era ésta tal que se atreviesen á cometer una imprudencia.

Á más que por éllas, don Pedro y don Juan estaban protegidos por la inmunidad de la iglesia, y no era de esperar que el rey, á quien le importaba estar bien con Roma, provocase sus censuras y tal vez su entredicho, violando la inmunidad del sagrado.

Por esto las dos damas determinaron que no se sacase á los infantes de la iglesia para ponerlos en camino.

Por mucha delantera que se tomase, todo seria inútil.

Habia en la Edad Media una especie de telégrafo tan eficaz, por lo ménos, como el telégrafo óptico, aunque no tan rico de señales.

Este telégrafo lo determinaban las torres de atalaya que por todo el país se extendian de cumbre en cumbre.

Verdad es que este sistema de señales por medio de las llamaradas durante la noche, y de las humaredas durante el dia, se conocia ya en los tiempos de Troya.

Cuando el rey se apercibiese de la fuga de los

infantes, las atalayas harian señal, y de monte en monte correria la órden de vigilancia.

Órden vaga si se quiere, indeterminada, porque no podia ser de otra manera, pero que pondria en alarma á todos los alcaldes de la tierra, á los alcaides, á los merinos, y el rey tenía hartos servidores esparcidos en todo el reino y harto celosos, que, encontrando sospechosos á los infantes, los detuviesen y los prendiesen.

Se tuvo, pues, por más seguro la inmunidad de la iglesia que la fuga.

Se dejaban correr los acontecimientos, y la Coronel y la Padilla esperaban, lo repetimos, que el rey, pasado el primero y terrible impulso de su cólera, desistiese de su atroz designio contra los infantes.

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL REY SALIA AL FRENTE CUANDO AQUELLOS Á QUIENES SE ENCARGABA UNA EMPRESA NO PODIAN SALIR CON ÉLLA.

Pero no contaban con la lealtad de una parte y con la ferocidad de la otra de doña Leila y de Juan Diente y los otros terribles ballesteros.

Leila, como sabemos, habia hecho lo bastante y necesitaba cubrirse.

Élla creia, como lo creian la Coronel y la Padilla, que los infantes estaban salvados.

Juan Diente estaba en un estado de excitacion indescribible.

Se le habia contrariado.

Se le habia obligado á bajar la cabeza, y esto no lo podia sufrir el bravío ballestero.

Cuando le llamó doña Leila para enviarle recatadamente á Sevilla á dar al rey parte de lo que acontecia, antes de que hablase, Juan Diente la dijo:

—Yo no sé para qué me llamais, señora; pero sinó es para que inmediatamente monte á caballo y me escape como pueda y vaya á decir al rey lo que sucede, os anuncio que sin órden vuestra lo haré por mí mismo; que en Alcalá hemos sufrido una afrenta, se nos ha combatido, se nos ha obligado á humillarnos, y esta humillacion á que estamos sometidos es más del rey que nuestra, porque todos saben que con órdenes del rey hemos venido, y al resistirnos, al obligarnos á ceder, no es á nosotros á quienes se ha resistido y se ha obligado, sino al rey; por lo cual en delito de rebeldía, traicion y lesa majestad han incurrido el concejo y los prohombres de la villa de Alcalá, y áun el cura, el beneficiado, el sacristan y el monacillo. Conque veamos si es para que yo lleve el cuento de todo esto al rey para lo que me habeis llamado.

—¿Pues para qué otra cosa pudiera ser?—contestó doña Leila.—Necesario es que el rey sepa lo que pasa. Así, pues, ved cómo salís de Carmona y os vais á Sevilla, que esto ha de ser cuanto ántes.

—Ello es el caso,—contestó Juan Diente,—que será necesario que yo prescinda de mi caballo, que vigilados estamos, y con sólo que yo entrase en la cuadra para echarle la silla al bicho, ya habria quien fuese con el soplo y quien nos traje-

se una tempestad de pelones armados y dispuestos á meternos mano. Así es que yo voy á esquivarme subrepticiamente saltando las bardas del corral de esta casa, que no son muy altas, saliendo por las solitarias calles, y por un postigo del muro de la villa y ganar el camino real, y ya sea á pié, ya en alguna caballería con que me tope, ponerme en Sevilla delante del rey y darle noticia de lo que sucede.

—Pues id cuanto antes, señor Juan Diente,—dijo doña Leila,—que ya veis que en descubierto estamos; el rey necesita muy poco para irritarse, y si toma lo que sucede en deservicio por nuestra parte, podemos pagar muy caras las costas.

—Pues antes que eso, que las pague quien las debe, señora, y á no perder más tiempo; quedaos con Dios, que ya se verá lo que resulta del mensaje vuestro que voy á llevar al rey.

Juan Diente se salió del aposento de doña Leila.

Dió así como distraido una vuelta por la casa, aprovechó un momento en que nadie podia verle entrar en el corral, se metió en él, llegó á la tapia por el lugar que encontró más bajo, trepó con suma facilidad por sus asperezas y se dejó caer á una callejuela solitaria.

Luégo, de callejuela en callejuela, ganó la ronda interior del muro, y por un postigo situado al Norte se salió al campo y avanzó con paso rápido por un sendero.

Juan Diente era fuerte.

Estaba acostumbrado á la fatiga, pero á la fatiga á caballo.

Lo de matar hormigas le fastidiaba soberanamente y se le hacian muy duras, más que por otra cosa, por impaciencia, las seis leguas que hay que recorrer desde Carmona á Sevilla.

De improviso, avanzando por aquel sendero, oyó á derecha é izquierda el sonido de algunas esquilas que se dejaban oir de tiempo en tiempo y de una manera característica, como si aquellas esquilas fuesen de bestias que pastaban.

Y en verdad atravesaba aquel sendero por enmedio de la dehesa comunal.

Esparcidos acá y allá, entre el pasto, se veian algunos bueyes, algunas vacas, algunas cabras, algunas ovejas, y tal cual asno, tal cual caballejo.

En éstos se fijó la atencion del ballestero.

Pero todos estaban en pelo y sin cabezon ni nada por medio de lo cual pudiese guiárseles.

Rebuscando al fin Juan Diente, encontró uno que tenía una vieja jáquima y un largo ronzal que no le impedia pastar, aunque con el extremo del ronzal aparecia trabado por las manos.

Sin duda este jaco era inquieto y recien llevado de otra parte, y se le habia trabado para que no se escapase hácia su querencia.

Llegóse á él Juan Diente, le destrabó, tomo el ramal y saltó sobre el afilado lomo del bicho, quedando en la figura más rara que darse puede, porque estaba en calzas y jubon de ante de los

que se usaban para debajo del arnes, y cubria su cabeza con un casquete muy malo, una especie de birrete que llevaba siempre que salia de expedicion para cubrirse cuando se quitaba el yelmo.

Aparecia, pues, Juan Diente escueto, ajustado, y á cierta distancia no parecia otra cosa sino un hombre desnudo, de color amarillo y puesto sobre el jaco, demacrado, árido al que podian contarse sin dificultad todos los huesos; venía á ser una especie de caricatura.

Tenía por seguro Juan Diente que cuando entrase en Sevilla por la puerta de Carmona habian de rechiflarle los muchachos, siendo muy posible cayesen sobre él á pedradas.

Pero ¿qué importaba?

Era necesario servir al rey, y sobre todo tomar venganza del agravio que en Carmona se le habia hecho arrebatándole los infantes.

Metió Juan Diente los talones, que eran sus espuelas, al jaco, y se encontró agradablemente sorprendido al ver que apesar de su demacracion el animalito era ardiente y fuerte.

Habia partido á un medio trote, que muy pronto se habia convertido en un trote largo, hácia el camino real, y con un vigor extraordinario.

Oyóse entónces, saliendo de una arboleda inmediata, una voz robusta que gritaba:

—¡Eh, don malsin ladron, dejad la hacienda ajena, que no estaba ahí para vos!

Al oirse llamar ladron y malsin, Juan Diente

ardió todo en cólera, revolvió el caballo, buscó al que aquellas injurias contra él habia proferido, y viendo en los linderos de la arboleda á un zafio pastor, tiró del espadon que llevaba al costado y hácia el pastor arremetió con el caballo.

Pero el rústico, desasiéndose la honda y poniendo en élla una piedra, sobre la cabeza volteó dos veces la honda y dejó ir la pedrada, que dió á Juan Diente, afortunadamente para él, en el hombro derecho, que á darle en la cabeza allí mismo y en un punto suelta su postrimer aliento nuestro ballestero.

Sin embargo, tan violento fué el golpe que á punto estuvo Juan Diente de caer del caballo al suelo, y de tal manera, á consecuencia de la pedrada, se le crispó el brazo y se le entumecieron los dedos, que la espada se le cayó al suelo.

Tal vez la intencion del pastor no habia sido otra que la de desarmarle, y lo habia conseguido.

Conoció Juan Diente que si le alcanzaba otra pedrada era hombre perdido, y rápido como el pensamiento revolvió de nuevo el caballo hácia el camino real y escapó lanzando al animal al grande escape.

Sonó un nuevo chasquido y zumbó una nueva piedra.

Pero como, previendo esto, al lanzar á toda carrera el jaco Juan Diente se tendió sobre él en el mismo punto en que el pastor despedia su segunda

piedra, ésta pasó por encima del ballestero sin tocarle.

—Al diablo sinó me bajo tan á punto,—dijo Juan Diente,—que de seguro me mete esa maldita piedra en el colodrillo ese bruto.

El caballo volaba.

Un nuevo chasquido se dejó oir.

Pero ya Juan Diente, á causa de la maravillosa velocidad del jamelgo, estaba fuera del alcance de la piedra.

El caballo no necesitaba ser dirigido.

Parecia que corria á todo su placer hácia un lugar al que estaba aquerenciado.

Se le abrian las carnes á Juan Diente sobre el afilado lomo de aquel abanto, ni más ni ménos que si hubiera estado sujeto á la prueba del tormento que consistia en montar á un prójimo sobre un borriquete de madera, con grandes pesos colgados de los piés.

Pero Juan Diente aguantaba por lealtad al rey y por la hincha de venganza, que, enfureciéndole, le descomponia el cuerpo.

El jaco ganó el camino real y por él siguió hácia Sevilla poco ménos que desbocado, y con una tal velocidad que en ménos de tres horas, habiendo recorrido las seis largas leguas, se entró en Sevilla por la puerta de Carmona, haciendo sufrir á Juan Diente una rechifla que le soltaron algunos matachines del cercano matadero y la gente menuda y baldía que junto á la puerta se encontraba.

Dentro de la ciudad exclamaban los que no le conocian, al verle pasar sobre el descarnado bicho, lleno de esparavanes y sobrehuesos:

—¿Quién será ese que tan gentilmente cabalga?

Y algunos que le conocian decian al encontrarle:

—¿De dónde diablos vendrá de esa manera el señor Juan Diente?

Pero cuando llegó al alcázar, el escándalo fué formidable.

Al verle en aquella disposicion los de la guardia, que eran todos de la piel del diablo, le dieron una grita formidable y arremetieron á él con fisgas y pullas á tenerle la cabalgadura.

—Y ya era tiempo,—exclamó Juan Diente, echando pié á tierra;—partido vengo por la mitad, que éste no es caballo, sino espada.

Y sin entretenerse á más y sin responder á las preguntas que le hacian, rompió por entre los que querian detenerle para preguntarle y se metió por el alcázar adentro, sin detenerse hasta que llegó á los aposentos del rey y á una cámara de éllos donde don Pedro apostrofaba duramente al judío Simuel Leví, su tesorero, que con la cabeza inclinada, las rodillas encorvadas y temblando todo, aguantaba la tempestad.

Ésta provenia de que, habiendo mandado el rey á su tesorero le entregase inmediatamente tres cuentos de maravedises, el avaro tesorero,

sin duda para sacar gran partido de la penuria real, habia respondido que en sus arcas no habia un solo maravedí.

—¿Será, pues, necesario,—exclamó irritado el rey,—que yo os empeñe dos ó tres villas con sus fortalezas, y os deje hacer y deshacer en éllas y cobrar pechos y alcabalas y picardías para que me deis lo que necesito? Pues mirad, don mala sangre, buitre insaciable, no sea que me canse y os tome la cabeza y os confisque la hacienda que tan mal y tan en daño mio poseeis.

—Descuartizaríame vuestra señoría,—contestó con voz desfallecida, y apénas inteligible, don Simuel Leví,—y no tendria á la hora esos tres cuentos de maravedises que vuestra señoría me pide; sin tener en cuenta lo revuelto que anda todo y lo huido del dinero, que se ha marchado á las nubes.

—Tal nube os echaré yo encima,—exclamó el rey,—que para escapar de élla habeis de llover oro.

En esto andaban cuando, sin necesidad de que le anunciasen, porque tenía entrada libre en la cámara del rey, entró Juan Diente.

Reparó en él don Pedro, y le dijo:

—Á punto me vienes y como llovido del cielo. Agárrame á este mal judío y apriétale la garganta, á ver si vomita tres cuentos de maravedises que me hacen falta.

Juan Diente no necesitaba mucho.

Se irguió, estiró los brazos y se fué hácia el judío, que extendió los suyos, como para evitar que Juan Diente se le echase encima.

—No, no,—exclamó el mísero,—no me mateis, por Dios, señor; me obligais á hacer un mal negocio; me obligais á perder un ciento por ciento, pero yo juro por el Dios de Jacob y de Abraham que dentro de dos horas traeré al alcázar los tres cuentos de maravedises que vuestra señoría necesita.

Generalmente así, por el medio expeditivo de uso, como si hubieran sido perros de presa, de los ballesteros de maza, sacaba el rey los dineros que necesitaba á Simuel Leví, á quien hacía mucho tiempo no tenía maldita la cuenta ser tesorero del terrible rey don Pedro.

Cierto es que ántes Simuel Leví habia saqueado al rey.

Pero despues el rey le habia hecho vomitar con creces lo que le habia robado.

No parecia sino que se habia complacido en dejar engordar al judío para comérselo despues.

Contuvo con una seña don Pedro á su favorito, esto es, á su lobo, y Simuel Leví se salió gimoteando, agonizando, enlutada el alma y casi moribundo.

—¿Y de dónde vienes tú con ese talante, Juan Diente?—exclamó el rey.—Barrunto siento de que me has hecho traicion ó de que has sido cobar-

de. ¿Sin armas y sin espada te me presentas, infame?

—Con mucha frecuencia,—contestó Juan Diente,—los sucesos pueden más que los hombres; pero ni yo puedo ser traidor á vuestra señoría, ni tampoco cobarde. El diablo, señor, ha metido la pata en el negocio, y cuando ménos me lo esperaba, me he encontrado con que se ponian ante mí, no ejércitos armados, sino dos nobilísimas damas que con vuestra señoría tanto pueden y tan en el alma vuestra señoría tiene, que en éllas no he podido ver yo otra cosa sino á vuestra señoría que me atajaba el paso. Como que esas dos altísimas damas son la señora doña María de Padilla y la señora doña María Coronel.

Demudóse el rey hasta llegar á una palidez letal, lo que demostraba que estaba bajo el impulso de su más violenta cólera.

—¡Juntas doña María de Padilla y doña María Coronel! exclamó con voz ronca.

—Sí, señor,—contestó Juan Diente;—juntas, y asidas de las manos, como si hubieran sido dos hermanas.

—¿Y dónde se han puesto ante doña Leila y vosotros esas dos señoras?

—En el castillo de Carmona, señor.

—¿Y amparaban á los infantes?

—Sí, señor.

—Cuéntame, cuéntame; no entiendo bien lo que me dices, veamos. Indudablemente se me ha he-

cho traicion; yo á nadie habia dicho lo que pensaba hacer de los infantes; habla, responde.

La cólera del rey aparecia más y más concentrada, más y más terrible.

Su profunda calma, su profunda palidez y el siniestro brillo de sus ojos estaban en relacion perfecta.

De tiempo en tiempo pasaba por él un leve estremecimiento.

Juan Diente contó punto por punto al rey lo que habia acontecido.

Cuando hubo terminado, el rey le dijo:

—Vé, ármate, cabalga, haz que se armen y cabalguen otros cuarenta ballesteros, y espérame con éllos en la plaza de armas.

Juan Diente salió.

El rey llamó á sus escuderos y se hizo armar.

Algunos minutos despues, armado de todas armas, jinete en un poderoso corcel, llevando junto á sí su alférez mayor con su estandarte y sus trompeteros delante y sus heraldos, el rey con los cuarenta ballesteros hidalgos de maza, mandados accidentalmente por Juan Diente, salió de Sevilla y aguijaba al trote hácia Carmona.

CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO NO HABIA NADA QUE PUDIESE CONTENER AL REY DON PEDRO.

Los del concejo de la villa, previendo lo que aconteceria, esto es, que el rey se les echaria encima, y excitados y alentados por doña María de Padilla y doña María Coronel, habian puesto atalayas, ó, mejor dicho, vigías en la gran torre del castillo para que vigilasen el camino real desde aquella altura y avisasen en cuanto apercibiesen algo que indicase un peligro.

Como á las doce del dia, uno de los vigilantes fué á avisar al concejo que por el camino real habia aparecido una nube de polvo, que poco despues, ya más cerca, entre aquella nube de polvo

se habia señalado el estandarte real, y que tras él venía un escuadron de caballos.

El estandarte real indicaba la presencia del rey.

Habia que temerlo todo.

El concejo mandó repicasen las campanas, y se apresuró á reunirse y á salir en corporacion, con su estandarte concejil, sus timbales y sus pífanos, al encuentro del rey, para hacerle acatamiento como convenia á buenos y leales vasallos.

Pero por muy pronto que se reunieron y salieron, ya el rey, que iba muy deprisa, entraba por la puerta del Sol, y avanzaba por la calle Real.

Detuviéronse un momento los trompeteros y los heraldos del rey al ver ante sí los trompeteros, los pífanos y el guion del municipio.

Pero la detencion fué momentánea, porque el rey gritó:

—Adelante, y á la iglesia.

Ya sabemos que en la iglesia estaban amparados los dos jóvenes infantes.

El concejo hubo de apartarse rápidamente para no ser atropellado.

El rey hacía caso omiso del cuerpo municipal. Iba ebrio de cólera, y temia que si se detenia un solo momento se le escapasen los infantes.

Los concejales se quedaron perplejos, estáticos, viendo alejarse hácia la plaza donde la iglesia estaba al rey y á sus terribles lanzas.

De improviso, y cogidos todos por unas mismas ideas, por un mismo terror, sin decirse el uno al

otro ni una palabra, escaparon cada cual por su parte, y sin detenerse ni áun para llegar á sus casas se salieron de la villa en demanda de los caseríos inmediatos para ocultarse en éllos.

Daban por muertos á los infantes y temian que cuando el rey los hubiese encontrado contra los del concejo se revolviese airado y, rabioso, los inmolase á éllos.

Y tal vez no iban descaminados en esta creencia.

El rey no se detuvo hasta llegar á la plaza.

Una vez allí, mandó á sus ballesteros cercasen la iglesia y no dejasen escapar de élla á nadie.

Retuvo á su lado á Juan Diente.

Rodrigo Perez de Castro, Rodrigo Diaz de Albarracin y los otros cinco que en el pueblo se habian quedado, y que estaban en un grupo en la plaza cuando entró el rey, al rey se acercaron.

Estaban en calzas y jubon de armas, como hemos visto á Juan Diente.

Pero llevaban al costado izquierdo su espada y al derecho su maza de armas, distintivo especialísimo de su empleo en la casa del rey.

Fuera de esto, ni una sola persona del pueblo en la plaza se veia.

Puertas, ventanas y miradores estaban cerrados.

Ni más ni ménos que si en vez de ser las doce del dia hubieran sido las doce de la noche.

El terror habia entrado con el rey en Carmona.

Á la sola noticia de que el rey venía con gente

armada y en son de castigo, todos se habian encogido de miedo y habian ido á esconderse en el fondo de sus hogares.

Todos previan un suceso terrible.

El rey, cuya cólera no amenguaba, avanzó con su caballo hasta la cerrada puerta de la iglesia, y con el regaton de su lanza dió en una de las robustas hojas tres poderosos golpes.

La iglesia, sin ser de las que estaban completamente fortalecidas, tenia algunas defensas, y su ingreso estaba en un muro almenado, flanqueado por dos robustas torres redondas.

Despues habia un patio ó atrio, en el fondo del cual se alzaba la fachada gótica del templo.

Unos cuantos hombres decididos y arrojados hubieran podido defender la iglesia.

Y en verdad que en el patio de élla se encontraba al pié de su caballo el capitan Sancho Dávila de la mesnada de doña María Coronel.

Pero estaban en actitud pacífica, apoyados en las lanzas y con las adargas pendientes de los arzones.

Los tres golpes dados por el rey á la puerta exterior de la iglesia resonaron de una manera fatídica.

La segunda puerta estaba tambien cerrada.

Al retumbar el llamamiento del rey, esta segunda puerta se abrió y aparecieron en una masa negra y cerrada los benedictinos del convento de Carmona, teniendo á su frente, revestido, con la

custodia con la Sagrada Forma en el viril, á su abad mitrado.

Como no se hubiese respondido inmediatamente al llamamiento del rey, éste se volvió á los ocho ballesteros que con él estaban, esto es, á Juan Diente y á los otros que con él y con doña Leila habian ido á Alcalá.

—Romped á golpes de maza esta puerta,—exclamó el rey,—y caed sobre los traidores que dentro halleis.

Se encontraba el rey don Pedro en uno de sus más terribles paroxismos de cólera.

Las mazas de armas, anchas por el lado de las cuchillas, esto es, como hachas, cayeron sobre la puerta.

Á los primeros golpes se oyó una voz robusta y serena, que dijo:

—No forceis la puerta, voy á abrir.

Era la voz de Sancho Dávila.

Enmedio del grupo que formaba la comunidad de los benedictinos habia cinco personas extrañas á éllos, doña María de Padilla y doña María Coronel, que tenian asido cada una de la mano á uno de los infantes.

La otra persona era doña Leila, que hablaba calurosamente y argüia en vano con doña María de Padilla.

—Se provoca una cosa horrible,—decia Leila,—un sacrilegio;—el rey no se detendrá ante nada, pues le conoceis, señora; ha jurado el exterminio

de los bastardos; sería mucho más prudente escapar con los infantes, si es que hay por dónde escapar.

—No, no,—decia doña María; el rey no pasará por encima de Su Divina Majestad, y si pasa yo me pondré ante él.

Los pobres niños estaban yertos de espanto, y á no haberlos sostenido doña María de Padilla y doña María Coronel, no hubieran podido tenerse de pié.

Entónces sonaron los tres violentos golpes del llamamiento del rey.

Pasó una oscilacion por la inmensa comunidad de los benedictinos, que se estrecharon en torno de los amenazados.

Aparecia en los semblantes de todos éllos el noble valor de la fe y del cumplimiento del deber.

Se mostraban graves y tranquilos.

Al oir el llamamiento, doña Leila exclamó:

—Es de todo punto necesario no aumentar la cólera del rey.

Y se abrió paso y salió al atrio.

Se detuvo enmedio de él, y á punto que retumbaban los primeros golpes de hacha sobre la puerta, dijo á Sancho Dávila:

—Id, y franquead la puerta, caballero.

Entónces fué cuando Sancho Dávila, dejando su lanza contra su caballo, avanzó y anunció que iba á abrir.

Cesaron los golpes de hacha.

Sancho Dávila descorrió, con una serenidad heroica, con un valor á toda prueba, el gruesísimo cerrojo que la puerta aseguraba.

Enmedio del atrio aparecia esbelta, inmóvil, admirable, serena, impasible como una estatua, doña Leila.

En la puerta de la iglesia continuaba el abad mitrado, con la custodia en las manos, al frente de sus monjes agrupados.

Á la derecha se veian junto á sus caballos, en dos hileras, atentos y apoyados en sus largas lanzas, los veinte hombres de armas de doña María Coronel.

Á la izquierda estaba la litera en que doña María Coronel y doña María Padilla habian ido.

Cuando se abrió la puerta de par en par, impulsada violentamente por los ocho ballesteros, el rey, que delante de su estandarte, sus trompeteros y sus heraldos estaba, al ver á Sancho Dávila inmóvil, al otro lado del umbral, bajo la arcada y en una actitud respetuosa, enristró colérico su lanza y avanzó lentamente el caballo.

Sancho Dávila se arrodilló.

¿Oraba, viendo llegada su última hora, ó acataba al rey?

Don Pedro continuó avanzando el caballo hasta ponerse al alcance de Sancho Dávila, y echó el brazo atras con el amago de un bote de lanza.

Pero de improviso bajó el brazo, terció la lanza y dijo:

—Apartaos enhoramala, Sancho Dávila, y no me estorbeis el paso.

Sancho Dávila se levantó y se apartó, alentando una esperanza, así como todos los que habian visto que habiendo el rey indicado su accion de muerte se habia contenido.

Tal vez aquel terrible don Pedro, que nada respetaba, se contenia ante Dios.

El rey arrojó su lanza á uno de sus escuderos y echó pié á tierra.

Entró en el atrio, y entró pasando junto á doña Leila, como si en élla no hubiese reparado.

Llegó hasta el abad de los benedictinos, y una vez allí se arrodilló como en adoracion del Santísimo Sacramento.

Luégo se alzó.

—Padre,—dijo al abad con la voz trémula, aunque parecia pretendia hacerla serena,—Dios no está aquí por su voluntad, sino porque vos le traeis; lleváoslo, desapareced todos, entregadme á don Juan y don Pedro; yo soy el rey; ante el rey la inmunidad eclesiástica se invalida; el rey representa á Dios sobre la tierra; el rey está investido por Dios con el supremo imperio y con el absoluto ejercicio de la justicia. Reconoced al rey; no provoqueis su fuerza, porque si la provocais, vosotros respondereis ante Dios de lo que acontezca; yo no, puesto que os advierto.

—Dios me manda proteger al débil y al desvalido,—contestó con la voz serena, pero timbrada

por un profundo dolor, el abad.—Vos, señor, sois un rey católico y no podeis desconocer que vuestro imperio termina allí donde empieza el imperio de Dios. Ved, señor, que con mudas voces de justicia os está hablando el Santísimo Sacramento, que en las manos tengo, y sobre vos volved y ved que lo que nos mandais os entreguemos, son dos inocentes, dos niños, que en nada han podido ofenderos.

—Retiraos, abad,—repitió el rey, cuya voz sonaba más trémula, más irritada, más incierta, más amenazadora;—retiraos, y no tenteis á Satanas.

El abad no contestó.

Pero avanzó hácia el rey, presentándole la custodia.

Con él avanzaron algunos monjes.

El rey retrocedió á medida que avanzó el abad, pero mirándole de una manera terrible, que sin embargo el abad soportaba con un valor sereno, inmenso.

Dejaba el rey ver á cada momento, de una manera más marcada, la convulsion que le agitaba.

¿Qué era lo que habia protegido primero á Sancho Dávila, despues al abad y á los monjes que le rodeaban?

Sancho Dávila tenía al pecho la cota de armas con el blason de doña María Coronel.

El rey no habia querido ensangrentarse con un servidor de la magnífica mujer que le enloquecia de amor.

En cuanto al respeto que mostraba al abad, ó más bien á Jesus Sacramentado, más que respeto era astucia.

El abad, formando un grupo con parte de su comunidad, se separaba de la puerta de la iglesia, en donde aparecia agrupado el resto de la comunidad.

El intento de don Pedro era evitar pasar sobre el Santísimo Sacramento, flanqueando de repente el grupo al frente del cual estaba el abad, cuando éste se hubiese separado lo bastante del otro grupo que á la puerta de la iglesia se mostraba.

Y seguia el rey retrocediendo á medida que lentamente el abad iba avanzando.

De improviso el rey ganó el costado de aquel grupo y se colocó á retaguardia de él, y al frente del grupo que en la puerta de la iglesia aparecia.

Juan Diente y los otros siete ballesteros de maza habian seguido cuatro por cada lado, ni más ni ménos que si hubiesen recibido una órden, el movimiento del rey, y se habian extendido á espaldas de él.

El ejército sacerdotal habia sido cortado.

En vano el abad, conociendo tarde su impremeditacion, pretendió volver.

Juan Diente, Rodrigo Diaz de Albarracin y Rodrigo Perez de Castro le cortaron el paso y á los religiosos que le circundaban.

—Padres,—dijo el rey con la voz desentonada por la cólera, dirigiéndose á los benedictinos que

estaban á la puerta de la iglesia más compactos á cada momento, no me obligueis á que pida al Papa absolucion por haber puesto las manos en vosotros.

—¡Anatema,—exclamó en aquel momento el abad,—anatema, Señor, sobre el impío!

Estas palabras, pronunciadas de una manera terrible por el abad, que las habia pronunciado con la fe de que Dios las oia, de que Dios las hacía suyas, causaron un efecto inexplicable en todos los que las oyeron.

El capitan Sancho Dávila, los veinte hombres de armas de doña María Coronel, los monjes, doña María de Padilla, doña María Coronel, todos, á excepcion de los ocho ballesteros de maza y de doña Leila, sintieron un pavor frio que les heló el alma.

Les pareció que la cólera de Dios relampagueaba ya en el espacio.

Los pobres niños amenazados, las dos nobles mujeres que los protegian y los tenian asidos alentaron una esperanza.

Tal vez el rey se contendria.

Tal vez los que allí estaban se interpondrian, no queriendo traer sobre sí por su aquiescencia la cólera de Dios.

Hubo un momento de pavoroso silencio.

En cuanto al rey, las valientes y terribles palabras del abad produjeron en él un efecto de todo punto contrario á la intencion, á la voluntad, á la fe del abad.

Su cólera se desbordó.

Cegó.

Una oleada de sangre subió á su cabeza.

Sus ojos lo vieron todo rojo.

La fiera irritada cedió á un impulso de acometividad, de destruccion.

Don Pedro, descompuesto, pálido, con una palidez de muerte, se lanzó sobre el grupo de los monjes.

Era alto, recio, forzudo, y la cólera centuplicaba su fuerza.

Los apartó de una manera ruda,, los arrolló, llegó adonde con los infantes estaban doña María Coronel y doña María de Padilla.

Ambas damas se abrazaron entónces á los infantes, y los cubrieron con sus cuerpos, y apénas si tuvieron tiempo para empezar una súplica.

El rey asió, uno con cada mano, por los brazos á los dos desventurados jóvenes.

Los arrastró fuera, llevándose por algun espacio tras sí á la Coronel y á la Padilla, que á los infantes estaban asidas.

El primero que cayó, arrojado por don Pedro á sus maceros, fué el infante don Juan.

—Matadlos,—exclamó el rey.

El desventurado niño extendió los brazos como para contener las mazas que ya sobre él se levantaban.

Pero ¿qué podia hacer el infeliz?

Se habia puesto de rodillas.

Inmediatamente un golpe de maza, recibido en la cabeza, le desplomó por tierra.

Todas las mazas sobre él cayeron, y muy pronto no quedó mas que una masa sangrienta é inmóvil.

Entretanto el rey habia arrojado al sombrío Sancho Nuño, el terrible agonizante, el infante don Pedro.

Sancho Nuño se arrodilló.

Se puso sobre él, y mientras le estrangulaba, rompia su pecho con las enormes y duras rodilleras de su armadura de punta en blanco.

Todo esto habia sido instántaneo.

En vano doña María Coronel y doña María de Padilla habian pretendido arrancar á los asesinos sus víctimas, exponiéndose á ser heridas tambien.

En vano el abad habia acudido con el Santísimo Sacramento.

La obra de sangre y de exterminio se habia realizado en muy pocos segundos.

En cuanto á Sancho Dávila y los veinte hombres de armas, no habian hecho otra cosa mas que temblar.

Habian permanecido inmóviles, aunque estremecidos, asidos á los frenos de sus caballos, con las crispadas manos fuertemente apoyadas en sus lanzas, mirando despavoridos, pálidos y desencajados el horror que tenía lugar á pocos pasos de éllos.

Entretanto, el estandarte real y los oficiales de

armas habian permanecido á caballo á la puerta exterior del atrio, cubriéndola.

Concluido el carnaje, los verdugos se irguieron y permanecieron agrupados y apoyados en sus sangrientas mazas de armas.

—Los frailes á su celda,—dijo el rey, en cuyo semblante se veia la contraccion del gozo horrible del odio satisfecho.—Vosotras, señoras, á la litera. Capitan Sancho Dávila, soldados, conmigo. Mi caballo, Fernan Castro.

Un escudero acercó al rey su caballo.

—Á caballo, escuderos,—dijo en voz breve y opaca y marcada con un timbre extraño Sancho Dávila.

Los hombres de armas de doña María Coronel cabalgaron.

El abad, con los monjes que le habian seguido hasta el medio del atrio, conmovido, desolado, en una situacion imposible de describir, avanzó y rodeó, con los otros monjes que de la iglesia salieron, los cadáveres de los dos niños.

Horrorizadas, medio muertas, llorosas, aniquiladas, doña María de Padilla y doña María Coronel entraron en la litera.

Á una seña del rey, el estandarte, los oficiales de armas y los escuderos reales volvieron bridas.

Salieron.

Sonó la trompetería del escuadron real.

Los ocho ballesteros, el agonizante Sancho y sus cuatro ayudantes siguieron á pié al rey.

No tenian allí sus caballos.

La litera se puso en marcha detras de los verdugos.

Sancho Dávila siguió con los veinte escuderos de doña María Coronel.

Se recogió la gente que cercaba la iglesia, y aquella terrible comitiva real y la litera y la comitiva de doña María Coronel se alejaron, atravesando las desiertas calles de Carmona, que, segun aparecian de solitarias, hubiera podido creerse que sus habitantes habian abandonado la poblacion.

No quedaron en el atrio mas que los dos cadáveres y los benedictinos, que en torno de éllos entonaban el responso.

CAPÍTULO IX.

EN QUE SE VE QUE EL REY, APESAR DE LO TERRIBLE DE SU CARÁCTER, SABÍA SER MAÑERO CUANDO LE CONVENIA.

Salióse el rey de la villa y se entró en el castillo de Carmona.

Una vez en su cámara de honor, mandó que doña María de Padilla fuese conducida á Sevilla con una respetable escolta, y servida y honrada como la correspondia.

Don Pedro no habia osado presentarse á élla.

Era doña María de Padilla la única tal vez á que guardaba una sombra de respeto el rey don Pedro.

Doña María de Padilla se separó llorando de doña María Coronel, y pidiendo para élla su proteccion á Dios.

El rey habia mandado se detuviese á doña María Coronel en una de las cámaras del castillo.

Despues mandó se le presentase el alcaide, Ferran de la Noguera.

El alcaide entró temblando, creyendo llegada su última hora.

Pero el rey se habia saciado de sangre.

Estaba, como si dijéramos, en el placer de la digestion del lobo, y no queria más sangre.

Sin embargo, se volvió airado á Ferran de la Noguera, y le dijo:

—¿Cómo habeis sido tan menguado que os habeis dejado arrebatar los infantes?

Ferran de la Noguera, que se habia arrodillado ante el rey, se doblegó más y más, y no contestó una sola palabra.

Creyó llegada su última hora.

—¡Vive Dios!—exclamó el rey,—que no os mato porque de imbécil solamente me habeis deservido; pero no habeis de quedar sin castigo; la alcaidía que os dí os quito; de la órden de caballero que os concedí os despojo; de mis dominios os destierro; pero ántes habeis de pasar por azotes. ¡Hola! Llevaos á éste y sacudidle, para que aprenda á servir más discretamente al amo que le tomare á su servicio.

Los escuderos, que habian acudido al llamamiento del rey, se llevaron como un ovillo al pobre Ferran de la Noguera, y un momento despues los ayudantes del agonizante Sancho le desnuda-

ban de medio cuerpo arriba enmedio de la plaza de armas, y teniendo cada uno dobladas en la mano las riendas de un caballo le sacudian á su placer, con gran chacota de los soldados del castillo, de los ballesteros de maza y áun de los escuderos de doña María Coronel.

Su mujer y sus hijos habian acudido entretanto llorando y dando gritos, y al fin habian logrado arrancarle de entre aquellos señores.

Gracias que el rey no habia mandado que le matasen, sino que le sacudiesen.

No obstante, tal habia sido el sacudimiento que su familia se lo habia llevado medio muerto.

El rey habia mandado llamar á Sancho Dávila.

Éste era un buen caballero, deudo de doña María Coronel, de gran linaje y buena fortuna, y muy apreciado en la corte.

Aunque no fuese para él muy tranquilizador el llamamiento que el rey le hizo, por más que hubiese sido cortés, se presentó al rey impasible, aunque respetuoso.

—¿Quién ha armado todo esto, Sancho Dávila? —le preguntó el rey con acento natural y tan sereno ya como si nada hubiera acontecido.

—Á la pregunta que vuestra señoría me hace,— contestó con la voz serena Sancho Dávila,—sólo puedo responder: que anoche, despues de la media noche, cuando ya estaba recogido, me dijeron de parte de mi señora que me armase y armase veinte escuderos de su casa para escoltarla.

—¿Buscó doña María Coronel á doña María de Padilla, ó fué por el contrario?—dijo el rey.

—La señora doña María de Padilla, señor,—contestó Sancho Dávila,—habia ido sola en una litera, sin más resguardo que algunos servidores á pié, que en Sevilla se quedaron, á buscar á mi señora; despues nos pusimos en marcha, y como no podíamos picar más allá de lo que lo consentia el paso de la litera, invertimos en llegar desde Sevilla á Carmona desde la media noche al amanecer.

—Lo que quiere decir que no os descuidásteis. Pero quiero preguntaros una cosa, Sancho Dávila. ¿Tan mal estais con vuestra cabeza que os habeis atrevido á acometer gentes mias que guardaban un mi castillo real?

—Yo, señor,—dijo Sancho Dávila, que era un tanto cortesano,—no he hecho otra cosa que defender á dos ilustres damas, señoras mias las dos, la una, porque vuestra señoría á su lado, y en público, la tiene como reina; la otra, porque, pariente, aunque lejano, suyo soy; de élla sueldo recibo y á mi mandado tengo la gente de armas de su mesnada.

—En una tabla os escapais, Sancho Dávila,—dijo el rey,—y creer quiero, porque en grande estima os tengo, que en vos nó he hallado ni áun una sombra de deslealtad contra mí. Idos y apercibios con vuestra gente para volver á Sevilla con vuestra señora, resguardándola.

—Guárdeos Dios, señor,—contestó Sancho Dávila.

—Esperad,—dijo el rey.—Yo no os he hecho nunca la más ligera merced. Os creo leal; tomad por ahora, como en memoria mia.

Y se quitó la cadena de oro de dobles eslabones que llevaba al cuello y la entregó á Sancho Dávila.

—Gracias, señor,—dijo éste, siempre impasible;—y haciendo al rey una profunda reverencia, se retiró.

Don Pedro sabía ser mañero cuando necesitaba serlo.

Conocia demasiado á sus grandes súbditos, y sabía que el más leve favor real bastaba para ponerlos de su parte sin condiciones.

Sancho Dávila habia sido prudente.

Por más que se hubiese indignado y hubiese sublevado todos sus sentimientos el acto de horrible barbarie, de incalificable crueldad, el crímen horrendo que don Pedro habia perpetrado delante de sus ojos, por más que él hubiese sentido un vehementísimo impulso de sublevarse con su gente contra aquella tiranía, no habia perdido completamente la reflexion.

Habia comprendido lo inútil de su esfuerzo, y que sólo lanzándose á un acto desesperado hubiera logrado traer sobre sí la muerte y comprometer á su señora, y habia permanecido, como se ha visto, mudo testigo con su gente de lo que habia acontecido.

El rey, pues, nada podia reprocharle, como no fuese la breve lid que habia empeñado con los soldados leales, y Sancho Dávila habia sabido disculparse de la mejor manera posible.

Al rey le convenia tener al lado de doña María Coronel, en la propia casa de ésta, un servidor suyo, puesto de su parte por el interes del medro.

Sancho Dávila habia sabido representar su papel.

El rey, ántes de llegar á Carmona, desde el momento en que Juan Diente le avisó de lo que sucedia, puso en tortura su inteligencia para sacar en claro quién podia haber sido el que habia avisado á doña María de Padilla de su intento de matar á los infantes.

Habíasele ocurrido siempre que no podia ser aquella persona otra que doña Leila.

Pero no se avenia á creerlo.

Doña Leila tenía el alma feroz, el alma africana.

Profesaba un odio á muerte á los cristianos, sin otra excepcion que el rey, á quien doña Leila amaba con una pasion terrible, sin condiciones.

Para doña Leila la voluntad del rey era una ley, y á él estaba sometida de una manara completa, abyecta, cuanto un sér humano puede someterse á otro.

Por esto á don Pedro se le hacía cosa recia creer que hubiese sido doña Leila la que á doña María de Padilla se habia ido con el cuento de la sentencia de los infantes.

¿Pero quién otro podia ser?

El rey volvió á sus cavilaciones cuando hubo despedido á Sancho Dávila.

Al fin, decidiéndose, hizo llamar á doña Leila, que á él se presentó serena, tranquila, sonriente, dejando ver en sus magníficos ojos negros un amor infinito.

CAPITULO X.

EN QUE SE DICE QUIÉN ERA DOÑA LEILA.

Digamos, ántes de continuar con los sucesos de esta verídica historia, quién doña Leila era.

Cuatro años ántes, en una noche cerrada de invierno, de lluvia, truenos y ventisca, un capitan de la gente de guerra del adelantamiento de Andalucía, llamado Gil Perez de Pazos, habiéndose acostado muy temprano y algo tomado de vino, soñó que la santísima Vírgen del Rosario se le aparecia, para decirle que habia llegado la hora de que la villa y fortaleza mora de Alcalá, que ahora se llama la Real, cayese en poder de los cristianos, y que él era el elegido para llevar á cabo la ardua empresa.

Con tal fuerza soñó esto Gil Perez de Pazos

que se despertó despavorido, y, no conociendo el tránsito del sueño á la vigilia, por realidad tomó el sueño.

Estaba en la villa de La Guardia, en la frontera de Jaen, sobre el reino moro de Granada.

Vistióse apresuradamente.

Se ciñó su espada, se envolvió en su capa y, saliéndose de su posada, se fué á llamar á las puertas de todas las otras posadas de los jinetes de su compañía de caballos, y á todos les fué dando parte de la aparicion y de la revelacion que habia tenido, y de que se le habia encargado por la santa Vírgen María que aquella empresa se hiciese secretamente y con sólo los hombres de armas de su compañía.

Creyéronle, porque en aquellos tiempos nadie podia dudar de la posibilidad de una tal revelacion y milagro.

Y, excitados por su fe, y creyéndose favorecidos por la santa Madre de Dios, los cien hombres de armas de la compañía del señor Gil Perez de Pazos encubertaron silenciosamente sus caballos, se armaron, cabalgaron, y uno á uno, sin faltar un solo hombre, y sin que se quedase el estandarte, se salieron por un portillo de la villa para ir á juntarse secretamente en el lugar señalado por su capitan, que era una hondonada entre dos cerros.

Al volver aquel cerro y otros dos ó tres esta-

ban ya en la línea divisoria de las tierras cristiana y mora.

Habia entónces tregua, y el rey de Castilla se llevaba muy bien con el rey de Granada.

Por consecuencia, el capitan Gil Perez de Pazos, rompiendo la tregua por su propia voluntad y capricho, desobedecia al rey don Pedro y se hacía merecedor de un terrible castigo.

Pero como nadie podia dudar de que la soberanía y la autoridad de la Santísima Vírgen eran incomparablemente superiores á la soberanía y á la autoridad del rey, y con la celeste proteccion contaban todos aquellos bravos hidalgos, se metieron sin empacho por las tierras del reino de Granada, perfectamente convencidos de que ante éllos habian de desplomarse los fuertes muros del castillo casi fronterizo de Alcalá.

Lo tempestuoso y lo lóbrego de la noche protegió su entrada.

Los vigilantes de las torres de atalaya no habian podido verlos.

Caminando toda la noche, hubieran podido llegar al amanecer á la vista de Alcalá.

Pero aconteció una casualidad.

El amor no reconoce obstáculo alguno, y áun á vencer los imposibles se lanza, y un moro jóven de una de las alquerías fronterizas estaba enamorado de una doncella mora residente en otra alquería inmediata, y contrariados estaban sus amores, porque la doncella en cuestion era es-

clava de un viejo arraez, enamorado de élla; con élla se entendia el mozo valiéndose de buenas mañas, y aquella noche aprovechaba la tormenta y la lobreguez para acercarse á la hermosísima Leila, porque Leila era aquella doncella.

Yendo por su camino nuestro enamorado moro, pasos de muchos caballos oyó y crujir de arneses, sin que por esto se inquietase; porque como por una y otra parte se guardaba fielmente la tregua, supuso que aquella tropa que sentia sería una tropa de moros fronterizos.

Así es que, cuando los encontró, los saludó con la frase consabida *Aljandu' laj* (Alabado sea Dios).

Al oir aquel saludo en árabe puro, el señor Gil Perez de Pazos arremetió al bulto que tenía delante, y le dió un encuentro con la lanza de soslayo, hiriéndole en un hombro y exclamando al mismo tiempo:

—¡Santiago y Castilla!

Conoció entónces Almotamed, que así se llamaba el mancebo moro, que no con compatriotas suyos habia dado, sino con enemigos, y como, á causa de la oscuridad, el señor Gil Perez de Pazos no habia podido herirle mas que de soslayo, y no gravemente, y como el moro no fuese cojo ni manco, echó mano á su corvo yatagan, se recogió, se metió por entre los caballos, desjarretó á dos ó tres y escapó á la carrera hácia la aldea donde moraba el arraez Jusef-ben-Kolva, y de cuya aldea se encontraba más cerca que de la suya.

Corria el moro como una exhalacion.

Llegó á la aldea.

Llamó á la mezquita.

Despertó al faquí.

Se metió, cuando abrieron en la mezquita, que era la casa más fuerte del pueblo, y no pudiendo ya sostenerse, por la mucha sangre que habia perdido, comunicó al faquí que los cristianos rompian la tregua y se metian por las tierras de Granada.

Se llamó al kadí.

Se armaron apresuradamente los hombres de la aldea, y en lo alto del alminar ó torre de la mezquita lució muy pronto una llamarada, á la que siguieron otras dos.

Era la señal de alarma.

Inmediatamente en los repechos de Sierra Elvira, en las cumbres de Moclin de Parapanda é Illora, que eran las atalayas más inmediatas, lucieron las tres llamaradas, y acá y allá, á lo largo de la vega, sobre las colinas, las llamaradas se repitieron.

Allá á lo léjos se las vió arder tambien en las colinas de Granada, sobre la alcazaba Kadima y sobre las Torres Bermejas.

Se oyó además un zumbido lejano que se repetia sin intermision.

Era el sonido de la campana de la Vela de la alcazaba de la Alhambra, que tocaba á rebato.

Por la falda de Sierra Nevada se habian exten-

dido las fogatas, habian dado la vuelta, y tambien sobre las cumbres de la áspera Alpujarra lució la señal de guerra.

No habian pasado dos horas desde la primera señal, y ya el rey de Granada y todos sus capitanes de todas las villas y castillos de su reino estaban de pié, armados de punta en blanco, preparados á la pelea, y corredores salian de Granada en todas direcciones, para averiguar por dónde el reino era acometido.

Y todo esto bajo la tempestad y envuelto en la sombra.

La locura de Gil Perez de Pazos estaba ya á punto de producir sus funestas consecuencias.

Estaban perdidos él y cien bravos hidalgos.

Pero como llevaban llena la cabeza de aquello de la proteccion de María Santísima, en vez de hacerles volver riendas para ganar la frontera cuan rápidamente les fuera posible, al ver los fuegos de guerra que por todas partes, acá y allá, brotaban entre la sombra, se crecieron y allá se fueron al punto más cercano donde aquellos fuegos lucian, que era la aldea del arraez y al mismo tiempo kadí Jusef-ben-Kolva.

Por muy bravos que fuesen los moros de los caseríos, eran pocos y no pudieron resistir la brava acometida de los cien jinetes del capitan Pazos.

La aldea fué incendiada, y los que se habian refugiado en la mezquita, cercados y combatidos y

amenazados por el incendio, se rindieron á condicion de que se les guardasen las vidas.

Tomólos cautivos el capitan Gil Perez de Pazos.

Apoderóse de las reses que en la aldea habia, y sus jinetes cargaron de botin sus caballos.

Esta intemperancia, que en muchas ocasiones habia tenido malos resultados, no podia ménos de tenerlos tambien entónces.

La funesta ansia del botin dió ocasion á que, como otras veces, embarazados con él los soldados, no pudieran pelear como era necesario.

De una multitud de aldeas inmediatas, que el reino de Granada estaba entónces pobladísimo, acudió una considerable morisma á pié y á caballo, que dió de rebato sobre los castellanos, y cercándolos y acorralándolos dieron de éllos sangriento fin y remate, sin tomar uno á vida, salvos algunos que enmedio del tumulto, viendo que la Santísima Vírgen los desamparaba, escaparon á uña de caballo protegidos por la oscuridad.

Fué uno de éstos el temerario é imprudente Gil Perez de Pazos, que sinó fué el primero en escapar, no fué de los últimos.

Pero no escapó solo.

Porque llevaba sobre el arzon, cogida por la cintura, una magnífica mora.

Y no iba sana esta mora, que un ballestazo escapado de entre los mismos moros la habia herido bajo la clavícula izquierda, y por la sangre que habia perdido se habia desangrado; que de otro

modo no le hubiera sido fácil retenerla á Gil Perez de Pazos; que la mora era fuerte y brava, como que se trataba de Leila, cuyo carácter ya hemos presentado en alguna manera á nuestros lectores.

Ganó la frontera Gil Perez de Pazos y entró en la villa de la Guardia cuando amanecia y se ponian en movimiento hácia la frontera gran parte de las fuerzas del adelantamiento de Andalucía, movido el adelantado por las señales de guerra que los veladores del castillo de la Guardia habian visto en la frontera.

Irritóse don Pero Manrique de Lara cuando, llevado ante él el causante de aquella infraccion de la tregua, le contó su vision y la empresa en que se habia metido.

Y sin pararse en barras el adelantado, que era un tanto semejante al rey don Pedro, con la sola confesion del capitan Gil Perez de Pazos tuvo el proceso por bastante.

Mandó llamasen á un fraile, y cuando éste hubo confesado y dado la comunion al fanático y temerario capitan, el preboste del adelantamiento, por órden del adelantado, le degolló en justicia en presencia del ejército; acto de rigor necesario si se habia de mantener la disciplina.

Sin pérdida de tiempo el adelantado envió una embajada al rey moro, satisfaciéndole y contándole lo que habia ocurrido, y correos al rey don Pedro para darle cuenta del suceso.

Aprobó cumplidamente el rey de Castilla la conducta del adelantado.

Satisfízose por otra parte al rey de Granada, y todo se redujo á alguna sangre perdida por una y otra parte á causa de aquella descabellada empresa.

La carta que don Pero Manrique de Lara habia enviado al rey tenia el *post-scriptum* siguiente:

«Aquí se nos vino el menguado capitan, con una mora herida sobre el arzon, y de tan peregrina hermosura que á todos nos ha maravillado. Yo no sé qué hacer de élla, si volverla á los suyos ó tenerla como cautiva, aunque me parece que, al tenor de la tregua, lo que pertenece es lo primero. En cuanto á la herida, grave pareció en los primeros momentos, pero despues se ha perdido todo cuidado, y dicen los médicos que será cosa de quince dias. Hasta ahora nadie del reino de Granada ha pedido por esa doncella. Vuestra señoría dispondrá lo que le placiere, que yo, como debo, quedo á su mandado.»

La pasion más predominante del rey era la mujer.

Se sintió sin saber por qué excitado por aquella doncella mora, cuya peregrina hermosura habia maravillado á hombres que por estar en la frontera del reino moro de Granada estaban acostumbrados á ver grandes bellezas, y contestó al adelantado que, pidiesen ó no pidiesen á la mora, en

cuanto convaleciese, á Sevilla la enviase bien servida y resguardada.

Sucedió que nadie reclamó á Leila.

Su amo, el arraez Jusef-ben-Kolva, habia muerto de una lanzada la noche del rebato, y el amante, mejor dicho, el novio de Leila, habia muerto tambien sofocado por la accion del humo en el aposentillo de la mezquita donde se encontraba.

Leila era africana y habia sido vendida en Granada al kadí Jusef-ben-Kolva por un mercader de esclavas.

Así es que nadie la habia reclamado.

En cuanto se curó de su herida, el adelantado la envió á Sevilla en una litera, acompañada de dos dueñas y escoltada por algunos jinetes.

Leila fué á parar á la casa del tesorero Simuel Leví, que servía cumplidamente á don Pedro en todo lo que era menester.

Visitóla el rey en cuanto llegó, y aconteció que se prendó de élla, y élla, que aún no habia amado, se prendó del rey.

Y lo que más enamoraba á don Pedro en Leila no era su extraordinaria y vigorosa hermosura, sino su brava fiereza; que no parecia sino que le habian enviado de África una pantera humana.

Esto no obstante, Leila tenía el alma dulce y delicada para el amor, y aquella fiera, enamorada de don Pedro, le sonreia con la dulzura de un ángel y desfallecia de amor en sus brazos.

La historia de Leila ántes de pertenecer al kadí

Jusef-ben-Kolva era muy sencilla; una historia de sangre.

La kabila de Ain-al-baida, en el litoral de Marruecos, cerca de Tánger, habia acometido á la de Beni-safah, á que Leila pertenecia.

Sus padres, sus hermanos, sus parientes habian sido degollados, y si élla habia escapado con vida habia sido á causa de su grande hermosura, que prometia un buen precio.

Compróla en Tánger, pues, el mismo mercader de esclavos que la vendió en Granada.

Violento en todo el rey don Pedro, igual á la violencia con que concebia sus amores, era el hastío en que muy pronto sus amores terminaban; que á doña María de Padilla habia que considerarla como una excepcion.

No parecia sino que al rey don Pedro, respecto á las mujeres, no le excitaba otra cosa que la novedad y la dificultad.

Pasado estos dos alicientes, sobrevenia la indiferencia.

Esto aconteció respecto á Leila.

Pero Leila habia contraido un tal amor y tan sumiso al rey, que se resignó á todo, y ni áun una queja le dejó oir por su amor desdeñado, ó, mejor dicho, olvidado.

Era la oriental, acostumbrada por educacion á la esclavitud de la mujer.

No podia tener celos.

El islamismo establece la poligamia.

Sólo podia tener resentida la vanidad al verse pospuesta por don Pedro á otras mujeres, ó, mejor dicho, á otra mujer.

Á doña María de Padilla.

Leila comprendia demasiado su condicion y encontraba lo más natural del mundo que don Pedro prefiriese á aquella castellana, con la cual le unian antiguos vínculos, y que era la madre de sus hijos.

Leila no habia dado hijos al rey.

Consideraba así, pues, Leila, dentro de sus creencias y de sus costumbres musulmanas, á doña María de Padilla como la sultana favorita del rey.

Pero como don Pedro iba con mucha frecuencia á visitar á Leila en la buena casa que para élla habia comprado y alhajado en la Morería, se daba por satisfecha.

Cuando el rey no podia hacer sus visitas nocturnas á Leila, ya porque los cuidados del gobierno ú otros deberes se lo impidieran, enviaba con un cortés mensaje para Leila á su gran confidente, á su ballestero de maza favorito, á Juan Diente.

De ir y venir Juan Diente con estos mensajes á Leila vino á acontecer que Leila comprendió que tenía un nuevo medio de seduccion para con el rey; esto es, la fiereza y el espíritu sanguinario.

Juan Diente habia sido expansivo con Leila, y por él Leila, que estaba recluida y que podia decirse no conocia sino personalmente al rey, supo

lo que el rey era como carácter, como temperamento.

Con mucha frecuencia, cuando Juan Diente iba con un mensaje del rey, la decia:

—No puedo detenerme, señora; me llama el cumplimiento de una obligacion de que me ha encargado el rey.

Preguntaba Leila y sabía que aquella obligacion era acechar á un noble y matarle en la sombra, ú otra terrible cosa por el estilo.

En una de estas ocasiones, Leila dijo á Juan Diente:

—Quiero acompañaros: yo he visto muchas veces cómo un hombre muere, pero no sé cómo vos matais.

—Yo mato como viene á pelo, señora,—contestó Juan Diente;—ó riño, ó caigo encima como los tigres de vuestra tierra; llegan momentos en que es necesario hacer el negocio sin ruido y sobre seguro.

—¿Y esta noche, hay lance?

—Sí por cierto: se trata de matar á dos franceses que han venido á conspirar á Castilla; por lo mismo me acompañará mi compadre Rodrigo Perez de Castro: es necesario atacar muy pronto, y yo no puedo dar á la vez dos golpes.

—Pues bien,—dijo Leila,—dejad en paz á vuestro compadre: yo os acompañaré.

—¡Vos, señora!

—Sí, yo; ¿creeis acaso que valdrá vuestro compadre más que yo para ayudaros?

Miró profundamente el ballestero á Leila.

—¿Y qué diré yo luégo al rey si me acompañais, señora, y os acontece una desgracia?

—¿No habeis hablado de las panteras de mi patria? dijo Leila.

—Sí, por cierto, señora.

—Pues bien, yo soy como éllas.

Juan Diente pretendió disuadirla.

Pero Leila se obstinó.

Llegó hasta exigir, hasta mandar; y como Juan Diente sabía bien que doña Leila tenía una gran influencia sobre el rey, no se atrevió á contrariar la voluntad de doña Leila.

Ésta habia tomado la cuestion con empeño.

Aquella misma noche, al mediar, cuando todo era sombra y silencio, cuando por las desiertas calles no pasaba un alma, dos bultos fueron á ocultarse en un soportal al principio de la calle de Mesones.

Aquellos dos bultos eran el uno Leila, el otro Juan Diente.

Leila iba con traje de hombre y envuelta en su gran manto.

Lo requeria la noche, que era muy fria.

Llevaba una cota de malla, un capaçete, un broquel y una espada y una maza de armas.

Ni más ni ménos que Juan Diente.

Éste habia procurado á Leila el traje y las armas.

Leila se sentia bastante feroz, bastante fuerte

para dar á don Pedro una gran muestra del valor y de la fuerza que en élla se alentaban, y que indudablemente debia ser para don Pedro un nuevo encanto.

Á aquella aventura la llevaba su amor.

Temia llegase un dia en que don Pedro la abandonase por completo y se creyese libre de toda obligacion procurándola una subsistencia cómoda.

Leila necesitaba, pues, atraer de nuevo al rey.

Lo arrostraba todo, aunque en realidad no hacía un gran sacrificio, porque era brava.

Las mujeres cuando son bravas y están dotadas de fuerzas físicas, como Leila, aventajan á los hombres más bravos y son más terribles que éllos.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Á los pocos minutos de haberse puesto en acecho se oyó el murmullo de las voces de dos hombres que se acercaban hablando con gran interes.

Pasaron, en fin, por delante del soportal en el que estaban ocultos Juan Diente y Leila.

—Éllos son,—dijo Juan Diente cuando hubieron pasado;—no podemos perder un momento: yo me voy sobre el de la derecha, sobre el más alto, el más fuerte; idos vos sobre el de la izquierda.

Y se salió del soportal, desnudando la espada.

Leila desnudó la suya y siguió al ballestero.

Los otros dos iban algo delante y descuidados.

En otra ocasion, Juan Diente se hubiera dejado de miramientos de decoro y, acompañado por

alguno de sus camaradas, hubiera caido á golpe de maza, sobre seguro, y por la espalda, sobre aquellos dos hombres.

Pero tenía un testigo que era mucha cosa del rey, y Juan Diente quiso lucirse.

Á más de esto, le habia excitado en gran manera la brava determinacion de Leila, y le habia acometido una insoportable comezon de ver lo que Leila era capaz de hacer.

—En todo caso,—dijo para sí el bravo ballestero,—si vemos que hay necesidad de ello apretaremos los puños, nos quedaremos con toda la racion y sacaremos del paso á doña Leila, que no quiero yo pagar la locura de esta señora con las costas que el rey me cargaria si élla pereciese en este lance.

Al acabar Juan Diente su razonamiento mental llegó á los dos, que iban descuidados, que nada habian sentido, tan recatado habia sido el avance del ballestero y de Leila, y dió un cintarazo en la espalda al hombre que iba á la derecha, poniéndose rápidamente frente á él.

Aquel hombre, de tal manera injuriado, que un cintarazo es siempre una injuria, no debia ser ni flojo ni manco, porque echó rápidamente al aire la espada y se fué colérico hácia Juan Diente.

Iba á ayudarle su compañero, el de la izquierda, cuando reparó en que otro bulto le acometia bravamente, y se vió obligado á atender á su propia defensa.

Quien le acometia era Leila.

Entretanto Juan Diente, que era muy bravo, muy fuerte y muy diestro, habia dado tan buena cuenta del enemigo que ante sí tenía que á los primeros envites le tendió por tierra á consecuencia de un formidable tajo, con que le hendió la cabeza.

—Así caen todos los que son traidores al rey, —exclamó Juan Diente al ver por tierra á aquel hombre, que despues de haber caido no se movia.

El tajo que le habia echado por tierra habia sido concluyente.

El ballestero entónces se volvió hácia Leila y el otro hombre, que peleaban á corta distancia.

—Pues ¡vive Dios!—exclamó Juan Diente,—que esta señora vale mucho más de lo que yo creia, y que no hay necesidad de ayudarla. Se lleva al otro por delante como si fuera una pluma, y harto se conoce que si no le ha matado ya es porque se entretiene con él.

Habia algo de esto.

Leila habia sido educada de una manera brava en África, como si hubiera sido un hombre.

Jineteaba admirablemente.

Jugaba la lanza y la azagaya y usaba de la espada con una maestría y una fuerza prodigiosa.

Se llevaba en efecto por delante al otro hombre, que no era sin embargo lerdo ni cobarde.

Leila habia podido matarle más de una vez.

Pero se habia propuesto desarmarle y ren-

dirle, lo que se le hacía un tanto difícil, por la bravura y la destreza del contrario.

Hubo un momento en que, viéndose éste cogido entre la pared y su enemigo, hizo un poderoso esfuerzo, y de tal manera que Juan Diente, que era muy conocedor, no vió muy claro de parte de quién estaba la ventaja, y temeroso de que si le acontecia una desgracia á doña Leila el rey le cobrase con exceso la responsabilidad en que habia incurrido, á ayudar á doña Leila se fué.

Pero ésta, que le sintió y que estaba sobrexcitada y embravecida, de una manera rápida, con un movimiento tan imprevisto como el de la mano de un gato, le hizo una advertencia de hecho, á fin de que no se mezclase en su negocio.

Y esta advertencia fué meterle un cintarazo que le alcanzó en el lado derecho de la cara, y con tal violencia que Juan Diente vió todas las estrellas del firmamento, quedando aturdido por algunos segundos.

Al mismo tiempo Leila, recogiéndose y esforzando todo su vigor y todo su valor, cayó sobre su enemigo tan violentamente y de una manera tan segura que le atravesó de parte á parte.

Á este tiempo, es decir, con intervalo de algunos segundos entre el golpe y la erupcion de cólera que del corazon se le subió á la cabeza al ballestero al sentirse de tal manera tratado, repuesto ya, pero acrecida la cólera, sin reparar en la valía que para don Pedro tenía Leila, sin aten-

der mas que á la injuria que ésta le habia hecho sentir, rabiando de coraje, se lanzó sobre élla con el alma negra y sedienta de sangre.

Pero se encontró con que Leila á cada estocada y á cada tajo que le paraba le daba un cintarazo con una prontitud y una destreza desesperantes, y áun con que le decia riendo á cada impío golpe éstas ó semejantes palabras:

—Vamos, señor Juan Diente, vos os habeis empeñado en que yo os dé una leccion: la letra con sangre entra; haceos atras, hermano, y cesad, para que yo deje de sacudiros, que me va dando pena.

Esto embravecia de una manera inconmensurable, absurda, al señor Juan Diente, que rugia y bramaba y echaba por aquella boca sapos y culebras, y apretaba más y más los puños, sin conseguir otra cosa que recibir más y más cintarazos, y dados de muy buena voluntad y con tal energía que el membrudo, el atlético Juan Diente, molido, mareado, aturdido, embriagado, más bien enloquecido por la cólera, desfalleció, le acometió una laxitud á la que no pudo resistir y una especie de calambre, de espasmo, que le cogió de los piés á la cabeza, y vino al suelo sin poderse valer.

Leila se llegó á él y le dijo:

—Mi buen Juan Diente, manos blancas no ofenden.

—Pero dañan, ¡vive Dios!—exclamó el ballestero;—que me habeis puesto que se me puede comer con cuchara.

—Eso os convencerá,—dijo Leila,—de que yo sirvo para cualquier empeño de honra tanto como cualquiera de vuestros camaradas.

—No sé yo cuál de mis camaradas,—dijó incorporándose con pena Juan Diente,—hubiera podido ponerme á mí como vos me habeis puesto. Yo os admiro y os reverencio, señora mia, y perdonad si contra vos me he ido, que cuando sentí el primer cintarazo que me metísteis toda mi reflexion se la comió la cólera.

—Pues dad gracias á Dios de que en vez de cintarazo no fuese un tajo, que no lo contaríais, y acabad de levantaros y tened mi brazo y volvámonos á mi casa, á fin de que mis dueñas os bizmen, que bien lo habeis menester.

—Pues créolo,—dijo Juan Diente;—estoy como si me hubiera encontrado con una pantera, y celébrolo aunque me cueste mucho dolor en el cuerpo y mucha mortificacion en el alma, porque cuando su señoría sepa de qué manera tan completa me habeis zurrado la badana á mí, como sinó dijéramos nada, á Juan Diente, os va á poner sobre su corona; y no embargante el que contra vos por irritacion me haya puesto, sabed, doña Leila, que yo os estimo mucho.

En fin, Juan Diente se apoyó en el brazo de Leila, y para casa de ésta se fueron y en élla entraron.

Entregó Leila á sus dueñas y dos de sus rodrigones á Juan Diente, para que le cuidasen; y

quedóse sola en su retrete y con el traje de hombre que se habia puesto, que no se quitó otra cosa que el capacete y la coracina.

Á poco llegó un paje y la anunció que el rey acababa de entrar en la casa, y Leila salió á recibir á don Pedro.

Aparecia éste pensativo y distraido, como habiendo ido allí más por miramiento que por amor.

Extrañóse al ver á Leila en traje de hombre y ceñida al costado una buena espada.

—¿Qué es esto, amiga mia?—la dijo;—¿en qué aventura os habeis metido ú os vais meter?

—Yo estoy siempre ansiosa de serviros, señor,—contestó Leila;—y habiendo sabido que vos habíais mandado á vuestro ballestero Juan Diente que con uno de sus compañeros se fuese á la calle de Mesones y esperase á que por allí pasasen unos caballeros, contra los cuales estábais airado, y los matasen, yo acompañé á Juan Diente, en vez de cualquier otro de sus compañeros.

Esperamos.

Pasaron.

Nos fuimos tras éllos.

Los acometimos espada contra espada.

Juan Diente despachó al uno y yo arreglé á dos.

—¡Cómo! Yo no habia sentenciado mas que á dos; pero si otro á los sentenciados se arrimó, bien muerto está, que arrimándose á éllos no debia ser muy mi amigo.

—Tan vuestro amigo es, señor, que si en ál-

guien fiais en este mundo es en él,—dijo Leila.

—Pues no sé, no sé,—dijo el rey,—quién puede ser ese caballero en quien yo confie, porque hoy no hay en Castilla un solo caballero en que pueda fiarse.

—Decid en vez de caballero ballestero, y habreis dicho lo cierto.

—¿Pues cuál de mis ballesteros,—exclamó el rey,—puede ir mano á mano con traidores que yo he sentenciado?

—No iba, señor, con éllos, sino contra éllos, porque este ballestero es Juan Diente.

—¡Cómo! ¿Vos habeis matado faz á faz á Juan Diente?—exclamó con asombro el rey.

—No, no, señor,—dijo Leila;—ha sido algo mucho mejor que eso; le he dado una tunda.

—¡Vos una tunda á Juan Diente! Ved lo que decís, amiga mia.

—Una tunda tal,—dijo Leila,—que ya tiene para rascarse quince dias y para estar dolorido un mes y para no andar derecho mes y medio. En fin, allá está en un lecho, y los servidores que habeis puesto á mi lado se ocupan en bizmarle.

—Ya,—dijo el rey;—el leal Juan Diente, que por ser vos cosa mia se ha dejado zurrar.

—Os equivocais, señor, que si me descuido me mata, que estaba el hombre soberbio y de rabia no veia.

—¡Vos á Juan Diente!

—Yo.

—¿Espada contra espada?

—Sí, señor, espada contra espada y á muerte; sólo que yo he sido generosa, y en vez de matarle, como maté al que me tocó en parte, me contenté con darle una vuelta de cintarazos, y tan buena ha sido que no le ha quedado parte en el cuerpo sin golpe, y de buena ley; y perdonad, señor, que yo os hable de esto, que parece jactancia de fanfarron. Pero vos me vais olvidando, me vais despreciando, y ya que la poca hermosura que yo pueda tener y el mucho amor que os tengo no me sirvan para que me ameis como yo quisiera ser amada, he querido hacer algo por lo que podais estimarme.

—¿Y el pobre Juan Diente ha pagado la costa? —exclamó el rey, que tenía los ojos dilatados.— Asombroso, amiga mia, asombroso. Mirad que yo no conozco á nadie, como no sea yo, que espada contra espada, ni lanza contra lanza, pueda tenerse á pié ni á caballo combatiéndose con Juan Diente.

—Pues ahí teneis á vuestro invencible hecho un estropajo.

—Permitidme, amiga mia, que vaya á verle, á convencerme por mí mismo de lo que me habeis dicho; que hubiéralo visto y me hubiera parecido un sueño.

—Pues venid, señor, voy á guiar.

Doña Leila llevó al rey al aposento en que se encontraba, harto dolorido, el aporreado Juan Diente.

—¿Conque es decir,—exclamó el rey,—que tú no has quedado ya en el mundo sino para que te bataneen y te descoyunten y te pongan hecho un San Lázaro manos de dama? Vive Dios, menguado, que doña Leila ha hecho muy bien en no herirte de punta ó tajo, porque debes morirte de vergüenza, y sinó te mueres, visto está que eres un cuerpo inútil, un hueco mal llenado entre mis valientes ballesteros.

—Pues mirad, señor,—dijo Juan Diente,—que ha habido momentos en que yo he hecho lo posible por matar á doña Leila, que no era para sufrido con paciencia el trato que me estaba dando; que aquello era para volver loco, no digo yo á un hombre de tan poca paciencia como la mia, y de todo punto sin costumbre de zurras, sino á un santo. Pero me doy por contento y áun por honrado, señor; que ser rendido por una dama no es cosa que á nadie espante, que para caer desfallecidos ante las damas ha hecho Dios á los hombres.

—Sí, pero no cuando las damas hacen sufrir su fuerza con el plano de una espada, villano.

—Pues así y todo, señor, déjeme vuestra señoría mi satisfaccion por haber sido vencido y tirado por tierra por doña Leila.

Se recrudeció en el rey la aficion que por Leila habia tenido, y algun tiempo despues Leila en Nájera, armada y á caballo, hizo tales cosas al lado del rey que éste no pudo considerarla sino

como uno de los mejores combatientes de aquella sangrienta batalla.

Al fin Leila vino á ser la sicaria, por decirlo así, del rey.

Cuando habia una grave ejecucion que llevar á cabo, un cometido difícil, á Leila encargaba de ello el rey, y ya hemos visto que élla fué á quien se dió la comision de cumplir la dura sentencia del rey contra sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan.

El agonizante Sancho, el hombre terrible era la sombra, el teniente, por decirlo así, de Leila.

Á tal punto habia traido á ésta su ingénita ferocidad africana.

CAPÍTULO XI.

HASTA QUÉ PUNTO LEILA CONOCIA AL REY DON PEDRO.

Como sabemos, el rey habia mandado llamar á Leila, despues de haber despachado ya, bien empeñado en su servicio, al capitan Sancho Dávila.

Sabemos que Leila se habia presentado perfectamente serena al rey.

—¿Me querreis decir,—la preguntó éste, que aparecia perfectamente sereno, aunque estaba muy pálido,—quién ha sido el que ha traido al castillo de Carmona á doña María de Padilla y á doña María Coronel, cuando nadie mas que vos sabía mi órden de muerte á los dos bastardos?

—He sido yo, señor,—contestó Leila, sin perder en lo más leve su serenidad.

Pasó una convulsion por los párpados del rey. Pero ésta no fué la única señal de su cólera.

—Me parece que os atreveis á mucho,—dijo don Pedro.

—En efecto, señor,—dijo Leila,—á mucho me he atrevido amándoos.

—¿Es decir que vos por amor mio habeis pretendido evitar la muerte de esos dos hermanos?

—Lo que yo he querido evitar, señor, es que la gentes crean que vos habeis dado en la locura del exterminio.

—¡Poder de Dios!—exclamó el rey,—que no conozco á nadie, ni creo que haya nadie en el mundo que se atreva á decirme lo que vos me estais diciendo.

—Es que no hay nadie en el mundo que os ame como yo os amo. Me enloqueceis, satisfaceis todas mis aspiraciones; vos sois bravo como un leon y yo brava como una tigre de los desiertos de mi patria; vos aspirais con delicia el olor del carnaje de los enemigos despedazados, y yo tambien. Á mí como á vos nos atrae la muerte, la adoramos; somos el uno para el otro; acordaos de Nájera; vos ebrio de furor, despues de la batalla alanceábais á los rendidos y á los vencidos, y yo, llevando mi caballo tras el vuestro, alanceaba á los que vos no habíais podido alancear.

Acordaos de que el Príncipe Negro osó increparos y que fué necesario que vos mismo mediáseis, por las razones políticas que para éllo teníais, para

que yo no hiciese pagar cara al Príncipe Negro su insolencia.

Me habeis visto siempre sumisa á vos, enamorada de vos, tiñéndome una y otra vez de sangre por vos, olvidada de mi peligro y hasta de la salvacion de mi alma.

No, no podeis decir que no os amo y que á vos no me sacrifico.

Yo no os pido la recompensa de esos sacrificios, porque sé que soy vuestra esclava.

Yo no me quejo del amor que á otra teneis.

Una esclava no puede quejarse.

Pero tampoco temo vuestra ira, porque si élla me despedazara soportaria los más terribles dolores y moriria sonriendo, porque érais vos quien me mataba.

—Concluyamos, concluyamos,—dijo el rey;—todo eso me lo habeis dicho cien y cien veces, y de mí no podeis tener queja; vos sabeis cuánto me enamorais; no podeis dudarlo. Yo os busco cuando la noche sobreviene, y cuando no puedo buscaros, porque me lo impiden graves negocios, estoy inquieto, triste; habeis llegado á ser una parte de mí mismo, amiga mia.

—Sí, es verdad, una parte,—contestó suspirando Leila.

—No me culpeis,—dijo el rey,—porque amándoos de la manera que os amo ame tambien á otras mujeres; no está en mi mano el evitarlo; á ello me arrastra una fuerza á la que no puedo re-

sistir, ni lo pretendo, porque sé que todo sería inútil. Es mi destino; ansiar lo desconocido y empeñarme por lo imposible.

—Y bien, señor, vos, abandonado sin combatir al impulso de vuestro destino, caminais ciego á un fin miserable. Vos no sabeis, señor, el horror y el espanto que llevará á todos los que os son aún leales el saber con cuánta cruel saña habeis sacrificado á dos inocentes niños.

—Inocentes no, porque tenian la traicion en la sangre; se mata á la serpiente ántes de que muerda, para evitar su mordedura ponzoñosa.

—¡Ah, señor, señor!—exclamó doña Leila;—si yo no me he estremecido de espanto por mí misma al veros llegar á tan terribles extremos, es porque nada de lo que de vos provenga para mí, ni áun el martirio, puede espantarme; pero no acontece lo mismo con los demás. Creerán, y lo creerán con razon, que vos habeis caido en una locura mortífera, en una locura de destruccion; se aterrarán y huirán de vos; irán á aumentar el número de vuestros enemigos, y contra vos se volverán. Llegará un dia en que os encontrareis solo con algunos pocos de vuestros más leales vasallos, y sucumbireis.

—Vos teneis algo de hechicera, mi buena amiga,—dijo el rey;—¿estais acaso revelándome mi horóscopo?

—Señor, vuestro horóscopo es muy fácil de descifrar; el que en nada repara, el que por todo atro-

pella, el que una vez y otra y siempre se mete en el peligro temerariamente, acaba por perecer cuando ménos lo espera. ¿Qué quereis? Yo os amo, yo soy desventurada porque veo que correis á vuestra perdicion. He querido evitar que espanteis á vuestros reinos con la inútil sangre de esos dos niños, y conociendo el corazon de doña María de Padilla, la he buscado para que á salvar á esos niños viniese; élla, no fiando bastante en sí misma, ha buscado noblemente á una mujer que es hoy para vos una inmensidad, doña María Coronel. Ambas han venido impulsadas por su caridad y por el amor que os tienen.

—¡Por el amor que me tienen!—exclamó el rey, interrumpiendo bruscamente á Leila. ¿Pues quién os ha dicho á vos que doña María Coronel me ama?

—Si hay un grande amor desventurado en el mundo,—dijo con acento opaco Leila,—es el amor en que por vos doña María Coronel se abrasa.

—Mirad que os engañais,—dijo anhelante el rey.

—Una mujer como yo cuando juzga á otra mujer no se engaña. Pero ¿qué os va en que doña María Coronel os ame? Mirad, si yo anhelara venganza por el casi menosprecio con que mirais mi amor, me tendria por vengada al ver lo imposible, no del empeño, sino de la pasion del alma que por la hermosa y noble doña María Coronel sentís. ¡Ah! No, no teneis que decírmelo; yo sé, bien á

despecho mio, que el amor que á doña María de Padilla teneis, el que os embriagó y aún os embriaga por doña Aldonza Coronel, son nada en comparacion con lo que os enloquece, os irrita, os empeña, os martiriza el amor imposible que por doña María Coronel sentís.

—Y si élla me ama, ¿por qué ha de ser imposible la satisfaccion de mi amor?—dijo el rey, que en nada reparaba, que de tal manera hablaba de su amor á otras mujeres, á una mujer que de él estaba enamorada hasta el delirio y el crímen.

—Señor,—dijo tranquilamente Leila, pero con la voz opaca y triste,—vos no sabeis hasta qué punto imposible, milagroso, puede llegar la fuerza de un alma pura: doña María Coronel os lo hará conocer.

—Doña María Coronel me aborrece,—exclamó el rey;—vos os engañais; vos pretendeis engañarme, aunque no lo creo, cuando decís que doña María Coronel por mí siente un amor tan grande como no le ha habido sobre la tierra. Sí, os engañais, lo repito; élla me aborrece; élla ansía venganza por la muerte de su traidor padre, de su traidor marido. Si élla continúa en la corte, si hipócritamente afecta una lealtad mentida, es por el interes de sus hijos, por su interes propio, porque los estados de Medinaceli, que en Aragon tiene, no son lo bastante para sostener su rango de rica hembra.

—Mirad, señor, que estais juzgando por vues-

tro propio corazon el corazon de doña María Coronel, y hé aquí el error; el corazon de doña María Coronel está muy léjos de parecerse al vuestro.

—Pues si nuestros dos corazones no se parecen, ¿cómo puede amarme?

—Pues ved ahí, señor; cuando de amor se trata, no se ve mas que el amor; el amor es un misterio inexplicable. ¿Qué es el amor? ¿por qué se ama, por qué se aborrece? ¿Lo sabeis vos? Decídmelo, y os lo agradeceré, porque yo no sé lo que es el amor, como no sea porque le siento; y por qué le siento por vos yo no puedo explicármelo. ¿Cómo yo, altiva hasta la locura, puedo amar á quien me desprecia? Sin embargo, le amo, me someto á su voluntad, y el mismo martirio de estos mis amores desventurados es para mí un placer, porque ese martirio me le causais vos. No, no; el amor se siente, pero no se explica; el amor es un misterio; todo lo más que yo puedo deciros acerca del amor es esto: el amor es la enfermedad, la locura del alma.

—Pues si doña María ha caido en esa locura, ¿cómo resistirá á élla?

—Por el milagro de la fe, por la gracia de Dios, que asiste á los que en Dios tienen una fe ciega.

—Vaguedades,—exclamó el rey.—¡La gracia de Dios! ¡Ah! ¿Y por qué Dios no nos envía algo de su gracia para que podamos llevar algo mejor nuestra horrenda vida de combate?

—La gracia de Dios no baja mas que á los mártires,—dijo Leila.

—¡Cómo se conoce que andais entre frailes!—dijo el rey don Pedro, que era un tanto escéptico.

—Los frailes me buscan para cristianarme,—dijo Leila,—y yo los oigo y los recibo porque así, engañándolos, los vigilo; y ya por medio de éllos, y sin que éllos lo entiendan, he descubierto algunas conspiraciones; háilos además entre éllos que son muy santos, cuya palabra se insinúa y convence. Instruida me tienen ya lo bastante, y dentro de poco nos bautizaremos, señor; y puesto que tanto os gusta el nombre de María, María nos llamaremos; esto es si vuestra señoría no quiere que muramos por haberle deservido, trayendo tan inútilmente al castillo de Carmona á las nobles, altas y poderosas señoras doña María de Padilla y doña María Coronel.

—Dejadme, dejadme en paz,—dijo el rey, que habia caido en una distraccion profunda;—yo no puedo volverme contra vos; yo no puedo hacer nada contra vos; volveos, pues, con Sancho y con los mismos ballesteros con quienes vinísteis, á Sevilla y á vuestra casa; yo iré á veros esta noche y á deciros si es cierto que doña María Coronel me ama, ó si os habeis engañado; que doña María Coronel no es ni una santa ni una mártir.

—Dios tenga piedad de élla y de vos,—dijo Leila.

Y salió.

—¡Que me ama! ¡que me ama la Coronel!—exclamó el rey.—Sí, sí, es posible. ¡Ah! ¡si eso fuera verdad, yo sería un Dios!

Y don Pedro, demudado, anhelante, se fué al aposento donde estaba detenida como presa doña María Coronel.

CAPÍTULO XII.

LA INMENSA VALENTÍA DE LA VIRTUD DE DOÑA MARÍA CORONEL.

Doña María Coronel recibió al rey severa, grave, triste, pero tranquila, cuanto podia estarlo por la impresion horrenda que en élla habia causado el espantoso crímen del rey.

Don Pedro temblaba de los piés á la cabeza.

Se conocia harto claro la poderosa, la monstruosa impresion que la hermosura, el ser entero y, sobre todo, la heroica virtud de doña María Coronel, causaban en su alma, en su sangre.

Habia, sin embargo, en doña María Coronel algo que subordinaba á élla á don Pedro, que le hacía ante élla débil y cobarde.

Y como la debilidad y la cobardía no eran ciertamente componentes del carácter del rey don

Pedro, al sentirse de tal manera contenido ante doña María Coronel se irritaba, y una lucha sorda, potente, formidable, se libraba en su alma y estremecia su cuerpo.

Era de temer la explosion del carácter terrible, de la terrible voluntariedad, de la exuberancia de vida, del exceso de las pasiones, en el rey don Pedro.

Doña María lo comprendia todo esto.

Se encontraba sola en la ancha y magnífica cámara árabe de la torre de honor ó del homenaje del castillo de Carmona, con aquella fiera que no reconocia el límite del deber, y para contener á la cual en el desbordamiento de sus pasiones no habia freno bastante.

No tenía en torno suyo nada que la defendiese, ni áun un arma con que herirse para salvarse de una profanacion de su honra, de una violencia sobre su dignidad y su virtud.

Aparecia, sin embargo, tranquila, y lo estaba realmente.

Confiaba con una fe ciega en Dios, y esta fe en Dios, esta certidumbre de que Dios no permitiría fuese insultada, humillada, deshonrada, reducida á la última de las desesperaciones, producia aquella su tranquilidad fortísima, que asombraba al rey y le contenia.

Si habia algo en doña María que no respondiese á su profunda tranquilidad, era una expresion de detalle, por decirlo así, una expresion de pena que

aparecia en élla por el inmediato y terrible recuerdo, como ya hemos dicho, de la horrible carnicería de los dos infantes, que estaba aún delante de sus ojos, como en el momento en que aconteció.

Y no era la pena de doña María solamente por aquel horror, sino tambien por ser el rey don Pedro quien aquel horror habia causado.

Leila no se habia engañado.

Doña María Coronel amaba al rey.

Le amaba con toda la fuerza de su alma extraordinaria, con una pasion de los sentidos, que la avergonzaba, humillándola, aterrándola. Pasion voraz que la combatia, de cuya razon élla no queria darse cuenta, y que apesar de élla, en élla se acusaba clara y terminante.

La atraia la hermosura del rey, porque el rey para doña María era hermosísimo y estaba trasfigurado por su imaginacion, que élla no podia contener por más que lo procuraba.

La lucha era horrible.

El desfallecimiento sobrevenia con mucha frecuencia despues del combate de la pasion.

La tentacion redoblaba sus ataques, y á veces doña María, próxima á sucumbir, lo arrostraba todo, enlanguidecia en el sentimiento sensual que por el rey experimentaba, y acreciendo la tentacion llegaba casi al punto de olvidarse de todo y de decidirse á gozar de una felicidad del infierno, sacrificando á élla su dignidad, su virtud, su alma.

Pero estas breves oleadas de la pasion no logra-

ban nunca pasar por encima de la virtud de doña María.

En los momentos en que, fatigada, anhelante, la asaltaba la idea de olvidarse de todo, su virtud, que parecia anulada, se rehacía, ganaba omnipotente el terreno perdido, y doña María, la valiente doña María, exclamaba:

—¡Nunca! ¡jamás! ¡muerta ántes!

Y se arrojaba á los piés del altar y pasaba largas noches en oracion y penitencia y recurria á su confesor haciéndole conocer los dolores de su alma, y en fuerza de voluntad y de virtud lograba recobrar un tanto de calma dolorosa como el que, afligido por una terrible dolencia crónica, siente algo de alivio.

Doña María no comprendia lo que por élla pasaba.

¿Por qué amaba á aquel hombre, en quien encontraba todos los repugnantes vicios, todas las terribles pasiones de un demonio?

En aquellos tiempos no podia explicarse sino de una manera absurda y supersticiosa lo que ahora nos explicamos á causa de los progresivos adelantos de la ciencia fisiológica y psicológica.

Entónces, cuando un sér se sentia atraido por otro de una manera irresistible, apesar de su conciencia y de su voluntad, se atribuia esto á hechizo, se hablaba de bebedizos y sortilegios, se echaba la culpa al mal de ojo, y se buscaba un fraile ó á un saludador práctico en el arte de echar los

demonios fuera del cuerpo de que se habian apoderado.

Hoy conocemos la ley de las atracciones, de las repulsiones, y sinó razonamos aún las múltiples influencias físicas y morales á que estamos sujetos, las conocemos por la presencia de los fenómenos.

La ciencia del espíritu es para nosotros aún oscurísima, y en la misma oscuridad nos encontramos respecto á la misteriosa influencia del espíritu sobre la materia y de la materia sobre el espíritu.

No conocemos la razon de la relacion trascendental que existe entre la materia y el espíritu, y la más misteriosa aún del sér perecedero con lo infinito, de lo transitorio con lo inmutable, de lo relativo con lo absoluto.

Y no tenemos otro medio que reconocer, respetar y cumplir hasta el punto que nos sea posible los grandes preceptos revelados por la moral eterna, inconcusa, incuestionable.

De esa sola manera podemos obtener la conciencia del cumplimiento de nuestro deber respecto á lo relativo y á lo absoluto, como si dijéramos, á los hombres y á Dios, para obtener á lo ménos, á costa del martirio, la inefable paz de la conciencia.

No se nos diga que sermoneamos.

Estamos delineando un gran carácter, y para hacerle comprender necesitamos elevarnos á con-

sideraciones morales, filosóficas y psicológicas.

Doña María Coronel era exuberante de vida, avara de sensaciones voluptuosas, como toda mujer verdaderamente hermosa; que no parece sino que la naturaleza ha hecho que el hielo hiele, el fuego abrase, que cada sér tenga en sí los elementos de las sensaciones que hace experimentar á los demás, y la sensacion más poderosa de los elementos que en si encierra.

Pues bien, esta parte material, morbosa, por decirlo así, del ser de doña María, esta exuberancia de vida, que tendia á lo candente, á lo sensual, existia en élla en una proporcion terrible, en relacion, en pugna con las elevadas cualidades de su alma severa, fiera, purísima, hasta llegar casi á las mortales frialdades del sentimiento ascético.

Desgraciadamente habian casado muy mal á doña María.

Nada habia encontrado en don Juan de la Cerda que satisficiese ni su alma, ni su cuerpo, ni su dignidad, ni su virtud, ni áun la altivez de su honor; porque empeñado contra el rey le habia visto, y traidor, y por traidor miserablemente muerto, y llevado á la traicion no por injurias sufridas, sino por ambiciones bastardas.

Las mismas feas manchas que en su marido habia visto, con grandísimo dolor de su alma y sin poder cerrar los ojos á éllas, en su padre.

Vergüenza, infamia, olvido de todo, habia visto en su hermana doña Aldonza, que, entregada in-

condicionalmente al rey, sobrepuesta á todo, afrontando el escándalo, vivia en aquellos momentos, rival de la Padilla, en la Torre del Oro, mientras la Padilla gemia celosa en el alcázar.

Doña María Coronel no podia tener más contrariada, más oprimida, más huérfana el alma de lo que la tenía.

Sólo habia para élla un amor que llenaba y satisfacia una parte de su alma, la parte que la correspondia, la del amor maternal.

Y áun así, ¡cuán triste era este amor para doña María Coronel!

Por él se habia visto obligada á pedir gracia á quien, aunque hubiese sido con justicia, habia matado á su padre, á su marido, al marido de su hermana, á aquel que, aunque por el olvido de todo de su hermana, era la causa de la deshonra pública del apellido Coronel.

Pero no reposemos en esto.

Leila nos lo ha dicho ya.

Por élla sabemos cuánto doña María habia hecho por sus hijos, por el único amor que podia gozar sobre la tierra.

Dirásenos que doña María Coronel al verse tan reciamente combatida en sí misma por los amores del rey, al sentirse tan rudamente acometida por la tentacion, y tan expuesta á ser vencida, como su hermana doña Aldonza lo habia sido, debia por lo ménos haber puesto la distancia entre élla y el peligro.

Pero esto hubiera sido como huir, y doña María Coronel no podia huir, no podia dar en ningun género de cobardía.

¿Era para élla el rey un peligro?

Pues bien, debia afrontarlo.

¿Era un combate?

Debia librarle.

Solamente así podia quedar satisfecha.

Y á más de esto, nadie hace lo que no está en las condiciones de su carácter, á lo ménos voluntariamente, y nada que se pareciese á debilidad ni á miedo alentaba en el alma de doña María Coronel.

Se quedó, pues, en Sevilla, al lado de aquel sér maldito que la fascinaba, que la embriagaba, que devoraba su corazon á despecho suyo, que la ponia en una perpetua y pavorosa lucha con las misteriosas propensiones de su sér hácia el sér del rey don Pedro.

Y nunca doña María Coronel se habia sentido tan combatida, tan rudamente, como en aquellos momentos, en los que el rey, demudado, pálido, tembloroso, anhelante, terrible, se la presentaba teñido aún en la caliente sangre de los dos niños, sus hermanos, don Pedro y don Juan.

Y era admirable la fuerza de voluntad de doña María Coronel, que hacía apareciese tranquila, aunque triste, en los momentos en que su razon y su virtud estaban empeñadas en la más ruda batalla que habian sostenido contra la locura y el olvido de todo y áun del temor de Dios.

—¿Y por qué, por qué, se decia doña María, amo yo de tal manera á este monstruo, Dios de mi alma? ¿Por qué, por qué cuando le contemplo mirándome enamorado mi corazon arde y mi memoria parece como que se olvida del horror que no ha mucho ha pasado ante mis ojos? ¿Qué tiene para mí este demonio que me parece un arcángel y se me desgarran las entrañas porque no me arrojo en sus brazos y me anego en sus amores? ¡Oh, Señor, Dios mio! ¡Sálvame, porque yo desfallezco, porque yo no puedo más!

Pero acontecia en aquel momento, como siempre, que cuando la desventurada doña María Coronel se creia en el momento de que su razon estallase, de que su conciencia enmudeciese por él, perdiéndose en el olvido y en la infamia, su virtud, su dignidad, su pureza, su honra se rehacian omnipotentes, y sólo la quedaban la fatiga de la pasada batalla y el dolor de las incurables heridas siempre abiertas en su corazon.

Pero vengamos á la situacion del momento, y para ello hagamos capítulo aparte.

CAPÍTULO XIII.

DE CÓMO HAY MOMENTOS EN QUE LA GRANDEZA DEL ALMA HUMANA SE HACE SENTIR EN LAS FIERAS.

—Yo muero,—la dijo el rey,—y de una muerte tan ansiosa, señora de mi alma, que en mi agonía capaz me siento de buscar la vida y arrojar de mí esta muerte, que es mi condenacion, á pesar de todo, á pesar de mi mismo amor, que para mí os hace sagrada.

—Por mucho que sienta decíroslo, señor,—dijo dulce y tranquilamente doña María Coronel,—ni entiendo, ni puedo entender, ni quiero entender lo que me estais diciendo ni lo que vos veo. Figuraos, señor, que la desventurada criatura que ante vos teneis es una estatua animada, pero que ni ve, ni oye, ni entiende lo que no quiere ver, oir, ni entender, porque no debe entenderlo. Por lo

demás, sed para mí todo lo cruel, todo lo despiadado que querais; me matareis; esto es todo.

—Siempre implacable, siempre terrible, siempre despiadada. Hablad, señora, hablad; decidme: yo no puedo ser vuestra sino siendo vuestra esposa. Decidme que quereis ser mi esposa, y lo sereis, yo os lo juro.

—Mirad que me ofendeis, mucho más ahora que ántes, señor rey,—exclamó doña María Coronel; —que ántes, pretendiendo vencer mi virtud, sólo habeis dado muestras de locura y de ceguedad por creer que yo podia enloquecer por vos como vos habeis enloquecido. Me habeis propuesto la infamia, porque infame es la mujer que se deshonra, pero no me habíais propuesto el crímen. Puede el mundo perdonar y perdona á la pobre criatura que de todo lo que á élla atañe por la pasion se olvida; pero no puede perdonar á la miserable que al crímen se arroja por ambicion ó por saciar un desordenado apetito; que como yo no habia de ser esposa vuestra, y bien lo sabeis, como lo ha sido doña Juana de Castro, obligado os veríais á matar tres mujeres que son á un tiempo vuestras esposas, y áun pudiera decirse que cuatro, que bien sabeis que mi indigna hermana, alentada por vos, autoridad de reina se da en la Torre del Oro, y áun tiene, como todas las otras esposas vuestras, una corte de infames que la adulan.

Voltearon los ojos del rey de una manera terrible.

—Decidme: yo os amo,—exclamó;—decidme: yo soy vuestra esposa, y todas esas esposas desaparecen.

—Lo sé,—dijo doña María;—por eso os he dicho que nunca tan gravemente como hoy me habeis ofendido, puesto que si ayer pretendíais mi deshonra, hoy me creeis criminal, sanguinaria, horrible; ni aunque fuéseis libre, señor, ¿cómo yo, la viuda de don Juan de la Cerda, la hija de don Alonso Fernandez Coronel, podia ser vuestra esposa?

—Nuestras antiguas leyes aún no están derogadas,—exclamó el rey,—aún existe aquella ley del Fuero Juzgo que dice «que el que dejare huérfana ó abandonada á una mujer, con élla case y la ampare».

—Leyes bárbaras, ya olvidadas,—exclamó doña María,—y que aunque no lo estuviesen yo no reconoceria, señor. Pero aunque vos no hubiérais matado á mi padre, á mi marido, que excesivamente rigoroso fuísteis con éllos; aunque á ninguna mujer estuviéseis unido, ni áun siquiera obligado, yo no me casaria con vos, don Pedro, no, nunca, porque no os amo; más aún, porque no puedo amaros, y porque yo sin amor no podria ser la mujer de nadie.

—¿Amásteis, pues, á don Juan de la Cerda?—dijo el rey con voz opaca y rugiente.

—Sí,—contestó doña María;—le amé con toda mi voluntad, con toda mi alma, y le amo aún, y

por él es el doloroso luto que llevo y llevaré toda mi vida.

Hay momentos en que la virtud debe mentir, en que la mentira es un deber, porque la naturaleza ha hecho que hasta los mismos venenos puedan y deban ser usados como medicina, y alentada y aconsejada por su deber, mintió de tal manera en la expresion, con tal vehemencia y tal apariencia de verdad doña María, que el rey se desconcertó.

—¿Y qué, señora,—exclamó con un acento extraño,—y qué fué lo que vos encontrásteis de amable en don Juan de la Cerda? De edad provecta era cuando con vos se casó, y feo, perdonad que os lo diga, y rudo, y de mal genio, y sólo atento á su medro y á su soberbia. Ni el cuerpo pudo enamoraros, ni el alma seduciros.

—¿Y quién sabe por qué se ama, señor?—contestó doña María,—el amor es un misterio. Pues qué, ¿no habeis visto criaturas enamoradas de personas aborrecibles? ¿No habeis visto criaturas jóvenes, hermosas, perdidas de amores por hombres repugnantes, despreciables, infames, injuria de la naturaleza? ¡Ah! no se sabe por qué se ama, por qué se aborrece. Hay algo en nosotros que no comprendemos, que no podemos comprender, y que nos domina.

Y doña María suspiró profundamente.

Entónces no mentia.

Sus palabras representaban aquel sentimiento

pavoroso que tan sin comprenderle élla la combatia.

—Vos me amais,—exclamó el rey.

Pero vacilando y cobarde y más como expresando un deseo que una certidumbre.

Doña María palideció y se la nublaron los ojos.

No esperaba aquella afirmacion del rey.

Se creyó descubierta y se estremeció.

Pero se rehizo como el buen caballero á quien un golpe imprevisto descompone.

—¡Ah!—exclamó soltando una carcajada de desprecio tan admirablemente fingida que el rey se sintió agobiado por élla.—¡Ah! ¡el soberbio, el insensato que no cree haya una sola mujer que no le ame! ¡Amaros yo! ¡yo, á vos! Pues qué, ¿creeis que yo puedo amar á los crueles? Haceos, haceos atras, señor; idos, no me ofendais más. Pues qué, ¿no comprendísteis que cuando á vuestros piés me arrojé, llevando á mis hijos de la mano, era yo la madre, que hacía callar á la hija y á la esposa? ¡Ah! para vos no existe nada en el mundo, nada más que vos mismo; vos no veis nada más que vuestra crueldad, vuestros vicios, vuestra avaricia. ¡Ah! conteneis vuestra cólera, señor rey. Pues mirad, no la contengais; matadme, matadme de una vez y acabemos; tened al fin en vuestra vida un momento de piedad; exterminadme, porque yo no puedo ya con esta cruda existencia que vos me habeis hecho. Ó más bien creed que yo os soy traidora como mi padre, como mi marido,

como mi cuñado, y degolladme como á éllos; pero que yo no os vea más. Idos, idos, y respetad lo que hay en mí de respetable.

—¿Y vuestros hijos?—exclamó don Pedro con una risa sarcástica, con una risa de demonio.

—¡Mis hijos, mis pobres hijos!—exclamó doña María.—¡Ah! ¡qué cruel sois, rey don Pedro!

Y por más que doña María quiso contener su llanto, no pudo.

Vaciló, y hubo de sentarse en uno de los divanes que á la usanza morisca en la cámara habia.

El rey se creyó vencedor.

Se acercó á doña María.

Se arrojó á sus piés y pretendió asirla las manos.

Una nueva reaccion de la virtud, de la dignidad, alentó á doña María, y se alzó omnipotente.

—¿No oís,—exclamó,—que os aborrezco? ¿No oís que mi alma no puede tener para vos mas que maldiciones? ¿No comprendeis que en mí se encierra y se sublima todo lo que de grande, noble y valiente hay en la estirpe de los Coroneles, y que contra mí no teneis otro poder que el del exterminio?

El rey estaba fuera de sí.

—No, no os exterminaré,—dijo,—pero me apoderaré de vuestros hijos, los tendré en rehenes. ¡Ah! vos os creeis una fortaleza inexpugnable; yo llevaré un dia ante esa fortaleza á vuestros hijos.

—¡Mentira!—exclamó desesperada doña María, buscando una defensa en la altivez del rey;—esa

pasion maldita que por mí sentís os hace mentir á vuestro despecho. ¡Ah! No, no; vos no podeis descender hasta la infamia del infante don Juan el Tuerto, que para obligar al padre de mi cuñado, al terrible don Alonso Perez de Guzman, á que le entregase á Tarifa, le amenazó con degollar ante sus ojos al hijo de su amor, y le degolló. No, vos mentís; vos no podeis llegar á tanta infame bajeza.

Doña María estaba verdaderamente aterrada.

—¿Y si yo me olvidase de todo?—exclamó el rey con la expresion de un tigre hambriento é irritado.

—Yo, señor,—exclamó desolada doña María Coronel,—no llegaria al bárbaro heroísmo de Guzman el Bueno. No; mi patria son mis hijos, mis hijos mi honor, mis hijos mi amor; yo os diria: que mis hijos vivan y muera yo; muera yo de vergüenza y de desesperacion; sea yo la esclava miserable, desventurada. Pero no, no; ni eso, no; Dios mio, no; yo tambien miento; todos, todos mártires; vale más, mucho más, que mis hijos mueran en su infancia, en su inocente infancia, que el que un dia se avergüencen de su madre.

El rey, que habia contado con la victoria, se sintió dominado por tanta grandeza.

En don Pedro habia mucho de noble y de grande al lado de las terribles proporciones de su carácter.

Doña María Coronel acababa de crecer á sus ojos de una manera gigantesca.

Le dominaba.

Le anulaba.

La hermosura de la altiva ricahembra engrandecia á sus ojos con la doble aureola del valor y de la virtud.

Y tal era la magia que doña María llegó á ejercer en aquellos momentos sobre don Pedro que éste exclamó:

—No os acongojeis más, señora de mi alma, diosa que os habeis apoderado de mi corazon y en él reinais; decís bien, yo miento; vos sois para mí sagrada, sagrados son para mí vuestros hijos; si yo hubiera sabido, hubiera creido que á vuestro marido amábais y que por él habríais de llorar eternamente, yo le hubiera perdonado sus traiciones; yo no hubiera herido vuestro amor, aunque los celos hubiesen despedazado mi alma. ¡Ah! yo os amo, yo os amo como ningun hombre ha amado á ninguna mujer sobre la tierra. No me aborrezcais, tened compasion de mí, perdonadme ó no me perdoneis; considerad que yo, solicitándoos, no hago otra cosa mas que buscar mi vida, que ya es agonía de muerte. Y no, no os acongojeis más, os lo repito, estad tranquila por vos, por vuestros hijos. Y así pudiera resucitaros el muerto marido. Ahora, señora, adios; no volvereis á verme más; pero acordaos de mí, acordaos de que por vos hay sobre la tierra un alma condenada.

Y el rey salió andando de una manera insegura,

como un ebrio, con la cabeza caida sobre el pecho.

Doña María permaneció inmóvil, aturdida, jadeante, enmedio de la cámara.

Cuando el rey hubo desaparecido, doña María se pasó las manos por la frente, alzó los ojos al cielo, desolados, llenos de lágrimas, y luégo cayó de rodillas, y con las manos cruzadas exclamó:

—¡Señor! ¡Señor! ¡ten piedad de mí! ¡socórreme! ¡libértame de ese demonio!

Y luégo se alzó.

Parecia haber recobrado su calma, pero una calma terrible.

Habíanse alentado sus fuerzas.

Pero aquella impía lucha la habia dejado destrozada.

Además, un pavor frio, un pavor más insoportable que la más angustiosa de las agonías, la helaba.

Sus hijos. El tirano habia sido dominado una vez en fuerza de virtud y de grandeza.

Pero habia salido más enamorado, más empeñado que nunca.

¿Podria dominarse siempre de la misma manera?

¿Podria élla siempre de la misma manera dominarse?

La lucha era gigantesca, terrible, y sin embargo, doña María no vacilaba en su fe.

Una sola vacilacion en la fe es el principio de la derrota, que se declara bien pronto.

Doña María podia dudar de sí misma, pero no dudaba de la proteccion de Dios.

No dudaba de que Dios la daria fuerzas para llegar hasta el martirio.

Y por esto aquella generosa serenidad de los mártires que inmediatamente habia sucedido en élla á las emociones de la lucha.

Aún no habian pasado diez minutos desde la salida del rey, cuando se levantó el tapiz de la puerta de la cámara y en élla apareció el capitan Sancho Dávila.

—Señora,—dijo,—su señoría ha partido, y al partir me ha dicho estas breves palabras:

—Decid á vuestra señora que puede permanecer en el castillo de Carmona ó salir de él á su voluntad.

—Á Sevilla,—dijo doña María.

Y salió, seguida de Sancho Dávila.

Aquella noche estaba triste, desolada, enferma, en su palacio de Sevilla.

CAPÍTULO XIV.

EN QUE EL REY DON PEDRO SE RETRATA Á SÍ MISMO.

Pero la influencia de la grandeza y de la virtud de doña María Coronel pasó rápidamente por don Pedro.

Volvió su empeño, y más y más desesperado, más y más violento.

Algunos dias despues de la terrible escena que habia tenido lugar en el castillo de Carmona entre él y doña María Coronel, una noche ya muy tarde se fué á llamar á la casa que en la Morería tenía Leila.

Bajó ésta por sí misma á alumbrar al rey.

Una expresion sombría aparecia en su semblante mientras bajaba las escaleras con una lámpara de plata en la mano.

Aquella expresion era la del dolor del alma, la de la irritacion, la de la desesperacion.

Por aquella expresion se comprendia que Leila amaba al rey con un amor inmenso, infinito, atroz, intransigente, que no se doblegaba sino por la fuerza de las circunstancias á causa de impotencia.

Se comprendia que Leila aborrecia todo lo que amaba el rey, y que, llegada á la exasperacion de los celos, á lo frio del desengaño, á la certidumbre de que élla no era para el rey otra cosa que una esclava menospreciada en cuanto al amor, y en cuanto á lo demás un instrumento terrible usado por la crueldad de don Pedro, su amor, injuriado, se habia convertido en odio y en venganza.

Todo esto lo hubiera visto clarísimamente un pensador experimentado en la expresion que aparecia en el semblante de Leila cuando bajaba por las escaleras.

Pero ántes de llegar á la puerta aquella expresion siniestra y terrible se habia borrado, reemplazándola otra expresion de calma y áun de alegría.

La astuta africana se enmascaraba.

La serpiente se perdia silenciosa bajo flores.

Abrió, y el rey y uno de sus servidores íntimos que le acompañaba entraron.

El servidor se quedó en una sala del piso bajo.

Leila subió precediendo al rey y llegó con él hasta una cámara bellísima y ornamentada con un gran lujo oriental.

Leila estaba hechicera.

Sin más traje que una ancha túnica de lino, y sobre élla otra túnica de seda, peinado el cabello en trenzas adornadas con pedrería, con collar de perlas, grandes arracadas riquísimas, brazaletes y ajorcas de oro macizo y rubíes.

Su cíngulo era tambien de piedras preciosas.

No habia que dudar de que el rey era espléndido con su esclava.

Además de esto, Leila habia adquirido.

Se parecia á todos los elementos políticos.

Habia explotado y explotaba su posicion.

El tesorero del rey, Simuel Leví, la hacía ricos presentes porque influyese en su favor con don Pedro, y éste y el otro magnate la regalaban espléndidamente por tenerla á su devocion.

Leila era una potencia.

En los momentos en que recibió al rey todo lo varonil que hasta ahora hemos visto en élla, todo lo terrible, todo lo sombrío habia desaparecido.

Se habia operado una completa trasformacion.

Leila, ya lo hemos dicho, aparecia hechicera y completamente mujer, y mujer tierna y dulce.

Era tal la coquetería de su traje, de su expresion, de su mirada, de su sonrisa, que el rey palideció por efecto de una emocion sensual, y dijo:

—Hacía mucho tiempo, amada amiga mia, que no os veia yo tan hermosa, tan seductora y tan satisfecha.

—Como que yo,—exclamó Leila,—por el mu-

cho amor que os tengo, gozo vuestras venturas como si fueran mis venturas propias.

—¿Venturoso me creeis?—exclamó el rey con un acento singular.

—¿Y cómo no creeros venturoso?—contestó Leila.—Pues qué, ¿no habeis tenido, no teneis en vuestro poder á esa magnífica criatura que de tal manera amais que para vos fuera de élla no hay nada en el mundo? ¿No os ama élla de tal modo que el exceso de su amor haga callar su virtud?

—Vos os engañais,—exclamó con un acento de irritacion mal encubierta don Pedro;—vos veis visiones, doña Leila. Yo no sé de dónde habeis sacado que doña María Coronel me ama.

—¡Ah! sí,—dijo Leila,—élla habrá tenido valor, fuerza y sagacidad y astucia bastantes para haceros creer que os aborrece. Es verdad; sí, teneis razon. Apostaria,—añadió Leila sonriendo de una manera epigramática,—que os ha hecho creer que estuvo enamorada hasta las entrañas de aquel don Juan de la Cerda, su marido, que aún ama su memoria con toda su alma, y que sólo por amor á él lleva un luto perdurable. Una manera de defenderse tan buena como cualquiera otra.

—No, doña María no miente,—exclamó el rey;—doña María amó á su marido y continúa amando su memoria.

Y la voz de don Pedro era opaca, ronca y cavernosa.

—Y bien, dijo Leila,—vos lo habeis creido; tanto peor para élla, ó tanto mejor; ¿qué sabemos? porque los celos por un muerto al que no podeis matar os llevarán á tal punto de desesperacion que rompereis por todo.

—Ya, bajando hasta un punto á que no he debido bajar,—exclamó el rey,—desconociéndome á mí mismo, la he amenazado con hacerme rehenes de sus hijos.

—¡Ah! exclamó Leila,—¿hasta ese punto habeis llegado? Y sin embargo, élla...

—Sí, sí; élla no sucumbirá por nada; élla lo soportará todo: vos no la comprendeis; la primera pasion de doña María es su dignidad. Dios la ha dotado de una virtud invencible.

—No teneis mas que un medio.

—¿Cuál?—exclamó ansioso el rey.

—Hacerla vuestra esposa.

—Se lo he propuesto,—exclamó el rey,—y me ha dicho con una altivez soberana: «Yo no puedo ser vuestra esposa á la manera que lo es doña Juana de Castro, á la manera que lo es doña Blanca de Borbon, á la manera que lo es doña María de Padilla: además, yo no os amo, yo no sería vuestra esposa aunque fuéseis libre; yo no ofenderia de tal manera la memoria de mi marido, mi único amor, el amor que bajará conmigo á la tumba».

—¡Ah! ya, sí,—exclamó Leila,—élla no podia deciros, ni áun pensarlo, haced morir á esas tres mujeres que se llaman vuestras esposas; eso no

podia ni áun pensarlo doña María. Pero si un dia doña Juana de Castro muriese sin saber de qué, si la siguiese doña Blanca de Borbon y luégo doña María de Padilla pasase á ser alma del otro mundo, todo esto, hecho de una manera que doña María Coronel no pudiese ni áun suponer que vos las habíais matado, ¡cuán de distinta manera os responderia élla cuando la dijéseis: ¡Sed mi esposa!

El rey se habia erguido á las primeras palabras de la malvada y satánica insinuacion de Leila.

En sus ojos habia brillado algo formidable.

Una expresion de exterminio habia aparecido en éllos.

Leila sintió algo horrible.

—¡Oh, y cuánto la ama!—dijo para sí;—por élla es capaz de destruir el universo. ¡Oh! ¡Si yo fuese amada de tal manera! Es necesario que esa mujer maldita perezca. Élla, élla es el alma, la vida, el corazon de esta fiera.

El rey miraba de una manera siniestra á Leila.

—¿Creeis,—la dijo,—que si las tres mujeres que pueden llamarse mis esposas pereciesen sería mi esposa doña María Coronel?

—Indudablemente, señor,—dijo Leila,—y no lo tomeis como ambicion en doña María, no: en todo caso sería una ambicion de amor.

—Y decidme, doña Leila, ¿seríais vos capaz, por el mucho amor que me teneis, por la pasion que yo os inspiro, por la cual me decís que con mis felicidades gozais, de llevarme á este empeño de

mi alma que por doña María Coronel me pierde?

—¿Cuándo, señor,—contestó Leila,—me habeis dicho «matad» sin que inmediatamente la muerte haya caido sobre aquel á quien habeis sentenciado?

—De suerte que si vos os trasladáseis á Toro,—dijo el rey,—encontraríais medio de hacer que doña Juana de Castro pasase como si la hubiese hecho pasar la voluntad de Dios.

—Indudablemente, señor,—dijo Leila;—yo soy sabia; yo no necesito más que el jugo de una yerba, y en todas partes hay yerbas que matan.

—Luégo,—dijo el rey,—doña Blanca, destruyendo á la cual no haremos otra cosa que justicia, porque es la más ruda enemiga nuestra y de nuestros reinos.

—¿Y despues?—dijo Leila,—doña María de Padilla.

Apareció una expresion de vacilacion y de angustia en el semblante del rey.

Se comprendia que á pesar del formidable empeño que sentia por doña María Coronel, el amor que le inspiraba doña María de Padilla estaba profundamente arraigado en su alma.

—Vos la matareis,—exclamó Leila,—sí, la matareis, porque para vos, os lo repito, no hay nada mas que doña María Coronel.

Se estremeció el rey de los piés á la cabeza.

Una rápida expresion siniestra, horrible, que el rey no pudo notar, pasó por los ojos de Leila.

—Y no basta,—dijo ésta,—que esas tres señoras desaparezcan, hundiéndose en la eternidad, no; aún quedaria un obstáculo para doña María Coronel: doña Aldonza, su hermana.

—Callad, callad,—exclamó el rey,—nunca he oido la voz de Satanas como la estoy oyendo ahora.

—Qué,—exclamó Leila,—¿pues no teneis en la Torre del Oro á doña Aldonza Coronel con guardia y corte y honrada y reverenciada como si fuera una reina? ¿No se retuerce por esto de celos la otra reina que en el alcázar teneis, doña María de Padilla? ¿Ni creeis, señor, que mientras viva su hermana, á quien habeis hecho vuestra, consentirá en ser vuestra doña María Coronel?

—Esperad, esperad,—exclamó el rey,—sería cosa muy recia que yo siguiese vuestros consejos, que usase de la muerte para quedar libre, y luégo nos encontráramos con que todo habia sido inútil, con que doña María continuaba siendo para mí un imposible.

Leila no creyó prudente insistir.

—Ántes que los medios extremos,—dijo el rey,—tenemos otro, y para ello cuento con vos.

—Sabeis, señor,—dijo Leila,—que para mí no hay una felicidad mayor que complaceros.

—Yo he sido hoy un insensato; ha habido un momento en que élla me ha dominado, me ha reducido á la situacion de un esclavo. Yo la habia amenazado con apoderarme de sus hijos y élla ha-

bia temblado. Llegó un momento en que yo me creí vencedor; pero se rehizo muy pronto y me dijo: «Muerta, muerta mil veces con mis hijos ántes de que mis hijos puedan avergonzarse de su madre».

El rey se detuvo.

Leila no contestó.

Habia adoptado una gran reserva.

Temia, insistiendo en sus consejos, que el rey descubriese su verdadero intento.

Este intento era terrible.

Leila, desolada por la rabia de los celos, por la vergüenza de la abyeccion, habia pretendido deshacerse, prevaliéndose del empeño del rey por doña María Coronel, de las cuatro mujeres que tenian algun derecho sobre el rey, ya fuese por el amor de éste, ya por la posicion que ocupaban.

Leila habia soñado.

¿Y qué mujer enamorada no sueña?

Leila habia creido que, vencidos aquellos cuatro obstáculos, sacrificada á su vez doña María Coronel, todo el amor del rey se volveria á élla.

Élla contaba con desplegar una tal energía, con hacerse de tal manera simpática y preciosa al rey por la semejanza que habia entre sus dos almas, que el rey, atropellando por todo, la hiciese su esposa.

Leila habia preparado laboriosamente una terrible intriga.

No la habia faltado mas que un punto de apoyo.

Le habia encontrado en doña María Coronel y se habia propuesto utilizarle.

Pero el rey vacilaba, y una insistencia por parte de Leila podia hacerle sospechar.

Por esto Leila se habia puesto en una situacion de reserva.

—Sí, sí; yo he sido un insensato,—dijo el rey. —Á mi amenaza de que me apoderaria de sus hijos, de que los usaria como prenda para obtener la satisfaccion de mi amor, doña María agonizó. Su agonía, su dolor, me dominaron. ¡Oh! sí, sí; la amo con toda mi alma; élla es mi ambicion, mi Dios.

Pasó otra expresion de celos y de rabia por los ojos de Leila, que sin embargo continuó apareciendo impasible.

—La dejé, pues,—continuó el rey,—volver libremente á su casa. Pero cuando estuve libre de la incontrastable influencia de su hermosura, de sus lágrimas, de su desesperacion, me arrepentí. Que me ame ó no me ame, yo no puedo vivir sin poseer su hermosura. Me enloquece, me embriaga, me desespera, me mata. ¡Oh! por una sola mirada suya de amor sería yo capaz de abandonar mi reino á ese judío bastardo que se atreve á llamarse rey de Castilla. Oid, Leila, vos me sois leal, vuestra vida y vuestra alma son mias; yo sé bien que vos sufrís con mis sufrimientos, que vos me comprendeis, que vos teneis compasion de mí. No es mia la culpa de este espíritu violento que

en mí vive, que Dios en mí ha puesto. Salvadme de mi desesperacion, de mi rabia, de mi agonía, y os amaré más y más. Ya sabeis que yo tengo tambien amor para vos; vos, musulmana, comprendeis que en el corazon del hombre pueden caber muchos amores. Vos no teneis celos por lo mismo y por esto os amo, ya lo sabeis; no vivo bien si no os veo todos los dias; tal vez vos seais la mujer que más he amado, porque para mí no hay en vos dificultad alguna, y á vos vengo; y en la mirada de amor de vuestros ojos me aduermo. Mirad, amada mia, vos lo sabeis demasiado; lo que yo siento por doña María Coronel es un empeño mortal. ¿Qué culpa tengo yo de que las dificultades me empeñen y las rebeldías me irriten? Mirad, doña Juana de Castro está abandonada en Toro; aquello fué un empeño que pasó como pasa una ráfaga de viento. En cuanto á la francesa, ya lo sabeis, nada ha habido de amor entre nosotros; ántes de conocerla la aborrecia, porque Alburquerque me obligaba á tomarla por esposa; yo no podia hacer entónces nada contra élla, porque Alburquerque era más fuerte que yo. Alburquerque pasó. ¿Quién sabe quién le mató? Vos, sólo vos; nadie ha sospechado; se contentaron los de la Liga con llevarle muerto delante de sí; todos los capitanes que mis enemigos tengan sean cadáveres; yo aborrezco á doña Blanca, y la aborrezco de tal manera, y del tal manera la insensata me provoca, conspirando con-

tra mí con mis enemigos, que un dia yo os diré: «Id y acabemos de una vez». Yo no sé por qué esto no ha sucedido ya. En estos momentos una guerra con Francia no me conviene. Hay que esperar á que llegue un momento favorable. En cuanto á doña María de Padilla, es mi hermana, la madre de mis hijos; la amo, sí, pero con un amor del alma, tranquilo, sin que mi corazon por él se agite, sin que nada me haga sufrir, ni esperar; el cansancio, el cansancio siempre; y mi amor por doña Aldonza Coronel palidece; tal vez próximamente la advertiremos que hará muy bien en ir á amarme con toda su alma en la soledad del claustro, ó si lo prefiere mejor, irse á Aragon á llorar á su marido; aunque fuérais celosa no tendríais por qué tener celos de esas cuatro mujeres; han pasado. ¿Y qué creeis que sucederá si yo venzo la resistencia obstinada, terrible, de doña María Coronel? ¡Ah! me conozco demasiado por desgracia; mi empeño pasará en el momento de la victoria y me parecerá un sueño lo que ahora siento que es, os lo aseguro, espantoso. ¡Ah! si yo hubiera de fiar en mi corazon para el amor, yo diria que Dios habia hecho á doña María Coronel para mi castigo, para mi desesperacion ó para mi gloria. Pero no, no; por doña María de Padilla estuve tan loco como lo estoy por doña María Coronel; y luégo, luégo... ¡Dios mio! yo no puedo ser feliz; aquello de que triunfo me cansa, se me hace insoportable; sólo vos, vos sola no habeis caido en ese desprecio

mio por todo lo que deja de ser para mí una dificultad. Oid, amada mia: ayudadme á vencer la resistencia de doña María Coronel, y yo os amaré más y más.

—¿Y por qué todo ese largo razonamiento?—dijo Leila.—No parece, señor, sino que creeis que teneis necesidad de persuadirme. Mandad y yo os obedeceré como os he obedecido siempre; yo emplearé para serviros todo cuanto sé y puedo.

—Pues bien, amiga mia; os repito que he sido un insensato dejándome dominar por doña María, seducir; una palidez de muerte cubrió su semblante cuando la amenacé con apoderarme de sus hijos; tengo la seguridad de que á pesar de todas sus protestas de arrostrar el martirio, doña María Coronel no resistirá al terror de que yo haga con sus hijos lo que hice esta mañana con los dos lobeznos bastardos.

—Tendreis los hijos de doña María Coronel,—respondió Leila,—aunque no sé cómo apoderarme de éllos, porque vos la habeis advertido; élla los guardará, élla los defenderá.

—Tenemos un traidor al lado de doña María,—dijo el rey;—un ambicioso como todos los de hoy, que á trueque de mi favor es capaz de todo, y ese hombre es el capitan de la mesnada que como ricahembra mantiene doña María Coronel; es su deudo y áun pariente, Sancho Dávila.

—¡Ah! pues los hijos de doña María son nuestros,—exclamó Leila,—porque yo venceré, fascinaré al señor Sancho Dávila.

—¡Ah! ¡y cuánto y cuánto crecerá mi amor por vos, amada mia!—exclamó el rey levantándose, como poniendo fin á la entrevista.—¡Oh! basta ya; necesito ser libre, élla es mi solo pensamiento; élla me anula; por élla lo olvido todo, y necesito de toda mi voluntad, de toda mi reflexion; las conspiraciones se cruzan; mis enemigos crecen; la lucha se hace cada dia más terrible.

—Estad tranquilo, señor,—dijo Leila, que se habia levantado, tomando la lámpara y poniéndose en marcha,—triunfaremos.

Poco despues el rey, acompañado del servidor con quien habia ido, salia de casa de Leila, de la Morería y se volvia al alcázar.

—¡Ah!—exclamó Leila subiendo lentamente las escaleras, con el semblante desolado, descompuesto;—esa mujer es tu destino, tu locura; esa mujer te adora. ¡Oh! sí, sí; ¿por qué no probar si es cierto lo que tú de tí mismo crees? Empeño vencido, mujer desechada. Sí, sí, te ayudaremos, mi amor terrible, mi rey de Satanas; y si vences, y tu empeño no pasa... ¡oh!... Pero ¿y quién me asegura que vencerás? Élla tiene el alma de mártir, su virtud es invencible. ¡Oh! esto sería una desgracia, esto sería tu locura, tu locura llevada al infinito. ¡Ah! ¿y por qué amaré yo de tal manera á

este hombre? Y bien, ¿no le ama de la misma manera doña María?

Y Leila entró en su cámara, dejó la lámpara, se sentó en el divan y se puso á meditar en la manera de llevar adelante su intriga, que le prometia una venturosa esperanza.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO LEILA SABÍA PESCAR CON RED.

Sancho Dávila era soltero y de una moralidad no muy escrupulosa.

Las mujeres le impresionaban de una manera extraordinaria, sin que ninguna le interesase lo bastante para fijarse en sus amores.

Su señora y parienta doña María Coronel le habia enamorado.

Pero la conciencia de que aquel amor que por élla sentia era una locura le habia separado de él.

En el momento de los sucesos que estamos relatando Sancho Dávila tenía una amiga judía, mujer de un joyero, y habia encontrado medio de entenderse con élla sin que el celoso marido de ello se apercibiese.

Era dado á la embriaguez el judío á pesar de que su ley se lo prohibia, y la hermosa Sara ayudaba á los efectos de la embriaguez de su marido poniendo algo de opio en el vino que bebia largamente cuando cenaba.

Roboan se dormia profundísimamente, ó, por mejor decir, caia en un letargo, para sacarle del cual hubiera sido necesaria la trompeta del juicio final.

Cuatro esclavos, dos mujeres y dos hombres, que en la casa habia, sobornados y regalados por Sara, eran sus encubridores, y el capitan Sancho Dávila en cuanto sonaba el toque de cubre-fuego se salia recatadamente de casa de su señora por un postigo, se iba á casa del judío Roboan y entraba libremente en élla y sin empacho alguno.

Leila, como tenía necesidad de servirse de Sancho Dávila, le habia hecho espiar y habia descubierto aquellos amores del capitan, y que éste salia constantemente de la casa del judío entre una y dos de la madrugada.

Tres noches despues de aquella en que el rey habia encargado á Leila se apoderase de los hijos de doña María Coronel, al salir Sancho Dávila de casa de la judía, ya á la madrugada, oyó unas desoladas voces de mujer que pedia socorro.

Acudió á donde las voces sonaban Sancho Dávila, y se encontró con una mujer que pugnaba por desasirse de dos hombres que al parecer querian arrebatarla.

—Dejad á esa mujer, villanos,—exclamó Sancho Davila desenvainando su espada,—sinó quereis dejar con élla la vida.

Con la facilidad más rara del mundo, aquellos dos hombres, en cuanto oyeron la airada y amenazadora voz de Sancho Dávila, dieron á correr, y una mujer alta, esbelta, de una maravillosa hermosura, é iluminada completamente por la luna, que era llena y muy clara, quedó ante Sancho Dávila.

Aquélla mujer era Leila.

Nuestros lectores adivinan sin duda.

Aquello era una farsa representada para atraer á Sancho Dávila á una aventura excepcional, que debia impresionarle grandemente.

Leila habia elegido este medio, teniéndole por mejor que cualquier otro.

Sancho Dávila no la conocia.

Sólo la habia visto una vez, y áun así en una situacion apretada, cuando los sucesos de Carmona, en traje de hombre, armada y á caballo.

No podia, pues, reconocerla.

—¡Oh! gracias, gracias, quien quiera que seais, que me habeis salvado de la deshonra,—dijo Leila, pronunciando estas palabras con un acento trémulo y conmovido.

Sancho Dávila la tuvo por una mujer tímida, espantada aún del peligro en que se habia encontrado, y la contemplaba extasiado, maravillado por su hermosura.

Leila poseia á la perfeccion el arte del fingimiento, y á tal llegó el suyo entónces que, apénas dichas sus palabras, como si se hubiera desvanecido y se hubiera sentido próxima á caer, buscó un apoyo en el brazo de Sancho Dávila, que al sentir lo mórbido, lo voluptuoso de aquel brazo se estremeció de los piés á la cabeza.

Pasaba la aventura en el lugar que hoy se llama en Sevilla la Alameda Vieja.

Grandes árboles se levantaban en torno, y una fuente ruda dejaba caer en su ancho recipiente un grueso caño de agua.

Tan afectada, tan atosigada, tan espantada aparecia Leila y de tal manera acongojada, que arrastrándola casi, porque asida á su brazo se habia desplomado, la llevó junto á la fuente, la sentó en su borde, compuesto de gruesas piedras, y la bañó con agua el semblante.

Leila pareció volver en sí.

Sancho Dávila estaba ya enamorado de élla hasta las entrañas.

—No tembleis, señora mia;—la dijo con acento ardiente y enamorado,—que nada teneis ya que temer.

—¡Ah! ha sido una traicion, una horrenda traicion,—exclamó Leila.—Yo soy mora, viuda de un honrado mercader, por el cual aún llevo luto.

En efecto, de luto iba, pero prendida de un modo hechicero, Leila; con una coquetería voluptuosa.

—No ha mucho llamaron á la puerta de mi casa y me dijeron que una hermana de mi marido estaba en la agonía y queria verme ántes de morir.

Yo me sobresalté.

No pensé mas que en ir á ver á mi buena hermana, y salí acompañada sólo de una esclava.

Entónces algunos hombres se apoderaron de la esclava y de mí, y dos de éllos me arrebataron consigo.

Yo gritaba, gritaba.

Pero nadie me socorria.

Y éllos continuaban arrebatándome, hasta que al fin habeis acudido vos. Dios os lo pague.

Y Leila aparecia agitada, conmovida, medrosa.

Su hermosura estaba realzada por una hechicera expresion de candor, de inocencia.

Parecia más jóven, casi una niña.

El amor iba creciendo en Sancho Dávila.

—¡Ah!—exclamó élla,—vos, que tan bueno habeis sido para mí, no os negareis á llevarme á mi casa; estoy agonizando, me siento mal.

—Pues á vuestra casa vamos, señora, y sabed que en mí teneis un corazon dispuesto á todo por vos.

Leila se alzó del borde de la fuente asida al brazo de Sancho Dávila.

Tal fué el comienzo de los traidores amores con que Leila, dominada por sus celos y preparando el exterminio de todas las mujeres á quienes amaba ó con quienes estaba unido por víncu-

los más ó ménos serios y trascendentales el rey don Pedro, engañó á Sancho Dávila.

Leila se hizo conducir á una casa que tenía preparada en la Morería, y en la que mediante sus dádivas se la servía á medida de su deseo.

En muy pocas dias Sancho Dávila fué hombre al agua.

Enloqueció.

No tuvo otra cosa en el mundo mas que Leila.

Si Leila le hubiera pedido su vida á trueque de la satisfaccion de su amor, se la hubiera dado, y áun el alma, á pesar de sus creencias; que á tal punto llegó muy pronto la locura de amor en él por élla.

Pero Leila representaba un papel, admirablemente desempeñado, de mujer honestísima y digna.

Se manifestaba tan locamente enamorada de Sancho Dávila como él lo estaba verdaderamente de élla.

Pero respondia siempre que él la compelia, no ya á que fuese su amiga, sino á que fuese su esposa; que Sancho Dávila hubiera creido que para él habia bajado el cielo á la tierra viéndose esposo de Leila:

—Esperad, yo no os conozco lo bastante para hacerme vuestra hasta la muerte, ni creo sea posible me ameis vos como yo os amo; que los hombres, por mucho que amen, nunca llegan al amor de que es capaz una mujer.

Sancho Dávila se desesperaba y pasaba una vida de perros con las imaginaciones, las bascas, los recelos y lo excesivo de su amor.

En fin, al poco tiempo, cuando Leila conoció que ya Sancho Dávila no tenía ni razon ni voluntad, comprendiendo que era inútil toda reserva y que podia ejercitar ya sobre su víctima su poder de señora absoluta, le dijo:

—Vos me estais jurando siempre vuestro amor y encareciéndomelo de una manera que no parece sino que yo soy para vos una cosa más que divina y una victoria casi soñada, ni por nadie esperada, como si se tratara de un reconocido imposible. Pero, señor mio, obras son amores. Si quereis que yo en vuestras palabras crea, haced lo que yo os diga y os creeré, y á ser vuestra esposa me allanaré y en ello seré muy feliz, porque si lo que yo voy á pediros hiciéreis, no podia dudar de la grandeza de vuestro amor.

—¿Y qué no haré yo por vos, aunque me pidais la vida y el alma?

—Hay algo que vos estimais tanto,—dijo Leila, —que si en su daño vais yo no podré dudar de que es cierto en efecto todo ese amor que por mí asegurais sentís, y esta cosa es doña María Coronel.

Sobresaltóse un tanto Sancho Dávila, que ya sabemos que enamorado habia estado, y gravemente, de la hermosísima y altiva viuda, y que si bien su amor habia subordinado la razon, porque le reconocia manifiestamente imposible, en él, á

despecho de la pasion en que por Leila ardia, quedaba una buena afectuosa y profunda aficion á doña María Coronel.

Y así y todo, enamorado hasta las entrañas de Leila, no sabemos lo que hubiera acontecido, ni si del amor de Leila se hubiera curado repentinamente Sancho Dávila, si su señora dulce y amorosamente le hubiera mirado.

Es decir que latente en el corazon de Sancho Dávila habia otro amor que no necesitaba mas que el aliento de una esperanza para ser el amor único y glorioso de Sancho Dávila.

Nada, pues, tenía de extraño el sobresalto de aquel pobre caballero.

—¿Y quién os ha dicho,—preguntó á Leila,— que sea tal la estimacion que yo por mi señora tengo que el ir yo contra élla sea para vos una prueba de la pasion que por vos las entrañas me abrasa?

—¿Pues no sabeis vos,—dijo Leila,—que todas las moras tenemos algo de hechiceras, y que aunque yo esté bautizada, la ciencia de la hechicería permanece en mí, y de tal manera que en el semblante de la gente leo las pasiones que su corazon agitan?

Y como por el movimiento del semblante de Sancho Dávila hubiese comprendido Leila que doña María Coronel era para él mucha cosa, añadió:

—¿Creeis que yo ignoro que por vuestra señora

habeis estado enamorado mucho más que lo que por mí lo estais, y cuando ménos tanto, y que yo sé bien que donde fuego hubo cenizas quedan?

—En verdad,—dijo Sancho Dávila,—que muy enamorado he estado de mi señora, aunque en silencio, por el respeto que me causaba el saber que mi señora luto vestía, no sólo en el cuerpo, sino en el alma, por su difunto marido; y por el conocimiento de la soberbia de mi señora, que, dado caso que su viudez dejara, mirando á su alcurnia, con nadie habia de casarse sino con un magnate que tanto por lo ménos como un rey valiese. Pero dígoos tambien que por mucho que haya sido el amor que yo he tenido á mi señora, sólo como una sombra nocturna al claro resplandor del dia puede compararse con el amor que por vos siento; y ya que el ir yo contra mi señora será una prueba para vos de este amor en que bien podíais creer, porque harto claro en mí se revela, sin necesidad de más probanza, dígcos que todo lo que contra mi señora querais que yo haga lo haré, aunque me pidiéseis cosas que por lo enorme y extraño pudieran parecer imposibles.

Parte de las palabras de Sancho Dávila demostraba hasta que punto doña María Coronel, mirando á su deber y á su dignidad, habia engañado á todo el mundo, hasta á sus servidores más íntimos, haciéndoles creer que amaba entrañablemente al difunto don Juan de la Cerda.

—Pues lo que voy á pediros,—dijo Leila,—no

llega á lo extraordinario, pero sí es bastante para probarme que verdaderamente me amais; y lo que quiero es que me entregueis los hijos de vuestra señora, para que yo haga de éllos lo que mejor me pluguiere.

Quedóse suspenso y como anonadado Sancho Dávila.

Se le extravió la mirada, y cuando volvió á fijarse se quedó clavada y atónita y como espantada en los terribles ojos de Leila.

—¿No os lo decia yo?—exclamó ésta;—de tal manera es para vos agrio y recio lo que os he pedido que tengo la seguridad de que no lo hareis.

—Dejadme que yo sienta que me hayais pedido tal cosa y que de ello me espante, que natural es esto en mí, y si así no fuera no deberíais amarme, porque yo sería despreciable; pero no embargante la crudeza de vuestro deseo y la desesperada situacion en que me poneis, no habeis de decir que yo á satisfacerle me niegue; y tanto es así que aunque hubiera de costarme la vida yo en vuestras manos pondré los dos hijos de doña María.

—Pues sea esto cuanto ántes, y preparadlo todo de manera que no se dé el golpe en vago.

Sancho Dávila, completamente fascinado, perdido por Leila, la prometió que de allí á tres noches, sin falta ni excusa alguna, la entregaria los pequeños hijos de doña María Coronel.

CAPÍTULO XVI.

EN QUE SE VE DE QUÉ MANERA TRÁGICA ACABAN LOS PROPÓSITOS DE LEILA.

Sancho Dávila se procuró las llaves de las cerreduras y de los cerrojos de un postigo de la casa fuerte ó palacio que en Sevilla tenía doña María Coronel.

Valióse para tener estas llaves de moldes de cera tomados al descuido y de un cerrajero bien pagado, que siempre ha habido cerrajeros que trabajen para el crímen.

Daba el postigo á un ensanchamiento irregular, que formaba una especie de plazuela enmedio de un estrechísimo callejon que se llamaba del Ataud.

En la plazuela y en la calleja sólo habia algunas mezquinas construcciones, moradas de gente

pobre, y el resto eran tapias de huertos de grandes casas circunvecinas.

Este paraje, solitario áun de dia, estaba de todo punto desierto durante la noche, que el sitio era malo.

Infestada estaba Sevilla de gente perdida y ladrones, y no habia quien, por miedo de ser asesinado y robado, se atreviese á pasar por allí de noche.

Hacía más sombrío y temeroso el sitio un alto torreon redondo, perteneciente á la casa fuerte de doña María Coronel, en cuyo torreon, y en su parte baja, se abria el postigo de que Sancho Dávila se habia procurado las llaves.

Este torreon se unia con el resto del edificio por una galería que iba á dar á la torre de honor.

En la gran cámara de esta torre habitaba, desde hacía muchos años, doña María Coronel, y en la cámara del torreon redondo que daba á la callejuela moraban sus hijos, que eran una niña de seis años y un niño de cinco, ambos puestos al cuidado de una aya, de una dueña, de dos doncellas y de algunos servidores.

Doña María Coronel, aunque no fuese mas que ricahembra, se trataba como reina, y como tal tenía servidumbre.

Así como tenía, ni más ni ménos que si hubiera sido ricohombre, una mesnada de sesenta hombres de armas dentro de su casa.

Á pesar de la servidumbre que estaba encarga-

da de sus hijos, doña María Coronel cuidaba solícitamente de éllos, los tenía siempre á su vista y nunca se recogia sin cerciorarse de que sus hijos estaban en buen estado de salud y dormian tranquilamente.

Para llegar á la cámara donde los niños dormian era necesario pasar por la galería de que hemos hablado.

Á esta galería no podia llegarse mas que por dos partes.

Era la una el dormitorio de doña María, y la otra una estrecha escalera de caracol que se contenia en el grueso del muro de la torre redonda, que empezaba junto al postigo y, comunicando con todos los pisos de la torre, llegaba hasta su plataforma.

La comunicacion de esta escalera con el primer piso ó sea cámara, donde los niños dormian, estaba cerrada por una fuerte puerta y no se temia que por allí pudiera penetrar nadie.

La casa fuerte tenía un recinto murado y almenado y la galería que unia la torre del Ataud, que así se llamaba, por la callejuela á que daba, con la torre del homenaje, partia en dos el extenso jardin del palacio.

Pero de tal manera que por las arcadas inferiores se pasaba libremente de la una parte á la otra.

Al jardin daban muchas puertas interiores del palacio, y cualquiera de los servidores podia pe-

netrar en el jardin de dia ó de noche, á la hora que mejor le placiera.

Generalmente, al toque de cubre-fuego, que marcaba la gran campana de la Giralda y que repetian las de las parroquias y monasterios, se recogia la servidumbre de doña María Coronel, y ni áun quedaban guardas, porque no habia que suponer que nadie, dentro de Sevilla, intentase introducirse por sorpresa en la fortísima casa de doña María Coronel, donde al más leve ruido podian ponerse sobre las armas y acudir al peligro una multitud de hombres bravos.

Sancho Dávila contaba con la soledad del jardin para llegar por una escalada sin peligro á la galería, franquear la puerta del primer piso que en la escalera habia y luégo el postigo, haciendo entrar á dos hombres determinados que tenía dispuestos para que le ayudasen á arrebatar á los dos hijos de doña Maria Coronel.

Leila debia esperar en la plazuela en la cual arrancaba sobre sus robustos cimientos la torre del Ataud, en una silla de mano, para recibir en élla los niños de doña María Coronel y llevárselos al rey.

Así, pues, una noche, como á los quince dias del encuentro de Leila y de Sancho Dávila, noche por cierto oscura, lóbrega y tempestuosa, una hora despues del toque de cubre-fuego, Sancho Dávila, cerciorado ya de que todo el mundo dormia en la casa, dejó su aposento, descendió al jardin, tomó

una grande escalera de las que en él habia para coger fruta, la arrimó á la galería, subió, y en la galería encontróse.

Estaba Sancho Dávila espantado y cubierto de sudor frio, agonizando, en una palabra.

De tal manera le parecia monstruoso é infame el servicio que prestaba á la seductora, á la terrible Leila.

Pero era tal el amor que por élla le devoraba que, á pesar de las angustias que sentia por la traicion que ejecutaba contra su señora y por el amor que tenía á los niños, que al fin los habia visto nacer, no vacilaba.

Tal era el delirio de su amor.

Avanzó hácia la puerta, que estaba junto á la del cuarto de los dos niños.

Desechó silenciosamente las llaves, corrió, sin causar el más leve ruido, los cerrojos, descendió por las escaleras y abrió el postigo que á la plazuela daba.

Salió.

Entre la densa sombra distinguió cerca del postigo dos bultos.

Eran dos bandidos aventureros, de los que tanto abundaban en aquellos tiempos de continua guerra.

—Estad atentos,—dijo Sancho Dávila, y avanzó hácia el otro extremo de la plazuela, descubriendo al estar cerca de éllos el gran bulto de una litera y de algunos hombres, que si-

lenciosos é inmóviles junto á la litera estaban.

—Alto allá quien sea, y quién es diga,—exclamó en voz baja, pero acentuada y firme, uno de los bultos que junto á la litera habia.

Por el acento se conocia á Juan Diente.

Dió su nombre en voz baja el capitan Sancho Dávila y preguntó si allí estaba en aquella litera doña Leila, y añadió Sancho Dávila que para él era una novedad que al lado de doña Leila y resguardándola estuviese uno de los más famosos y más bravos ballesteros de maza del rey.

—No os extrañe, amigo mio,—dijo Leila, cuyo bulto aparecia en traje de hombre al lado de Juan Diente,—que á este señor ballestero, que es muy mi conocido, tratándose de una empresa de peligro y honra, le haya yo pedido que me asista en esta empresa con algunos de sus compañeros; y aquí teneis tambien al señor Rodriguez Perez de Castro y al señor Bartolomé de Rebolledo, tambien ballesteros de maza del señor rey don Pedro. Y decidme ahora si franco está el postigo y franca la puerta de la galería por donde se entra á la habitacion donde se encuentran los dos niños.

—Francos están como es menester,—contestó ya algo sobresaltado Sancho Dávila, porque notó que, formando un triángulo, le habian cogido enmedio los tres ballesteros.

—Pues daos á prision, señor Sancho Dávila,—dijo cambiando de tono Leila.

Comprendió entónces Sancho Dávila que habia sido engañado, y vió de claro en claro que sin quererlo se habia prestado á servir no á Leila, sino al rey, que sin duda á causa de su empeño por doña María pretendia apoderarse de sus hijos para obligarla.

Llenóse de rabiosa indignacion Sancho Dávila, y amargado de despecho y de desesperacion quiso gritar, pero no pudo, porque en el momento en que Leila le intimó se diese á prision los tres ballesteros, que eran forzudos como toros, arremetieron á él, le sujetaron y le taparon la boca y le arrebataron hácia el interior de la callejuela del Ataud, por la derecha, y allí le entregaron á otros hombres que esperaban.

Todo esto habia pasado sin ruido y sin que comprendiesen bien de lo que se trataba los dos bravos que junto al postigo estaban, y que Sancho Dávila habia pagado para efectuar el robo de los hijos de doña María.

Cuando los tres ballesteros hubieron dejado bien seguro á Sancho Dávila, se fueron al postigo y dijeron á los dos aventureros.

—Seguidnos, el señor Sancho Dávila os llama.

No sabiendo aquellos hombres á qué atenerse, siguieron á los ballesteros y cuando llegaron al lugar en que el señor Sancho Dávila estaba, á su vez fueron sujetos y desarmados.

Quedaba, pues, franca la entrada hasta la cámara donde dormian los niños á Leila y á sus sicarios.

Avanzó Leila al postigo, y siguiendo adelante con arreglo á las noticias que debia á Sancho Dávila y que valian tanto como un plano, subió silenciosamente las escaleras hasta el primer piso.

La seguian no ménos silenciosamente Juan Diente, Rodrigo Perez de Castro y Bartolomé de Rebolledo.

Una vez en la galería, Leila y sus sicarios volvieron sobre la derecha, donde estaba la puerta que á la cámara habitacion de los niños daba entrada.

Sancho Dávila habia dicho que aquella puerta no se afianzaba, y que su mampara de cuero de Córdoba sólo quedaba asegurada con un picaporte.

En efecto, esto habia sucedido siempre y sabíalo Sancho Davila, porque en otro tiempo habia tenido amores con una de las doncellas puestas al servicio de los niños, y escalando en altas horas la galería, por aquella mampara habia pasado fácilmente para entretenerse en un dulce coloquio con su enamorada.

Leila levantó el picaporte, y la mampara se abrió.

Pero Leila, al ir á pasar, se encontró detenida por una puerta cerrada.

Palpó y se encontró con que inmediatamente á la mampara habia una puerta fuerte de roble, de dos hojas y áun barreada de hierro.

—Éste es un contratiempo,—murmuró,—con el cual no contábamos. Ese Sancho Dávila es un

imbécil y no ha mirado bien todo lo que tenía que hacer. Pero ya en este punto, retroceder sería una torpeza, destruir el proyecto, poner sobre aviso á doña María Coronel, que no podria ménos de saber que se habia sorprendido al alcaide de sus escuderos y hacer que pusiese mucho más en seguridad á sus hijos.

Sabía Leila que despues de aquella mampara habia un pequeño vestíbulo del ancho del gruesísimo muro, y luégo un pasadizo por el cual se llegaba á la misma puerta del dormitorio de los hijos de doña María.

Decidida Leila á no retroceder, dijo á los tres ballesteros:

—No podemos hacer nuestro negocio tan sin ruido como queríamos: esta puerta es muy fuerte y está asegurada por dentro; es necesario franquearla de un solo golpe: lanzaos sobre élla con vuestras mazas y apretad bien los puños.

—Atencion,—dijo Juan Diente á sus compañeros.—Alzad las mazas y descarguemos todos á un tiempo. Atencion digo: á la una, á las dos, á las tres.

Se oyó un solo golpe, á pesar de que eran tres las mazas que sobre la puerta habian caido; un golpe terrible.

La puerta retumbó, rechinó, se quebrantó, pero no cedió.

—Á concluir,—exclamó Leila.

Sonó un golpeamiento formidable, pero rápido.

Se oyó el ruido especial de los astillazos desprendidos de los largueros por la violencia del empuje, y la puerta se franqueó.

Pero, por rápido que esto fuese, no pudo ménos de despertar á algunos de los escuderos de la mesnada de doña María que dormian en el segundo piso de la torre del Ataud.

Pusiéronse de pié alarmados, y escucharon.

Muy pronto se oyó un nuevo golpeamiento, aunque mas rápido.

Era que los ballesteros forzaban una segunda puerta.

Juan Diente se habia precipitado como un tigre en una cámara iluminada por una lámpara de noche que ardia sobre un magnífico velador de mármol; una de aquellas enormes mesas sustentadas por bichas montruosas, de las cuales nos ha dejado algunos raros ejemplares la Edad Media.

La luz no era fuerte, pero bastaba para distinguir los objetos.

La cámara era alta, de bóveda ojival, pintada y dorada y ricamente escultada en roble en sus muros.

En un ángulo habia un gran lecho con amplias colgaduras verdes y moradas, colores de los Coroneles, y delante de aquel lecho habia una mujer erguida, altiva, impávida, terrible, que mostraba en sus manos una pequeña ballesta armada.

Aquella mujer, aquella dama era doña María

Coronel, que aparecia de repente delante del lecho de sus hijos ante sus bravíos raptores.

No se habia contado con la presencia allí de doña María.

Consistia esto en que desde la amenaza del rey de arrebatarla sus hijos, si doña María se recogia como siempre en su cámara á la hora de costumbre, cuando sola en su dormitorio se quedaba se pasaba á la cámara de sus hijos, cerraba las dos puertas y con sus hijos se acostaba, dejando al lado del lecho por prevencion una pequeña y preciosa ballesta armada, ballesta que élla habia usado desde su adolescencia y con la cual iba á montería en los dias de su padre y de su marido.

Era, pues, doña María una diestra ballestera, para la cual se hacía mucho más fácil herir á un hombre á corta distancia que alcanzar al jabalí ó al venado cuando pasaban lanzados por la jauría por el puesto donde élla y sus servidores se encontraban.

Así es que, apénas hubo entrado en la cámara el primero Juan Diente, cuando doña María, llenándose el ojo de enemiga y con una serenidad admirable asestó la jara, oprimió el disparador, sonó un chasquido seco, Juan Diente dió un terrible salto y cayó.

Doña María, tomando rápidamente otras tres ó cuatro jaras que en el sillon donde habia estado la ballesta habia, ganó una puertecilla inmediata y la cerró.

—¡Ah! por el arcángel negro,—exclamó Leila viendo caer á Juan Diente,—que aquí estaba la leona, pero es una leona que huye,—añadió con desprecio.—Apoderémonos de los muchachos, y fuera.

Y se arrojó con los otros dos ballesteros sobre el lecho.

Pero el lecho estaba revuelto y completamente vacío.

Conservaba el calor de los cuerpos que poco ántes le habian ocupado.

Doña María Coronel se acostaba vestida con sus hijos.

No dormia.

Vigilaba.

Temia un atropello nocturno del rey.

Dejaba junto á sí sus armas y ocultaba esta vigilancia y hacía que la servidumbre de sus hijos guardase el secreto, por temor de que el rey adoptase otro medio más seguro.

En el entretanto preparaba el envío secreto de sus hijos á sus estados de Medinaceli, en Aragon.

Allí el rey no iria á apoderarse de éllos, á ponerlos como prenda ante élla, para la satisfaccion infame de su deseo repugnante y para élla deshonroso.

En cuanto á élla, debia permanecer en Sevilla, frente á frente del rey.

Estaba empeñada su altivez.

No queria que el rey pudiese creer que habia

huido, temerosa de no poder resistir aquellos amores.

Doña María Coronel lo afrontaba todo.

Estaba resuelta á todo, hasta al martirio, por su dignidad y por su virtud, y ya se reducia á privaciones, porque temerosa de que por la traicion de un criado se la sirviese algun soporífero, no se alimentaba mas que de leche, que élla misma ordeñaba de las vacas que en su casa habia, de las frutas que élla misma cogia de los árboles, y de huevos que iba á coger por sí misma en el gallinero.

En cuanto al agua, la bebia de la fuente.

Todo esto de noche, en silencio, en secreto, vista sólo de algunos viejos servidores, en los cuales podia en gran manera confiar.

Y decimos en gran manera, porque no confiaba absolutamente, puesto que bien podia haber comido manjares por aquellos leales servidores condimentados.

Disimulaba el no comer como de costumbre haciéndose la enferma, manteniéndose en dieta aparente y negándose como una enferma incorregible á tomar los medicamentos que su médico la recetaba creyéndola enferma, engañado por el estado de excitacion nerviosa en que se encontraba.

Esta fatiga débia ser de poca duracion.

Porque en el momento en que sus hijos estuviesen en salvo, doña María, para concluir de una

vez con aquella fatiga, pero no con el peligro, habia determinado meterse en el convento de Santa Ines, de Sevilla, fundacion de su familia y del cual tenía el patronato.

Y decimos que doña María Coronel metiéndose en el claustro afrontaba valientemente un peligro, porque bien sabía élla que no habia nada que contuviese al rey don Pedro, por sagrado que fuese.

No podia dudarlo, puesto que habia visto la sacrílega y horrible manera con que el rey, á la misma puerta de un templo, y ante Jesucristo Sacramentado, habia cometido el asesinato de sus hermanos los dos pobres niños don Pedro y don Juan.

Quien tal habia hecho no debia detenerse ante los muros del claustro.

Pero á lo menos allí doña María no se veria obligada á mortificarse alimentándose mal, porque la virtud de las religiosas de Santa Ines la fiaba que allí no se la daria brebaje alguno que la entregase inerte á la lascivia de don Pedro, y allí podria vivir tranquila hasta el momento supremo, contando con el cual habia tomado una suprema determinacion.

Doña María Coronel era un heroico imposible para el rey don Pedro.

Activaba cuanto podia hacerlo, sin comprometer el secreto, el envío de sus hijos á Aragon, y ya se alegraba, puesto que para el dia siguiente

estaba preparada la partida de sus hijos, cuando la sorprendió el forzamiento de la primera puerta de la cámara.

No pudo tener duda.

Un traidor habia llevado hasta allí á satélites del rey, que por sus hijos iban.

Rápida y enérgica se alzó, cogió á sus hijos, los llevó á una habitacion inmediata por la misma puertecilla por donde élla á su vez habia desaparecido y esperó erguida, terrible, con la ballesta armada.

Ya hemos visto lo que aconteció á Juan Diente; habia caido atravesado de parte á parte.

Es terrible la fuerza de un ballestazo á media distancia de su alcance, y mucho más de cerca.

Aventaja á la del proyectil del remingthon.

La jara, despues de haber atravesado á Juan Diente, se clavó en el revestimento de roble tallado que cubria el muro.

Doña María, al ganar la puertecilla por donde desapareció, cerrándola, no huia, sino que se replegaba, tomando con una hábil estrategia una nueva posicion formidable.

Despues de aquella puertecilla habia un callejon estrecho, que desembocaba en la estancia donde habia encerrado á los niños.

El primero que por allí apareciese debia ser hombre muerto.

Doña María, de nuevo armada la ballesta, se habia puesto en defensa.

Entre tanto oraba á Dios con todo el fervor de su alma, para que la ayudase, y la fe en la proteccion de Dios la fortalecia.

Leila lanzó un rugido de pantera cuando encontró vacío el lecho.

—Inútil,—dijo,—inútil; á esa mujer la protege Dios.

Y no mandó á los dos ballesteros, que dispuestos á todo esperaban sus órdenes, sin hacer caso del mal herido Juan Diente, forzasen la puerta por donde doña María Coronel habia desaparecido.

Élla no conocia mas que una pequeña parte, y áun así por referencia, de la disposicion interior del palacio de doña María.

Podia muy bien ésta haber escapado por otra comunicacion y haber dado la alarma á sus servidores.

Por brava que élla fuese, por mucho que se pudiese confiar en el valor indómito de Rodrigo Perez de Castro y de Bartolomé de Rebolledo, temerario hubiera sido pretender resistir á todos los escuderos de la mesnada de doña María.

—¡Afuera! ¡afuera cuanto ántes!—dijo Leila,—y llevémonos si podemos á Juan Diente.

Éste no habia muerto.

Pero la pérdida de la sangre le habia producido un vértigo, y estaba como sin sentido.

Rodrigo Perez de Castro y Bartolomé de Rebolledo estimaban de una manera extraordinaria á

Juan Diente, y no quisieron dejarle allí, expuesto á la saña de doña María, que tal vez podia hacer le rematasen.

Cargaron, pues, con él, para lo cual les ayudó Leila, y se dirigieron rápidamente á la salida.

Pero de improviso, ántes de llegar á la segunda puerta, hubieron de replegarse á la cámara y de dejar en el suelo á Juan Diente.

Los que, como hemos dicho, habian despertado y puéstose en expectativa en el segundo piso de la torre, no pudiendo ya dudar de que la casa estaba invadida por gente enemiga, asió cada cual su escudo, su hacha de armas y su espada, y bajaron rápidamente por las escaleras, llegando al piso principal á punto que salian con Juan Diente Leila, Rodrigo Perez de Castro y Bartolomé de Rebolledo.

Se trabó á poco una batalla desigual.

Éllos eran tres y más de seis los escuderos.

Á la primera acometida Leila puso fuera de combate con una terrible estocada á uno de los hombres de armas; pero al mismo tiempo recibió en la cabeza un hachazo que la partió el casco y la alcanzó en el cráneo, haciéndola dar en tierra.

Era la primera vez que el hierro enemigo la alcanzaba, pero de una manera tremenda.

Aunque fuesen valientes fuera de toda ponderacion, como buenos ballesteros del rey, Rodrigo Perez de Castro y Bartolomé de Rebolledo, no eran temerarios.

Así es que hicieron cesar el combate entregándose.

Á seguida se hizo un reconocimiento y se encontraron abierta la puerta de comunicacion de la galería con las escaleras y el postigo que á la plazuela daba.

Se cerraron aquellas dos puertas, y los leales servidores llamaron á voces á doña María Coronel, noticiándola que ya habia pasado el peligro.

Doña María apareció entónces.

Mandó recoger del suelo á Leila y á Juan Diente y que los llevasen á dos aposentos distintos, los pusiesen en lechos y se llamasen médicos que de éllos cuidasen, y que se soltasen y dejasen libres, echándolos por el postigo, á Rodrigo Perez de Castro y á Bartolomé de Rebolledo.

Pero no pasó esto sin que doña María Coronel entregase á Rodrigo Perez de Castro una carta que contenia lo siguiente:

«Mi casa ha sido acometida por vuestros ballesteros, señor, y por una infame mujer que los comandaba; la traicion les ha abierto las puertas, y sólo al amparo de Dios debo el que esas gentes no hayan conseguido su infame propósito. Dos se quedan aquí mal heridos: esa mujer y Juan Diente; de éllos cuidaré hasta que de éllos vos dispongais.

DOÑA MARÍA CORONEL.»

No podia ser más altiva ni más valiente esta carta.

Se entiende que doña María Coronel no soltó con élla á los dos ballesteros sino despues que sus hijos, con dos lealísimos servidores y una escolta de veinte lanzas, iban escapados á ganar la sierra, para meterse por élla en Portugal y pasar luégo desde allí por mar á Aragon.

Cuando salieron los dos ballesteros hicieron soltar á su vez al sorprendido, al detenido Sancho Dávila.

Éste comprendió que su traicion se habia descubierto, y no osó volver á la casa de su señora.

Al otro dia se le encontró ahorcado de un árbol en la ribera del Guadalquivir, un cuarto de legua más abajo de la Torre del Oro.

¿Qué habia llevado á Sancho Dávila á aquella terrible resolucion, su desesperacion mortal por el terrible desengaño de Leila, ó su vergüenza por la traicion que habia hecho á su señora?

Tal vez las dos cosas.

CAPÍTULO XVII.

LO QUE PUEDEN HACER EN UN PROTERVO LA HERMOSURA, LA DULZURA, LA VIRTUD Y LA CARIDAD.

Habia sido ya muy cerca del amanecer, y en salvo ya sus hijos, cuando doña María Coronel soltó á los dos ballesteros con la carta que ya se ha dicho.

Á no tener mal heridos en su casa y en grave peligro de muerte, segun habian declarado los médicos, á Leila y á Juan Diente, sin detenerse un momento doña María Coronel se hubiera retirado, segun se lo habia propuesto, al convento de Santa Ines.

Pero no hubiera sido verdaderamente grande la virtud de doña María si no hubiera estado alentada por la caridad.

Élla habia querido desde el momento haber ido

á ver á Leila y á Juan Diente, cuidarlos, hacer por éllos lo que la hubiera sido posible, á pesar de que con un objeto infame, como asesinos y ladrones, habian penetrado en su casa.

Y no sólo esto, sino á robarla lo que más que á sus entrañas queria, sus hijos, y á ponerla en la terrible situacion de afrontar un martirio infame, ó de sacrificar á los hijos de sus entrañas.

En doña María Coronel, en su alma, ardia purísima la llama de la fe y de la caridad evangélica.

Esto la producia la esperanza de que Dios salvaria á sus hijos, fuese cual fuese lo costoso del precio.

Pero los médicos la habian dicho que por el momento no se podia ver á los dos heridos.

Ambos habian perdido el conocimiento.

Doña María debia esperar, y esperaba sufriendo de una manera imponderable.

Élla era brava, como se habia visto; una leona, que habia sabido defender á sus hijos.

Pero á pesar del gran temple de su alma, lo terrible de la situacion la hacía probar sufrimientos espantosos.

No habia vacilado en verter sangre usando del incontestable derecho de la defensa legítima.

Pero pasado el peligro, aquella sangre la horrorizaba y la amargaba.

Se necesitaba toda la fe de doña María Coronel para no vacilar, para no dudar, para no llegar á la impiedad de la desesperacion, para que no pre-

guntase á Dios qué motivos habia dado élla para encontrarse frente á frente del rey, de aquel terrible rey don Pedro, en una lucha tan cruda, tan horrible, de tal manera espantosa y desesperada.

Y lo que más afligia á doña María, lo que más la espantaba, era que, á pesar de todo, el rey la atraia, y que á medida que el rey se hacía más terrible, más tirano para élla, más y más el rey la fascinaba, más y más aquella voluptuosidad maldita que por el rey sentia inflamaba su sangre.

El mayor enemigo que doña María en aquella situacion desesperante tenía era su propio corazon, excitado, impulsado por una pasion que la avergonzaba, por una pasion fatal de todo punto, independiente de su virtud, de su razon y de su voluntad.

Doña María se afligia, agonizaba, lloraba, oraba á Dios, se espantaba creyéndose habitada, ocupada por Satanas, y esperaba á que la fuese posible acercarse á los dos heridos apurando un sufrimiento infinito, elevando su espíritu á Dios, pidiéndole fuerza, porque sentia que su voluntad se anulaba y su razon resistia mal el embate de la locura.

—Y no, no,—exclamaba doña María luchando consigo misma;—no, imposible; jamás; hecha pedazos mejor.

Y se deshacia en lágrimas su alma por aquel maldito amor á don Pedro.

Llegó al fin el amanecer.

De una parte vino un escudero, trayéndola la

noticia de que habia dejado á sus hijos con la escolta á mitad de camino de Cazalla de la Sierra, y que podia considerarlos ya en salvo.

Por otra la avisaron los médicos de que Juan Diente y Leila habian vuelto en sí y podia verlos y hablarles; que respecto á Juan Diente podia tenerse alguna esperanza; pero que en cuanto á Leila no podia dudarse de que era mortal el hachazo que habia recibido en la cabeza.

Lo más que podia dársela de vida eran veinticuatro horas.

El uno de los médicos era moro, el otro judío; dos pozos de ciencia.

En aquellos tiempos, por lo general, los moros y los judíos tenían el monopolio de la medicina.

La ciencia entre los cristianos estaba relegada á los monasterios, como sepultada en éllos, y todo se reducia á la filosofía y á la teología, aunque se estudiaba tambien mucho la astrología y habia monjes á los que podia llamarse hechiceros.

Entre los seglares apénas si se cultivaba la ciencia.

Á los nobles les bastaba con conocer el arte de la guerra y saber escribir únicamente su nombre, para poner su firma al pié de los documentos y en las confirmaciones de fueros, privilegios y cartapueblas y tratados de paz y alianza que otorgaban los reyes.

En cuanto á la cultura del entendimiento se vivia casi á oscuras, lo que no impedia que por instinto

y por costumbre aquellos buenos y rudos señores fuesen con mucha frecuencia astutos y profundos políticos, maestros en el arte de la intriga y de la traicion.

Para esto tenian por maestros la soberbia, la codicia y la necesidad.

Los dos médicos, que como ya hemos dicho eran dos pozos de ciencia, no podian engañarse.

Habia que estar en duda respecto á Juan Diente y desesperar de todo punto de la vida de Leila.

Ardió la caridad en doña María Coronel, que se trasladó primero á la cámara en que estaba Juan Diente.

Al verla el ballestero la tendió la mano y la dijo:

—Acercaos, señora; quiero veros de cerca. Está de Dios que damas sean las que á mí me venzan; aún no ha dos años, esa pobre doña Leila, que segun me han dicho está acabando ya sus asuntos en este mundo, me dió una vuelta como para mí solo, una vuelta que me descoyuntó; con vos me ha ido mejor, porque me habeis tirado al suelo sin quebrantarme, ¡vive Dios! que ni sentí el ballestazo, ni áun ahora mismo siento nada en la herida. No tengo mas que un descaecimiento á causa de la sangre que se me ha ido, y que me causa una soñolencia que me da placer. Dicen los médicos, señora, que yo no moriré, que esto será cosa de diez ó doce dias, y os aseguro que tanto se me da de vivir como de morir, y que no me tomo la pena

ni áun de pensar en ello. ¿Qué más da? Hace mucho tiempo, desde que sirvo al rey, que sé que llevo la muerte colgada de las narices; en tales pasos nos suele meter su señoría que el que con la muerte no cuenta á cada minuto es un simple.

—No hableis tanto, Juan Diente,—dijo doña María Coronel,—que eso puede haceros daño, y pensad más en vuestra alma, por lo que os pueda acontecer, que en las cosas de este mundo.

—Eso sería, señora,—contestó Juan Diente,—hacerle una mala partida al diablo, porque hace mucho tiempo que anduve en tratos con el diablo, y el alma le abandoné con tal de que él me ayudase.

Escandalizóse doña María Coronel, y no pudo ménos de reprender severísimamente al ballestero y de esforzarse por convencerle de que si por acaso, como podia temerse, sucumbia á causa de su herida, sólo el arrepentimiento sincero de los males que habia causado y de la sangre que habia vertido impía é injustamente, obedeciendo órdenes sanguinarias y haciéndose cómplice de asesinatos horrendos, podia esperar la misericordia de Dios.

Y la verdad fué que la dulce y caritativa voz de doña María y su profunda fe se hicieron sentir en el bravío é indómito ballestero, que al fin se conmovió.

—Verdaderamente que sois un ángel, señora,—la dijo;—y ahora comprendo por qué el rey

está tan empeñado y tan dominado por vuestros amores. Todo lo que vos tocais siente el hechizo de vuestra alma, que de vos fluye como un aroma exquisito; y tanto es esto verdad, que oyéndoos casi casi me habeis convertido, porque mirad, señora, que me parece un sueño todo lo que he hecho y de lo que ahora me horrorizo, creedlo; ántes pensando en ello gozaba y de ello me ensoberbecia, y por vos, señora, si de ésta escapo y no muero, he resuelto irme en derechura, en cuanto dejare el lecho, al primer monasterio del Cister que encontrare, y en él meterme monje y vivir allí el tiempo que Dios fuere servido, en la humildad, en la oracion y en la penitencia. Bien decia doña Leila cuando, no ha muchos dias, me aseguraba que érais santa.

—Callad, Juan Diente, y no blasfemeis, que no hay más santo que Dios; la criatura es impura, y con una impureza tal que sólo por la gracia de Dios, que todo lo purifica, puede llegar á ser algo que se parezca al alma de un justo sobre la tierra.

—Pues dígoos yo, señora, que si para patentizarse la santidad de una criatura hay necesidad de un milagro, segun oí decir un dia á un predicador, hoy habeis hecho un milagro, y tal que el diablo debe haberse irritado grandemente contra vos, porque tal vez ese milagro le roba un alma que él sin duda tenía seguramente por suya, y esa alma es la mia; yo no me conozco; yo

siento verdaderamente rubor y vergüenza por lo que he hecho, y estoy arrepentido y ansioso de curar, no por conservar esta vida que vos con vuestras sabias y caritativas razones habeis hecho pesada, sino para tener tiempo de volverme á Dios y desarmar su ira por medio de largas penitencias. Y no sería yo lo agradecido que debo serlo para con vos si no os aconsejara que sin más dilacion escapáseis de estos reinos de Castilla y os pusiéseis en seguridad en extraños reinos. Mirad que de tal manera es la pasion que por vos al rey enloquece que por llegar á satisfacerla en nada ha de reparar, y ¡ay de vos si no huis, señora! que el rey tiene á Satanas metido en el cuerpo, y cuanto más se le resiste más se empeña y á más espantables términos llega, á no ser que vos, con esa vuestra dulce santidad, al rey convirtais, que no lo dificulto, puesto que á mí me habeis convertido; y si la conversion del rey alcanzais, en ello habrá ganado mucho el mundo, porque el rey habrá dejado de ser una fiera; pero como yo veo que Dios tiene sentenciado al rey, y que por lo mismo no es posible que el rey se convierta, vuélvoos á suplicar encarecidamente y con todo el agradecimiento de mi alma os salveis en extraños reinos de la furia amorosa del rey don Pedro.

—No huiré,—dijo doña María Coronel,—porque huyendo podria dar indicios de que de mí misma desconfiaba; y que haga el señor rey todo

aquello que quiera, que yo le he de demostrar que contra mí todo su poder es sombra vana y humo, que en el aire se deshace.

—Sea lo que vos quisiéreis, señora, pero el gran afecto que os he cobrado me hace insistir en aconsejaros que os salveis. ¡Ah! no sabeis cuánto el rey por vos está empeñado y cuánto es por vos capaz de hacer.

—No huiré,—repitió doña María Coronel;—no huiré, y Dios me ampará.

Despues de esto, doña María prodigó algunas palabras de consuelo á Juan Diente, y le envió uno de sus capellanes para que no le dejase entibiarse en aquel su arrepentimiento, que de una manera tan inesperada en él habia aparecido.

CAPÍTULO XVIII.

EN QUE DOÑA MARÍA PRODUCE UN MILAGRO MÁS.

De la cámara donde Juan Diente se encontraba pasó doña María Coronel á la en que se encontraba Leila.

Tenía la cabeza vendada.

Estaba muy pálida, y sus grandes ojos negros lucian de una manera opaca, sombría, con un fuego febril.

Reconoció, sin embargo, á doña María Coronel y extendió hácia élla su mórbido brazo.

Doña María Coronel se acercó á élla conmovida, y la asió la mano llena de caridad.

La mano de Leila ardia, y la agitaba una leve convulsion.

Miraba á doña María profundamente, con asombro y con respeto.

—Dios protege á los suyos, señora,—dijo Leila,—y Dios os ha protegido;—la sanguinaria pantera del desierto debe morir entre el horror, como entre el horror ha vivido; Dios me castiga; yo reconozco á vuestro Dios, al Diòs del Gólgotha, al Dios crucificado.

—¿Vos sois mora?—exclamó doña María Coronel.—Me parece haber oido contar que el rey tenía una mora por amiga, y empleaba á esta amiga, que era brava, en cosas terribles.

—Sí,—exclamó Leila;—yo soy hija del desierto, de la tierra ardiente donde se adora al Dios Altísimo y unico, donde sólo la enunciacion de la trinidad de Dios enfurece.

Se ofrecia á doña María Coronel, en medio de la tribulacion en que se encontraba, al par que su lucha consigo misma, un nuevo trabajo de conversion.

Lo olvidó todo por su caridad.

Se sobrepuso á todo en beneficio de aquella criatura, á quien consideraba perdida, y su palabra ardiente, conmovedora y persuasiva, su caridad, que la trasfiguraba, que daba á su mirada, á su hermosura algo de sobrenatural, algo de divino, fueron infiltrando su magia en la terrible Leila.

Al fin los ojos de ésta se llenaron de lágrimas.

Era la primera vez que Leila lloraba.

Luchaba en élla todavía la rebeldía de su fiereza, y sus lágrimas la avergonzaron.

—No, no creais,—exclamó,—que lloro por esta desesperada vida mia, que bien sé voy á perder dentro de muy poco; ¿qué me importa á mí la muerte? La vida para mí es una carga insoportable; la muerte que para libertarme de élla á mí se acerca me hace un beneficio; es conmigo piadosa: lloro porque me habeis conmovido, señora; lloro porque siento la influencia de vuestra grandeza, de vuestra virtud, de la que yo nunca he dudado; lloro porque en medio de mi desesperacion me habeis traido una dulcísima esperanza, la de la misericordia de Dios; lloro porque habeis infundido en mi alma la fe que en vuestra alma rebosa; lloro además por vos, porque aunque por celos exterminaros he querido, siempre os he respetado, y ahora os admiro y os amo.

—No, por mí no lloreis,—exclamó doña María, —y si me amais, que no lo dudo, morid tranquila, que si yo muero moriré como he vivido, cumpliendo con mi deber, temerosa de Dios y guardadora de mi honra y de la de mis hijos.

—¡Ay señora, que vuestro propio corazon puede venceros! ¡Ay señora, que mis ojos leen en lo profundo de vuestra alma, y en élla veo la tremenda lucha que vuestra virtud sostiene con un amor terrible, casi casi incontrastable! ¡Ay señora, que yo por mí misma sé cuanto es fascinador, enloquecedor, terrible ese hombre funesto, que si yo no le conociera no le amara; y si no le amara no diera en el crímen, ni por el crímen en la mortal

situacion en que me hallo. Vos habeis engañado, cumpliendo como debiais, al mundo, á los hombres, áun á vos misma; pero á mí no podeis engañarme, porque en mi corazon leo el vuestro, porque por mi corazon mido las congojas y los sobresaltos que por el amor de ese hombre sentís; y no puedo ménos de estremecerme, señora, por mucho que en vuestra virtud confie. Os amo, sí; os amo, y os veo en grave peligro de sucumbir.

—Dejemos,—exclamó doña María,—que en cuanto á mí la voluntad de Dios se cumpla; pensad en vos, en vos, que estais tocando á la muerte. ¿Sois cristiana?

—No,—contestó Leila.

—¿Y no quereis serlo?

—¡Oh, sí, ardientemente! Yo me he hecho instruir en el cristianismo, señora, pero con un objeto sacrílego, supersticioso; yo doy mucha influencia sobre la criatura al nombre que lleva; yo me llamo Noche (Leila en árabe es noche en castellano), y yo me creia una noche lóbrega, tempestuosa, que sólo podia iluminarse con la luz del relámpago, de la tempestad; yo veia la influencia de mi nombre sobre mi alma, sobre mis hechos, sobre mis aspiraciones.

María es un nombre dulce.

María es luz.

María es el nombre de las dos mujeres que más ha amado ese hombre terrible, y yo me decia:

—Si yo cambiara la oscuridad de mi nombre en

luz, si en vez de llamarme Leila me llamara María, tal vez por la influencia de mi nombre él me amaria más que á las otras; pero para llamarse María es necesario tambien conocer los principios y los preceptos del cristianismo; yo me hice instruir por un religioso; yo he engañado á ese religioso haciéndole creer que Dios me habia tocado en el corazon, cuando sólo me habia tocado en él Satanas.

Ahora es distinto, señora.

Vos habeis arrojado en mi corazon un bálsamo de consuelo; vos me habeis infundido en gran manera la fe que arde en vuestra alma; vos me haceis desear con toda mi voluntad, con todo mi deseo, el agua de salud, el agua del bautismo, y por eso lloro; lloro porque me habeis consolado, porque me habeis salvado, poniéndome al alcance de la infinita misericordia de Dios.

Vos habeis hecho un milagro.

Sí, santa, santa.

Yo no me habia engañado.

No, yo no me engañaba cuando miraba vuestra grandeza y vuestra virtud.

—¡Oh! pues ya que estais tan bien preparada y tan en peligro os encontrais, no perdamos un solo momento.

Y sobre su palabra, doña María llamó é hizo se llamase á otro de sus capellanes.

El sacerdote sobrevino.

Doña María llamó á toda su servidumbre y pre-

paró el bautismo con la pompa que la solemnidad del caso requeria y era posible en aquella rica casa.

Entretanto el sacerdote examinaba á Leila acerca de los artículos de fe, y la encontraba instruida, apta para ser bautizada.

Pero no era esto sólo.

Los médicos declaraban formalmente que la muerte se acercaba á pasos de gigante á Leila.

Y por más que el uno fuese moro y el otro judío, conocidas las intenciones de doña María y la voluntad de Leila, decian que no habia tiempo que perder.

Despues del bautismo debia venir el Viático.

Tras el Viático la extremauncion.

Doña María se constituyó madrina.

En aquellos momentos nada la impresionaba tanto como la salvacion de Leila.

Hubiera podido decirse, si el egoismo hubiera tenido alguna cabida en doña María Coronel, que por egoismo, por sí misma, por parecer más acepta á Dios, extremaba su caridad en favor de aquella su cruel enemiga.

Pero no era esto, ni en tal caso caritativo hubiera sido su interes por Leila, que la caridad es desinteresada, de sí misma se alimenta, de sí misma vive y está sublimada por la pureza de las purezas.

Y no es otra ni puede ser otra la caridad.

Y por eso la caridad sublime, la caridad abso-

luta es Dios, esencia y sustancia, Dios, vida y luz de cuanto existe, principio y causa de todas las cosas, armonía de las armonías, perfeccion de las perfecciones.

La caridad es la santidad, la omnisciencia y la omnipotencia; la justicia, lo que es y no puede dejar de ser; la divinidad, el alma, Dios, el aliento del universo, su principio y su fin.

De modo que el hombre no puede sentir mas que una caridad relativa, porque el hombre no puede llegar á ser Dios, sino acercarse á Dios asimilándose á él, y por esto el que más resiste las influencias de la materia es más caritativo, más á Dios acepto, y más puede contársele entre el número de los buenos, de los justos y de los mártires.

Y bienaventurado será á pesar de los dolores de su destino, y más paz que otro tendrá sobre la tierra á pesar de sus dolores, porque en él no habrá el remordimiento de haber hecho mal á sus semejantes.

Tal era doña María Coronel, y de esto nacia su extraordinaria fortaleza, tanto más meritoria cuanto más terrible era la lucha en que estaba su alma con las impuras y terribles propensiones de su cuerpo mortal.

Preparado el bautismo, toda la servidumbre de doña María, con hachas encendidas en las manos, vestida de gala de una manera solemne y magnífica, entró en la cámara donde Leila se encontraba.

Sólo doña María conservaba sus tocas y sus blancos paños de luto.

Uno de los altos servidores de doña María llevaba en un aguamanil de oro el agua bendecida.

Doña María sostuvo en sus brazos, para que se incorporase, á Leila.

El sacerdote vertió en la cabeza de Leila el agua del bautismo.

En aquel momento, un hombre pálido, sombrío, que acababa de entrar en la casa, y á quien nadie se habia atrevido á estorbar el paso, llegó á la puerta de la cámara, vió lo que en élla acontecia y se descubrió y se arrodilló.

Aquel hombre era el rey.

CAPÍTULO XIX.

DE CÓMO, Á PESAR DEL TERRIBLE CARÁCTER DEL REY, PODIA ÉSTE SENTIRSE ALGUNA VEZ DOMINADO POR LA GRANDEZA DE UNA SITUACION.

El rey habia acudido en el momento en que habia leido la carta de doña María, que despues de haber luchado con dudas y temores le habia entregado Rodrigo Perez de Castro.

Y no habia dudado ni temido en vano, porque de tal manera se irritó el rey al saber que sin su mandato habia sido acometida la casa de doña María Coronel, que no faltaron dos dedos para que en su furor mandase matar á Rodrigo Perez de Castro y á Bartolomé de Rebolledo.

Pero éstos alegaron que habian obedecido á doña Leila, que no sabian si doña Leila tenía ó no órden del rey, y por aquella vez, atendiendo don

Pedro á la razon, los dejó sin más castigo que el miedo que su cólera les habia hecho pasar.

En cuanto al rey, se desesperaba.

Un acto de Leila que él no comprendia, porque no sabía hasta qué punto Leila estaba empeñada por él, habia dado ocasion á un nuevo triunfo sobre él á doña María Coronel.

Su empeño por élla crecia.

Se desbordaba.

Llegaba á los últimos furores del delirio.

Doña María Coronel habia llegado ya á ser para el rey don Pedro un sér extraordinario, una felicidad desconocida, un empeño mortal contrariado.

Temia don Pedro que doña María Coronel se le escapase, aterrada finalmente por aquella tentativa de violencia que habia fracasado por el maravilloso valor de que doña María Coronel se habia sentido armada en el momento del peligro, y por la torpeza de Leila y de los ballesteros, de quienes Leila habia dispuesto sin contar con el rey.

Don Pedro rompió por todo, y á la luz del dia, públicamente, sin reparar en las murmuraciones que debia causar el que fuese á presentarse en la casa de un vasallo, por más que este vasallo fuese una rica hembra de Castilla, allá se fué.

Bien es verdad que el rey don Pedro reparaba ya muy poco en las formas.

Cuando llegó, doña María Coronel estaba al lado de Leila.

El rey impidió se avisase á doña María.

Entró violentamente en la casa y no se detuvo ni nadie se atrevió á cruzarse á su paso.

Llegó, como hemos dicho, en los momentos en que Leila recibia el Viático.

El rey se sintió dominado á despecho suyo, y, como hemos dicho tambien, no pasó de la puerta.

Permaneció en élla en el acto de recibir Leila la Eucaristía, se arrodilló y se descubrió.

Todos los que estaban en la extensa cámara dando solemnidad con su presencia á aquel acto religioso, ya por sí mismo bastante solemne, vieron al rey, y por todos pasó un estremecimiento de terror.

Sabian todos el empeño que el rey alentaba por doña María.

Todos sabian que aquella noche la casa habia sido asaltada, que por consecuencia del asalto Leila moria, y se encontraba muy mal herido en otro aposento el ballestero Juan Diente.

Los únicos que no repararon en el rey fueron doña María Coronel, el sacerdote y la moribunda.

Pero cuando se hubo administrado á ésta la extremauncion y se pusieron de pié, cuando el rey, ya tambien de pié, adelantó lento y sombrío hácia el lecho, Leila le vió y lanzó un grito ahogado.

—¡Ah! exclamó,—¡tú todavía! ¡tú, á quien parece no quiere Dios tocar en el corazon!

Doña María se volvió y vió al rey.

—Perdonad, señor,—dijo, perfectamente tran-

quila;—pero por más que hayais hecho una buena obra llegando hasta el lecho de una moribunda, que tal vez por vos en esta terrible situacion se encuentra, vos no debeis permanecer aquí, vos no debeis perturbar los últimos momentos de esa desventurada, ni yo puedo permitirlo. Dejad que yo reclame el derecho de ser reina en mi casa, y seguidme, señor, yo os lo suplico.

Doña María habia dicho estas palabras de una manera serena, firme, con una gran dignidad, con una tranquilidad perfecta, y al par con un gran respeto.

El rey se sentia dominado de nuevo, y su mirada vagaba de doña María á Leila, de Leila á doña María.

Leila le miraba de una manera profunda, intensa, con cuanta fuerza permitia á sus ojos la muerte, que ya iba apareciendo en élla.

Su agonía empezaba.

—Rey don Pedro,—dijo con una voz bastante fuerte para ser oida por todos,—yo muero; no han sido los hombres los que me han herido; ha sido la mano de Dios. Pensad en que hay un Dios justiciero, un Dios contra el cual no hay poder que baste; para el cual la soberbia humana es vanidad impotente, humo, polvo, nada.

El terror crispaba á todos los que allí asistian.

Parecia que la voz de Leila salia de la eternidad.

Su palabra, que al principio habia sido firme,

rápidamente fué debilitándose, y su cabeza, que se habia levantado un tanto sobre la almohada, para mirar al rey, al acabar aquellas palabras se desplomó.

El sacerdote la miró, se conmovió de compasion y la bendijo.

Luégo exclamó, volviéndose á todos:

—Rogad á Dios por su alma; élla no es ya de este mundo.

El rey tembló.

Era quizá la vez primera que el rey don Pedro temblaba.

Retrocedió hácia la puerta andando hacia atras.

Su mirada, dilatada y profunda, expresando una emocion indefinible, se fijaba en Leila.

Doña María arrojó una mirada de conmiseracion al cadáver.

Pareció como que oraba por el alma de Leila.

Luégo se volvió al rey, y le dijo:

—Seguidme, señor.

Y salió.

El rey la siguió de una manera inconsciente, como arrastrado por élla, como dominado por la situacion.

Doña María no se detuvo hasta su cámara.

El rey entró.

Estaban solos.

CAPÍTULO XX.

DE CÓMO EL AMOR NO PUEDE OCULTARSE Á PESAR DE TODA LA FUERZA DE LA VIRTUD.

Una vez en su cámara á solas con el rey, doña María se volvió á él pálida y convulsa.

Por más que una gran virtud y una gran fortaleza alentasen á doña María Coronel, su dignidad y su altivez de raza la conmovian hasta dejar ver en élla la cólera.

Una tal persecucion, un tan terrible empeño, no podian ménos de indignarla.

Élla hasta entónces habia tenido un gran dominio sobre sí misma.

Élla hasta entónces habia empleado para persuadir al rey una dulzura que parecia inagotable.

Sin embargo, la enormidad del empeño del rey habia llegado hasta tal punto, de tal manera se

habia sentido herida doña María, hasta tal punto se habia aterrado por sus hijos y por su mismo honor, de tal manera se habia hecho para élla la situacion violenta, y tan horrible la habia parecido en aquellos momentos la presencia del rey en su casa, que no pudo contenerse.

—He sufrido, he callado,—dijo,—delante de gente, porque no queria deciros sino á solas lo que deciros debo: vos no sois un hombre, vos sois un monstruo; vos no sois un rey, vos sois un tirano: Dios no ha permitido aparezcais sobre la tierra sino para que parezcais horrible por las desgracias que causais, y tal vez Dios permite que un demonio tal como vos tenga el poder supremo en estos reinos para castigar sus pecados. Basta ya, señor; salid de mi casa, salid al momento, ó bien entregaos al furor de vuestra maldad; usad de vuestro poder contra una dama que ante vos está sola y desamparada, aunque digo mal, porque conmigo están amparándome mi horror y mi honra. Os lo repito, salid ó acabad de una vez; exterminadme, que sólo exterminarme podeis, porque en cuanto á mi honra, está tan alta que vos con todo vuestro poder no lograreis llegar á élla.

El rey contemplaba atónito á doña María.

Su mirada, llena de una pasion infinita, inmensa, se fijaba inmóvil, expresando una adoracion tal que de élla no podemos dar una idea, en doña María.

No parecia sino que veia en élla la suma de las

perfecciones, de las grandezas, de los encantos que podian suponerse en un sér más que humano.

Y aquella mirada del rey afligia á doña María; á despecho del horror, de la indignacion que las monstruosidades del rey la causaban, el rebelde amor que por el rey la abrasaba el corazon, que nada veia, que nada oia, que persistia á pesar de todo, y que se hacia más y más doloroso, más y más y más terrible, la hacía experimentar un martirio insoportable.

El corazon de la pobre doña María Coronel se desgarraba, y sin embargo su virtud se sobreponia, como siempre, sin vacilacion, sin duda, sin debilidad, á aquel amor.

El rey la era imposible.

No, élla no podia satisfacer aquel amor sin una gravísima ofensa á Dios, á sí misma y á los hombres.

Pero por mucho que fuera el dominio que doña María Coronel tenía sobre sí misma, los ojos son traidores, los ojos responden en las situaciones supremas á la situacion del corazon.

Y á pesar de su situacion, á pesar de todo, de tal manera sobrecogió á doña María durante un momento aquella ansiosa, aquella candente, aquella inmensa mirada del rey, que á sus ojos salió todo lo que su alma sentia, sin que élla pudiese evitarlo.

Y como los ojos no necesitan mas que un solo momento para expresar todo lo que el alma que

en éllos se muestra siente, el rey vió entera, en aquella mirada que doña María Coronel no pudo contener, su alma atribulada, exacerbada, espantada.

Lanzó un grito de alegría.

—¡Ah!—exclamó,—¡bendita sea la hora en que he nacido, puesto que al fin me siento amado por vos! ¡Ah! sí, sí; vos me amais; yo he visto vuestro amor en vuestros ojos, y mis entrañas se han abrasado. ¡Ah! vos luchais, vos combatís como una heroina; pero ¿qué importa? Vuestro amor me ayuda, vuestro amor os hace mia, y el teneros me hace el sér mas glorioso de cuantos alientan en la tierra y en el cielo.

Y el rey, creyéndose ya vencedor de doña María, á élla se acercó trasfigurado, demudado, violento.

Al llegar á doña María ésta le rechazó y al mismo tiempo se apoderó del puñal que el rey llevaba al cinto.

Tan vigorosa habia sido la resistencia de doña María, el empuje con que de sí habia lanzado al rey, que entrambos quedaron á distancia.

—Insistid, señor,—dijo doña María,—en los delirios de vuestra pasion maldita, y sólo encontrareis á vuestros piés un cadáver.

—Pero ¿por qué, por qué?—exclamó el rey temblando de los piés á la cabeza, anhelante porque temia que la brava doña María Coronel se sacrificase sin vacilar si él insistia en el logro de su amor. —¿Por qué esta lucha horrible si vos me amais?

—Y bien, sí,—dijo doña María,—¿por qué ocultarlo? Dios debe castigar en mí algun pecado de mi raza. Á despecho mio, horrorizándome de mi amor, os amo, si es que puede llamarse amor esta atraccion maldita que sobre mí ejerceis. No, no, pero esto no es amor; me engaño yo; os engañais vos; esto es una tentacion del infierno, que Dios permite sin duda para probar mi fe; éste es un martirio horrible que me avergüenza, que me aflige, que me desgarra el corazon; esto es la desventura de las desventuras; sí, vos llenais perpetuamente mi pensamiento; yo siento una fuerza terrible que hácia vos me arrastra; pero hay otra fuerza que de vos me defiende, un muro de diamante que entre los dos existe. Mi honor, mi dignidad, mi temor á Dios, vuestros crímenes y el horror que me causan. Sí, sí; si lo que á vos me impulsa es el amor de la tierra, el amor perecedero de la vida, el delirio y la agonía del alma, yo os amo; os amo desde que os conozco, os amo de tal manera que por vos mi vida es insoportable. No importa; como he resistido hasta ahora ese amor, ese hechizo, ó esa maldicion que Dios permite que sobre mí pese, le resistiré siempre, siempre; oidlo, porque ya estoy prevenida, porque no puede acometerme tan de improviso y tan violentamente la locura que no tenga un solo momento para conocer que voy á perderme: y antes de perderme, me destruiré sin vacilar.

—Sereis mia,—exclamó el rey;—sí, sereis mia.

No seré yo quien violentamente pretenda poseer el tesoro que en más estima he tenido ni puedo tener; no, yo sé que me amais, y que me amais de manera que no tengo necesidad de más ayuda que de dejaros entregada al combate de vuestro amor; él me procurará la victoria, y esa victoria no está lejos: yo he visto en vuestros ojos la locura de vuestra alma desesperada; yo he visto en éllos la seguridad de mi inaudita ventura. Guardad mi puñal, si así lo quereis, en memoria mia, señora, que yo no temo que ese puñal sea en vuestras manos un medio de muerte contra vos; y perdonadme y no me mireis airada, porque ya, en la cierta esperanza de teneros, empiezo á gozar la felicidad de mi amor.

—¡Ah! ¡vos no creeis en Dios!—exclamó doña María Coronel.—Si creyérais en Dios, creeríais en los milagros de la fe. Id, señor, id, y no me atormenteis más: id; yo me quedaré rogando á Dios, no que me dé fuerza para resistir el combate á que vuestro tenaz empeño me sujeta, ni para que me fortalezca contra esto que por vos siento y que no sé explicarme, sino por vuestra alma, porque él os salve de vos mismo, porque os traiga al reconocimiento de las maldades que habeis ejecutado y al arrepentimiento. Id, id; yo no puedo dejar de perdonaros, porque soy cristiana y, os lo repito, porque os amo; yo por ese amor no puedo ménos de llorar al veros perdido, ni de compadecerme de la perdicion en que os veo, como

me compadeceria de la perdicion de otra cualquiera criatura. Id, y renunciad á mí; dejadme en paz con mi desgracia, y no espereis que pór élla dé yo en la última desgracia, que es hacerme indigna del alma inmortal que Dios me ha dado, del nombre que llevo y del amor de mis hijos.

—Adios, señora, adios,—dijo el rey;—ya no volveré sino cuando vos me llameis.

—¡Yo! exclamó doña María, en quien se sublevó toda su altivez.

Pero, reprimiéndose, añadió:

—Basta ya; concluyamos de una vez. Id, señor, pero llevaos vuestro puñal, tened. Salid.

Y señaló con un dedo inflexible la puerta de la cámara al rey.

—Hasta el momento de la felicidad de nuestro amor,—dijo don Pedro.

Y salió.

CAPITULO XXI.

DE CÓMO JUAN DIENTE SE CONVIRTIÓ Y SU CONVERSION VINO Á SER FUNESTA Á DOÑA MARÍA CORONEL.

Doña María entregó á gentes del rey, que aquel mismo dia fueron á su casa, el cadáver de Leila.

En cuanto á Juan Diente, su estado no permitia que se le trasladase.

Era necesario permaneciese en el lecho dondé se encontraba, y en una posicion casi inmóvil, durante muchos dias.

Pero la necesidad de que Juan Diente permaneciese en casa de doña María no era una razon para que ésta permaneciese en élla.

Sin necesidad de élla, Juan Diente podia ser cuidadosamente asistido.

Doña María habia acabado por aterrarse.

En su oido zumbaban aquellas palabras del rey:

«Vuestro amor os vencerá.»

La sola idea de ser vencida, de dar en la falta, en el crímen de su hermana doña Aldonza, se hacía horrible á doña María.

Temia ésta, sin embargo, que la locura se apoderase lentamente de élla y creciese hasta tal punto que no encontrase ni una sombra de razon, ni la más pequeña fuerza en su alma cuando llegase el momento del peligro.

Sonaban tambien incesantemente en el alma de doña María aquellas otras palabras del rey:

«Yo no volveré hasta que vos me llameis.»

¿Podria élla llamar un dia al rey?

Élla no sabía hasta qué punto podia ser terrible la prueba á que Dios la sentenciaba.

De prudentes es medir la gravedad del peligro y prevenirse contra él por cuantos medios son posibles.

Ya tardaba á doña María el ir á acogerse al claustro, no tanto para oponer un obstáculo al rey como para defenderse de sí misma.

Sabía doña María demasiado que lo sagrado, lo inviolable, no era un obstáculo para el rey.

Pero allí, entre las santas vírgenes del Señor, consagrada á la oracion y á la penitencia, la fe de su alma se robusteceria, se sublimaria, la daria valor para el martirio, sería su mejor defensa.

Aquel mismo dia, pues, despues de haber entregado á las gentes del rey el cadáver de Leila y su casa, para que en élla se cuidase á Juan Diente, se

fué, acompañada por sus capellanes, servida por dos dueñas y dos doncellas, al monasterio de Santa Ines, del cual era patrona.

Recibiéronla las monjas con una grande alegría.

—Á vivir entre vosotras vengo, mis queridas hermanas,—dijo doña María,—y si vuestro velo no tomo, si como vosotras no profeso, es porque tengo hijos, cuyo amor puede llamarme un dia al mundo. Entre vosotras viviré cuanto tiempo me sea posible, gozando del consuelo de la santidad de vuestra casa, que ha de proveer necesariamente á los grandes dolores con que Dios quiere probarme.

Desde aquel dia, doña María vivió humildemente en el convento de Santa Ines, haciendo con sus religiosas la vida conventual y dentro perfectamente de la regla, como si hubiera sido otra monja.

El cilicio punzaba sus carnes.

En el refertorio ocupaba el último lugar.

Vivia solitaria en su celda.

Las dos dueñas y las dos doncellas que hasta el convento la habian acompañado de la puerta del convento no pasaron.

Se volvieron con la servidumbre que habia quedado en la casa, encargada al gran mayordomo.

Nadie servía á doña María.

En nada se diferenciaba su vida, ya lo hemos dicho, de la de las otras monjas.

De noche se la veia recorriendo el claustro,

cargada con una pesada cruz, practicando los ejercicios más penosos.

Parecia como que élla tenía por un crímen enorme aquel amor que involuntariamente por el rey sentia, y que en expiacion de aquel crímen se sujetaba á la más ruda, á la más penosa penitencia.

No veia nadie de afuera.

Ni áun á su primer mayordomo, que iba constantemente todas las semanas á llevarla noticia de sus hijos.

El mayordomo hablaba con la portera, y la portera trasmitia á doña María lo que el mayordomo la habia dicho.

Las noticias eran siempre iguales.

Los niños estaban buenos en Aragon, en Medinaceli, pero tristes, muy tristes porque no veian á su madre.

El corazon de doña María se desgarraba y necesitaba apurar toda su fuerza de voluntad para no salir del convento é irse á Aragon á consolar á sus hijos.

¿Y por qué doña María permanecia en el peligro?

¿Por qué, si élla sabía que los muros del claustro no eran un impedimento para el tirano rey don Pedro, no se ponia en salvo?

Ya lo hemos dicho, y lo repetimos: porque doña María no queria encontrar la salvacion sino en su propia virtud, costase lo que costase, porque se hubiera avergonzado de sí misma si se hubiera con-

denado á la duda de sí misma huyendo del peligro.

Y así pasaba los dias, las semanas y los meses doña María, sin poder vencer aquella propension de su alma al rey; de tal manera la atormentaba.

Sus hijos seguian buenos, pero tristes, sufriendo su orfandad en Medinaceli, y el rey convencido de la intensidad del amor que doña María sentia por él, esperando se derrocase la firmeza de doña María y del convento saliese.

La vuelta de doña María á su casa hubiera sido lo mismo que un llamamiento al rey.

Pero á medida que el tiempo pasaba se le iba nublando al rey la esperanza.

No parecia sino que al entrar doña María en el claustro habia caido en el fondo de una tumba.

Pero cuando hubo pasado un año sin que doña María diese señales de vida, el rey volvió á pensar en medios violentos.

Lo que queria decir que habia empezado á perder la esperanza.

Habia tenido además lugar un suceso que habia impresionado gravemente al rey.

Juan Diente habia escapado con el pellejo.

Pero habia quedado en un estado tal que en más de ocho meses no habia podido contarse con él para nada.

De tiempo en tiempo se le abria la herida y le ponia en peligro.

Al fin la poderosa complexion de Juan Diente venció.

Venció definitivamente.

Se robusteció y se puso en estado de poder continuar sirviendo al rey.

Pero Juan Diente estaba desconocido, y de tal manera que asombraba á sus compañeros.

Rodrigo Perez de Castro se mofaba de él.

Le llamaba beato, raton de iglesia, huron, y no sabemos cuántas otras cosas; todo lo que con grande asombro, áun del mismo Perez de Castro, sufria Juan Diente con una extraordinaria paciencia, con una humildad verdaderamente evangélica.

Continuaba vistiendo el traje y las preseas de ballestero del rey, y llevaba siempre colgada de la cintura, á la derecha, la maza de armas; á la izquierda su tremenda espada, y sujeto en el cinto el largo y ancho puñal.

Pero estas divisas, estas galas, estas armas aparecian en él como un disfraz, como si las hubiese llevado el último donado motilon de un convento de capuchinos.

Juan Diente, que á causa de la larga convalecencia de su herida no hacía servicio, empleaba su tiempo de una manera extraña.

Esquivaba la compañía.

Pasaba su tiempo en su cuarto desojándose sobre un libro de horas.

Comia dos solas veces al dia, y áun así de una manera frugal y parca.

No bebia vino.

Se pasaba en la iglesia todo el tiempo que la iglesia estaba abierta.

Se iba á la disciplina y á los ejercicios donde quiera los habia.

Se consagraba hasta muy tarde por las noches al rezo, y por las mañanas se levantaba muy temprano y á la iglesia se iba.

Confesaba y comulgaba todos los domingos.

No hablaba mas que lo estrictamente necesario, é iba por la calle con los ojos fijos en el suelo.

—Ese diablo de Juan Diente,—decian sus camaradas,—se ha vuelto loco.

Y como sus burlas y sus pullas no sacaban jamás de su mansedumbre á Juan Diente, se escandalizaban; y sinó le menospreciaban era porque Juan Diente habia hecho tanto en otro tiempo que no habia medio de menospreciarle.

Sus compañeros miraban como una enfermedad lo que en él veian, y acabaron por tenerle lástima.

El rey, que le estimaba mucho, y que por lo mismo de tiempo en tiempo le llamaba para informarse del estado de su salud, al verle tan humilde, tan empequeñecido y tan mezquino, no sabia darse cuenta de lo que en él veia, y á veces de él se burlaba y le despedia con impaciencia, llamándole lobo ermitaño.

Juan Diente suspiraba, bajaba la cabeza y se iba.

Un dia, cuando Juan Diente habia recobrado ya perfectamente su salud y sus fuerzas, el rey le llamó y le dijo:

—Juan Diente, una de dos: ó echa de tí la ruinera y vuelve á ser lo que siempre has sido, ó te echo de mi bravo escuadron de ballesteros; yo no quiero tener en él beatos, y ya me va faltando la paciencia para sufrir tus mogigaterías.

—Pues cabalmente, señor,—contestó con una gran humildad Juan Diente,—yo me habia propuesto pedir á vuestra señoría me dejase salir del escuadron de ballesteros hidalgos, para ir á meterme en el convento de capuchinos de la Observancia, adonde mis remordimientos me llaman.

—¡Cómo! ¡pícaro!—exclamó el rey,—¿de tus remordimientos te atreves á hablarme? ¿Ni áun á tener remordimientos te atreves? ¿Pues cuándo has hecho tú nada de alguna trascendencia que no haya sido por mandato mio? Hablar de tus remordimientos es como acusarme, traidor; es como decir que yo he cometido crímenes.

—Señor,—dijo imperturbable con su humildad Juan Diente,—yo he olvidado durante mucho tiempo el quinto precepto del decálogo, que dice á la letra y de una manera que no da lugar á duda alguna: *No matarás.*

—Pero yo tengo en mi decálogo,—dijo el rey, que iba palideciendo de cólera,—un solo precepto: quien en lo más leve ofenda á su rey y señor

natural, morirá; y mira no sea se me ocurra mandar que te ahorquen.

—Creeré entónces que Dios me ha perdonado,—dijo Juan Diente,—porque moriré como debo morir.

Tal furor excitó en el rey esta extrañísima salida de Juan Diente, que á él se fué, y por fortuna no se le ocurrió echar mano al puñal, pero dió á Juan Diente en pleno semblante una bofetada, que á pesar de la robustez del ballestero le hizo vacilar.

Juan Diente permaneció impasible.

Ni áun protestó con la más tímida mirada de aquella injuria.

—Vamos,—dijo el rey desarmándose,—tú estás loco; á tí te han dado algo; de otra manera tú no hubieras sufrido ni de tu mismo rey una bofetada.

—Yo me alegraría mucho, señor,—dijo Juan Diente,—que á vuestra señoría hubiesen dado lo que me han dado á mí, y que vuestra señoría quisiese como yo meterse capuchino de la Observancia.

—Vamos, vamos, vete y haz lo que te diere la gana, y tengamos la fiesta en paz,—dijo el rey.

—Señor,—contestó Juan Diente,—yo no sería leal á vuestra señoría, yo no amaria á vuestra señoría si yo no le rogase con las lágrimas en los ojos volviese sobre sí y reparase bien que en una senda de perdicion vuestra señoría se encuentra...

—Mira, mira,—dijo el rey,—vete con mil de á caballo; vete, porque necesito persuadirme de que estás loco para no hacer contigo lo que mereces.

Y se llevó á empellones hasta la puerta á Juan Diente, que se obstinaba en predicarle.

—Llevaos á ese,—dijo á los que estaban en la antecámara,—y que borren su nombre de los libros de mi escuadron de ballesteros; yo le doy licencia para que se meta fraile.

Y el rey se volvió adentro profundamente pensativo.

—¿Qué es esto?—exclamó;—¿es que la virtud de doña María se hace sentir en todos, en todos menos en mí? ¡Bah, bah! ¿Ó es que yo tambien empiezo á volverme loco? Me ama, sí, me ama; pero ¿lucho yo acaso con una virtud invencible, con la locura de una mártir? ¿Y habré yo de renunciar á élla? ¡Ah! no, imposible; élla será mia, ó yo pereceré. ¡Ah! pero élla es capaz de morir, sí; es necesario que yo disponga contra élla de una fuerza á que élla no pueda resistir. Sus hijos, sí, sus hijos; los ha enviado á Aragon para ponerlos fuera de mi poder. Esto significa que élla no teme nada por sí misma, que está resuelta á todo, pero que todo lo teme por sus hijos. Están en Aragon, pero ¿qué importa? Mi buen primo don Pedro el Ceremonioso tiene un gran interes en estos momentos en estar bien conmigo; el rey de Francia le provoca, el rey moro de Granada le in-

quieta, don Bernardo de Cabrera le quema la sangre, y no está muy seguro de su lealtad; él debe apreciar en lo que vale su amistad conmigo, y deben importarle muy poco esos dos rapaces; todo consistirá, pues, en cubrir las apariencias. Juan Diente me hubiera servido mejor que otro para este negocio. Pero no importa, aún me quedan buenos servidores; enviemos, pues, á Aragon, bien instruido, á Rodrigo Perez de Castro y al otro Rodrigo Diaz Albarracin, que están muy léjos de dar en la locura del remordimiento.

Y el rey llamó á aquellos dos sicarios, y dándoles largas instrucciones y una buena cantidad de dinero, los envió á Medinaceli, á que robasen á los dos hijos de doña María Coronel.

CAPÍTULO XXII.

HASTA DÓNDE LLEGABA LA FUERZA DEL ALMA DE DOÑA MARÍA CORONEL.

De tal manera supieron cumplir el encargo del rey los dos tremendos ballesteros que á Medinaceli habia enviado, que al mes justo de haber partido de Sevilla volvieron, trayendo consigo, encerrados en una litera, á los dos niños.

La litera habia entrado en Sevilla de noche, por la puerta de San Fernando, que se habia abierto á una contraseña convenida y mandada reconocer por el rey.

Los niños fueron encerrados en una torre del alcázar y puestos bajo el cuidado de Rodrigo Diaz de Albarracin, que, aparte de su bravura y de la perfecta impasibilidad con que cumplia las más terribles y sangrientas órdenes del rey, era muy humano, de muy buen carácter, muy suave, muy persuasivo y muy bien educado; en fin, un lobo con piel de oveja, ó mejor dicho, un hombre de sentimientos dulces y honrados, que sin duda

por lealtad al rey y por amor á su persona hacía continuamente lo que no estaba en ningun modo dentro de su carácter.

Á este Rodrigo Diaz de Albarracin preguntó el rey cómo habian podido arrancar del castillo de Medinaceli á los hijos de doña María.

—Suavemente, señor, suavemente,—contestó Rodrigo Diaz de Albarracin,—por medio del amor. ¡Ah! no sabe vuestra señoría hasta qué punto pueden utilizarse las impetuosas tendencias del amor de una dueña quintañona arrugada, desdentada y casi mortecina.

—Basta, basta; comprendo,—dijo el rey;—tú te has deslizado como una serpiente.

—Permítame vuestra señoría, yo me he deslizado como una anguila y entre mis anillos me he traido la dueña quintañona, una doncella de diez y ocho años y los dos pequeños. Á la dueña la voy á relegar suavemente por medio de un trato como mio; y en cuanto á la doncella con élla me caso, contando siempre con la venia de vuestra señoría, y con que vuestra señoría me la dote, que bien lo merece la pobrecilla por lo bien que á vuestra señoría ha servido.

Dióse por satisfecho el rey con esta historia en resúmen, y esperó unos magníficos resultados de los buenos servicios de Rodrigo Diaz de Albarracin y de Rodrigo Perez de Castro.

Al dia siguiente, el mayordomo, el *factotum* de la casa de doña María Coronel, fué al conven-

to y dijo á su señora que sus hijos, sabiéndose el cuándo pero no el cómo, habian desaparecido del fuerte castillo de Medinaceli, sin que la gente de armas que le guardaba hubiese podido impedirlo, puesto que nada habian visto ni áun sentido.

Se llenó doña María de pavor.

Para élla era indudable que el rey don Pedro, valiéndose de malas artes, la habia robado sus hijos.

Esto la demostraba que el rey don Pedro se obstinaba más y más en su empeño y estaba resuelto á todo.

Se deshizo en lágrimas su corazon y de él subió la cólera á su cabeza.

Se desesperó y fué necesaria toda la fuerza de su virtud para que no diese en malos términos.

Porque lo primero que le ocurrió á doña María, obedeciendo á su enérgico temperamento, fué salir del monasterio y correr á aquella misma villa y castillo de Aguilar donde su padre don Alonso Coronel se habia hecho fuerte contra el rey don Pedro, y apellidar la gente de la tierra á las armas, y acaudillarla y combatirse con el rey, como su padre se habia combatido.

Pero esto era imprudente y sangriento además.

Para salvar á sus hijos, si es que lo lograba, tenía necesidad de comprometer á pobres gentes que estaban en paz, obligarlos á verter su sangre por élla á ponerse bajo la tremenda ira del rey.

Y todo esto inútilmente, porque élla no podia rebelándose salvar á sus hijos.

Desistió, pues, de este propósito.

Pensó en excitar á sus nobles amigos, á los numerosos ricos-hombres del rey ofendidos, á la rebeldía contra el rey preparados; conspirar con éllos, promover un motin en Sevilla; intentar por sorpresa un golpe de mano contra el alcázar.

Pero desistió tambien de este propósito, que debia producir desgracias sin cuento.

Se resignó, pues, á la voluntad de Dios.

Puso en Dios toda su confianza.

Á Dios encomendó su suerte y la de sus hijos.

Guardó un profundo silencio.

El rey habia hecho se esparciese por Sevilla la noticia de que los hijos de doña María Coronel estaban en el alcázar de Sevilla, guardados en una torre.

Estas noticias habian llegado á doña María Coronel, y asimismo á oidos del rey don Pedro IV de Aragon, el del Puñal y el Ceremonioso.

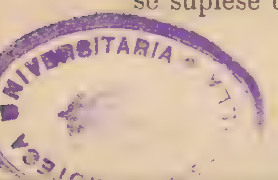
Doña María nada dijo, como ya hemos manifestado.

La parecia de todo punto inútil decir nada, puesto que tenía la seguridad de que el rey don Pedro se habia hecho con sus hijos rehenes contra élla, y no se los devolveria sino mediando durísimas condiciones.

En cuanto al rey don Pedro IV, el Ceremonioso y el del Puñal, se ofendió gravemente, y diciendo

para sí que su buen primo le menospreciaba, puesto que con él no habia contado en manera alguna para tener á los hijos de doña María Coronel, que en su reino de Aragon estaban bajo su proteccion, y que en buena política él no podia tolerar este menosprecio, porque tolerándole se desprestigiaba y parecia como que temia al rey de Castilla, envió á don Pedro Ruiz de Azagra, su primo, como rico-hombre y hombre bueno de Aragon, armado hasta los dientes y soberbio hasta siete codos por encima de la cabeza, á pedir al rey don Pedro de Castilla, no sólo la devolucion de los hijos de doña María Coronel, sino una satisfaccion por el robo de ellos que gentes suyas en Aragon habian hecho.

Contestó el rey don Pedro que él no habia tenido ni áun ánimo de ofender y menospreciar al otro rey don Pedro, su muy querido primo; que la cuestion nada tenía de política; que sobre las tierras de Aragon no se habia desplegado el estandarte real de Castilla ni habia entrado armado de parte suya ningun castellano; que aquello habia sido puramente una cuestion particular, un robo de personas cometido en Aragon por castellanos; que estaba muy léjos de desconocer que ésta habia sido una infraccion de las leyes aragonesas, y por consecuencia un delito, por lo cual estaba dispuesto á entregar á la justicia de Aragon á los que en tal delito habian incurrido, siempre que se supiese quiénes habian sido.



Añadió que él, apoderándose de las personas de los dos niños, y teniéndolos presos en su alcázar, estaba perfertamente dentro de su derecho, porque éllos eran sus vasallos naturales, y además con señorío en su reino.

Y como el rey don Pedro se mostrase muy benévolo y muy afectuoso con el soberbio don Pedro Ruiz de Azagra, y le pasase con una gran maestría la mano por el lomo, como suele decirse, y á vueltas de las demandas de que el aragones venía encargado se hablase como por incidencia de cosas que convenian en gran manera á los dos egregios primos, don Pedro el Cruel y don Pedro el del Puñal, aconteció que el otro don Pedro Ruiz de Azagra, que era un poco ménos rey que los otros dos, á Aragon se fué, y á Zaragoza, donde su señor se encontraba.

Y tales y tan buenas cosas le relató de lo que habia hablado con el rey don Pedro de Castilla que el rey don Pedro de Aragon encontró utilitario, necesario y áun oportunísimo callarse respecto á los hijos de doña María Coronel, y por no dejar de ser ceremonioso y cumplido, envió á ésta un noble correo con una carta, diciéndola en sustancia que la reclamacion de sus hijos podria ser ocasionada á una guerra entre Aragon y Castilla, guerra en ninguna manera conveniente y oportuna, y que por lo mismo la suplicaba le perdonase si en aquel negocio levantaba mano, y otra cosa no hacía; pero asegurándola su gran disgusto

y su profundo sentimiento por no poder valerla en aquel negocio.

Contestó cortésmente doña María Coronel que élla no queria que por élla ni por sus hijos se librase una sangrienta guerra entre dos príncipes cristianos, con grande y dolorosa efusion de sangre entre sus vasallos, todo en beneficio de los infieles enemigos de Dios, que vivian aún sobre el territorio de España en las partes de Granada.

Doña María Coronel habia ya confiado su amparo y el de sus hijos á la misericordia de Dios, y continuaba en silencio sin reclamar nada al rey, orando dia y noche, aumentando lo penoso, lo terrible de sus ejercicios, y orando y llorando por élla, y por élla entregándose, y por sus hijos, á crudas y terribles penitencias, todas las religiosas de Santa Ines.

Doña María agonizaba.

Pasaron por élla cuantas vacilaciones, cuantas tentaciones pueden afligir al pobre corazon humano.

Combatia poderosamente en su alma su amor de madre, y en su corazon aquel otro amor maldito que hácia el rey la empujaba.

Momentos habia en que doña María, llegando casi á la desesperacion, habia estado á punto de salir del convento, de arrojar sus tocas de viuda, de engalanarse con brocados y joyas, de llamar al rey, y cerrando los ojos á todo, sucumbiendo á aquella tentacion que de tal manera la afligia,

abrirle los brazos, satisfacer su candente amor y salvar á sus hijos.

Pero de estas momentáneas vacilaciones se levantaba pura, radiante de virtud, formidable de fuerza doña María Coronel.

Hacía callar aquella pasion vergonzosa, reunia todo su valor para resistir á la idea de la desgracia y áun del exterminio de sus hijos, y exclamaba:

—No, no; ántes muertos que avergonzados por la ruindad y la vileza de su madre.

Y así pasaba agonizando un tiempo que para élla era una eternidad de penas doña María.

Sólo se atrevió á probar un medio, y este medio fué llamar á doña María Padilla de una manera secreta, y de una manera secreta doña María de Padilla fué á verla al convento.

Pero todo se redujo á que doña María de Padilla llorase con élla y la prometiese hacer cuanto estuviese de su parte para arrancar, de la manera que pudiese, del poder del rey á los dos niños.

Doña María Coronel alentó una dudosa esperanza.

Confiaba en la virtud de la Padilla y en su gran corazon, y no la parecia imposible encontrase un medio para salvar á aquellas dos pobres, desvalidas y amadas criaturas.

Pero pasaron muchos dias sin que ninguna noticia favorable llegase á doña María Coronel.

Al fin una noche volvió á entrar secretamente en el convento de Santa Ines doña María de Padilla y manifestó á doña María Coronel que inútilmente habia procurado salvar á los dos niños.

Estaban éstos de tal manera guardados, hasta tal punto eran leales al rey los que los guardaban, que no podia alentarse esperanza alguna.

—En vano,—añadió doña Maria,—he roto por todo y he suplicado al rey no incurra en la tiranía de hacer sufrir á inocentes las consecuencias de sus empeños. El rey no me ha oido, y como yo haya insistido se ha salido de mi presencia, diciéndome:

—Si vos insistís en esto, hareis que tema el veros; yo sé por qué guardo á los hijos de doña María Coronel.

La Padilla, despues de esta triste manifestacion, salió del convento con el corazon oprimido y temiéndolo todo por sí misma, porque suponia que su amor de madre sería superior en doña María Coronel á su virtud, la obligaria á sucumbir al rey, y esto podia hacer que el rey por doña María Coronel lo olvidase todo y la lanzase á élla á la desgracia, á la desesperacion y á la muerte.

Apurado este único recurso por doña María Coronel y esperado en vano, se resignó ya completamente á su martirio y á la desgracia horrible de sus hijos.

Todo habia que temerlo de la pasion del rey al sentirse impotente contra doña María Coronel.

Y los sufrimientos de ésta crecian.

Los niños estaban admirablemente tratados en el alcázar.

Sobre éllos caia como un reflejo el delirante amor que por su madre sentia el rey don Pedro.

Pero éste hacía correr por medio de sus servidores noticias crueles, que llegaban á los oidos de doña María Coronel, y la desolaban, la aniquilaban, la hacian experimentar los sufrimientos indecibles de un martirio sin nombre.

Se decia que los niños no tenian ni áun lecho en que dormir; que se les alimentaba mal; que se les maltrataba; que se les hacia cargar con pesos superiores á sus fuerzas, y cuando se rendian á la fatiga volvia á maltratárseles.

El alma de doña María se sentia desgarrar, morder, despedazar por un monstruo horrible, y sin embargo se mantenia en su entereza y no suplicaba.

Tenía la seguridad de que sus súplicas serian inútiles.

Sabía, sin tener acerca de ello la menor duda, que su infamia sería el único medio de la salvacion de sus hijos.

Un dia se la presentó su mayordomo.

Venía pálido, consternado, y no acertaba á hablar.

Doña María experimentó el dolor de los dolores, el martirio de los martirios.

Creyó que lo que conmovia de tal manera á su

mayordomo no era otra cosa que la catástrofe de sus hijos.

—Hablad, hablad,—exclamó anhelante doña María;—decídmelo todo, que estoy preparada á todo; en último caso, si éllos han muerto yo los seguiré.

—Muertos no, señora,—contestó el mayordomo,—pero sí enfermos y en gravísimo peligro.

—El rey dará cuenta á Dios de lo que hace,—exclamó doña María, rompiendo á llorar de una manera desconsolada y terrible.

Y tras esto la tomó un desmayo del cual no volvió sino para quedar muy enferma, postrada sobre la desnuda tarima que la servía de lecho.

Y sin embargo no recurrió al rey.

Su salud se quebrantaba.

Eran ya terribles la palidez de su semblante y la lucidez de sus ojos.

Parecia como que en éllos se reflejaba ya un principio de locura.

Canas anticipadas aparecian entre sus rubios cabellos.

Su actitud erguida habia desaparecido, y se la veia doblegada bajo un peso insoportable.

Su aliento era un perpetuo gemido, y á pesar de todo esto su hermosura crecia, espiritualizada por el martirio, dejando ver, ó, mejor dicho, sentir el efluvio de su alma imcomparable, dotada de todas las bellezas de la virtud.

¿Y qué otra cosa más que sufrir podia doña María?

¿Cómo cumplir con los deberes de madre salvando á sus hijos, si para salvarlos la era necesario faltar á aquellos mismos deberes?

La situacion de doña María no podia ser más irresoluble.

Don Pedro extremaba para con élla una tiranía odiosa, infame, la más repugnante de las tiranías.

Habia sonado para élla la hora del martirio y para sus hijos la de la desgracia, y doña María no sucumbia.

Esto embravecia, irritaba, desesperaba al rey de una manera indecible, y su amor crecia, crecia hasta lo incalculable.

Habian pasado seis meses desde que los hijos de doña María estaban en poder del rey sin que el rey hiciese oir ninguna nueva solicitud á doña María, y sin que doña María exigiese ni áun suplicase nada al rey.

Don Pedro llegó hasta los últimos límites de la bajeza, é hizo que doña María creyese que su hija habia muerto, y que su hijo no debia tardar en seguir á su hermana.

Entónces doña María tomó una resolucion definitiva, una resolucion desesperada, y salió del convento, se fué á su casa, y llamó costureras y joyeros.

Arrojó sus tocas de viuda y se la vió con escándalo en Sevilla luciendo su hermosura, trasfigurada por el sufrimiento, y ostentando un lujo inusitado; presentándose allí donde todas las damas

sus iguales se presentaban; en todas partes, menos en el alcázar.

Ni podia ser esto, ni ninguna dama de linaje en el alcázar entraba, puesto que no habia reina.

Porque áun cuando doña María de Padilla secretamente lo fuese, no se sabía, ni áun se barruntaba por lo profundo del secreto, y por una manceba del rey más favorecida que otras se la tenía.

Sabíase en Sevilla que los hijos de doña María Coronel estaban en poder del rey, y áun se aseguraba que la niña habia muerto.

Se escandalizaba, pues, todo el mundo de la salida del convento de doña María Coronel y de aquel su fausto desvergonzado, si se tenía en cuenta, no ya sólo la muerte de su padre y de su marido, sino la reciente de su hija, y el peligro de muerte en que su hijo se encontraba.

Doña María habia creido que en el momento en que el rey supiese que del convento habia salido, que sus tocas de luto habia arrojado y que en todas partes se presentaba, como si nada la importase la desgracia de sus hijos, iría á verla, creyéndola enloquecida ya, sometida á su voluntad y sin otro amor que el suyo.

Alentado habia don Pedro una ardiente esperanza á la que habia sonreido teniendo por seguro su triunfo.

Para él era indudable que doña María Coronel se habia rendido al fin á su amor, y que si no le llamaba era por un resto de dignidad.

Creia que por su amor doña María Coronel hasta de sus hijos se habia olvidado.

En una palabra, que estaba ya completamente loca de enamorada.

Pasaron cuatro dias desde que doña María Coronel se dió á luz de nuevo, extraviando el juicio de todo el mundo por su extraña conducta; cuatro dias que para élla fueron una eternidad; cuatro dias en que acudió á la iglesia y á los lugares á donde acudian las damas, haciendo maravillosos esfuerzos para resistir de pié la fiebre que la devoraba, comprimiendo en su corazon las lágrimas para que el llanto no escaldase sus ojos y dejase en éllos sus señales.

Y el rey esperaba que élla le llamase.

No pretendia verla, y el cuidado que doña María por aquel su hijo vivo, que segun élla creia le quedaba, aumentaba de momento en momento.

Al fin no pudo resistir más y llamó al rey.

El rey dió por segura la felicidad de su amor, y se presentó espléndidamente engalanado y embellecido por su esperanza de amor á doña María.

CAPÍTULO XXIII.

EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO PUEDE LLEGAR EL HEROÍSMO DE LA VIRTUD.

Doña María le recibió á solas, cubierta de sedas, brocados y joyas, pero honesta.

Y no podia ser de otro modo.

Faltar á su honestidad para hacerse más influyente sobre el rey, hubiera sido dar en el principio de la bajeza y de la infamia.

Pero sin esto, sin repugnantes desnudeces, doña María Coronel, con su pálida, demacrada y candente hermosura, aparecia sobrenatural, inmensa de encantos y de alicientes para el carnal don Pedro.

Se detuvo á alguna distancia de élla.

Lanzó una exclamacion ahogada de sorpresa.

Se llevó la mano sobre el corazon, como si hu-

biera creido iba á rompérsele ó á escapársele del pecho, y como doña María al verle acercarse se hubiese puesto de pié, ante élla cayó de rodillas el rey y exclamó:

—Amadme ó matadme; yo no puedo sufrir más el martirio de mi amor.

Doña María levantó al rey, pero no asiendo sus manos, sino cogiendo una manga de su sayo.

El rey se aterró.

En los ojos de doña María aparecia algo sobrenatural, algo dominador, algo espantable.

Parecia que la ira de Dios se filtraba, apareciendo clara, formidable, en los ojos de doña María.

Eran además aquellos ojos los de una leona á la cual han robado y despedazado sus cachorros; y además otra expresion aparecia en los ojos de doña María, la de su amor involuntario, que partiendo de su corazon, dominando su voluntad, que no podia impedir su manifestacion, iba á embriagar más y más al sombrío, al terrible, al pavoroso, al delirante don Pedro.

—¡Vuestro martirio!—exclamó doña María con voz ahogada y trémula;—¡vuestro martirio! Pero á vos no os maté yo vuestro padre, no os maté yo la esposa de vuestra alma, no despedacé yo los hijos de vuestras entrañas.

El rey sintió un penoso vértigo.

Le dominó á duras penas.

Se pasó la mano por la frente, desesperado, como

si hubiese querido arrancarse de élla un infierno, y exclamó:

—Yo me abraso en un fuego insoportable, en un fuego del infierno; yo estoy loco, yo muero.

—Dadme lo último que me queda,—exclamó doña María Coronel,—mi hijo, mi pobre hijo; dejadme que le salve, si es que ya se le puede salvar.

Y doña María, á despecho de su altivez, rompió en un llanto convulsivo, terrible.

—Dadme mi amor,—exclamó el rey,—sed mi esposa. ¿Qué será necesario que yo haga para que vos satisfagais mi amor y vuestro amor? No, no, pero vuestro hijo, no; si no me amais, si me dejais entregado al horrible delirio que me atormenta, sufrid, sufrid, agonizad conmigo. ¡Ah! No, yo no puedo quedarme sólo con el dolor, vivir desesperado..... Pero no, no, vos me amais; es que creeis que satisfaciendo vuestro amor y el mio ofendeis á Dios, y el ofender á Dios os espanta. Sois cobarde; para mí no hay otro Dios que vos; ¿por qué ha de haber para vos en el mundo nada más que yo? Decidme: matad á la Padilla, y la mato. Decidme: matad á vuestros hijos, y por vos los mato.

—¡Oh! ¡Dios mio, qué horror!—exclamó doña María Coronel.—¿Y cómo puedo yo esperar nada por el pobre hijo que me queda si este monstruo no tiene ni áun amor para sus hijos? Salid, y que sea lo que Dios quiera; libradme del horror de

vuestra presencia; que mi hijo muera como ha muerto su hermana; su madre los seguirá.

Y el rey, dominado por la palabra, por el acento de doña María, salió impotente, cobarde, anulado, sin poder hacer otra cosa.

Pero una vez fuera de la influencia inmediata de doña María Coronel, volvió la ferocidad de su empeño.

Se irritó y se determinó á llegar hasta lo horrible.

Esperó, sin embargo, y se limitó á hacer correr la nueva de que el pequeño don Juan estaba ya en una situacion desesperada.

Llegaron estas noticias á doña María, que estuvo á punto de volverse loca.

—¡Ah! No, no,—exclamó,—yo no puedo esperar ya más, es necesario concluir. Y si áun así no puedo salvarle, será que Dios no lo quiere; que su voluntad se cumpla.

Doña María escribió al rey lo siguiente:

«Perdonad, señor, las irreverentes, las desesperadas palabras que os dije el otro dia. Venid, venid, yo os espero. Pero venid esta noche tarde, secretamente; una de mis dueñas, os esperará á la media noche tras el postigo de la torre del Ataud de mi casa.

DOÑA MARÍA CORONEL.»

El rey olvidó todos sus sufrimientos.

Triunfaba al fin.

Un paje, la de doña María.

—Troquemos las copas, señor,—dijo ésta.—Bebamos y volvámoslas á trocar: bebamos cada cual lo que el otro hubiere dejado, como buenos amigos y áun enamorados.

El rey, que era receloso y habia temido que doña María le envenenase, envenenándose con él, se tranquilizó.

Doña María le sonreia.

Sus ojos resplandecian de amor.

—Á nuestra felicidad,—exclamó doña María.

Se chocaron las copas.

Bebieron.

Trocaron las copas y acabaron de consumirlas.

—Hé aquí que nuestros destinos se han unido, —señor,—dijo doña María Coronel.

Su sonrisa se hizo más candente, su mirada más lúcida y más enamorada.

El rey se sentia trasportado á un eden.

No creía haber conocido nada que se pareciese á una sombra de felicidad hasta entónces.

—Servid,—dijo doña María.

El maestresala llegó á la puerta.

Se volvió desde élla.

Pero trayendo tras sí un paje que en una bandeja traia una fuente de plata que humeaba y lanzaba un olor fuerte y característico.

Doña María salió al encuentro del paje que traia aquel servicio.

—Teneos,—le dijo.

El paje se detuvo.

El rey miraba con extrañeza.

Doña María se inclinó de repente y metió el semblante en la fuente, levantándolo casi en el mismo punto.

Simultáneos á esto tuvieron lugar un chirriamiento como el de carne que se frie, y un grito horrible, inarticulado, espantoso.

El paje, aterrado, habia dejado caer la bandeja, y el aceite hirviente en una gran cantidad habia caido sobre la alfombra.

El rey habia acudido espantado, horrorizado, conmovido de una manera horrible.

Apénas si habia llegado á tiempo de sostener á doña María, que habia vacilado.

—¡Ah!—exclamó con la voz del dolor;—mi hermosura ha perecido; que vuestro amor perezca con élla, y que mi hijo, mi pobre hijo se salve.

El semblante de doña María estaba espantoso, completamente rojo, ennegrecidos en parte sus rubios cabellos, inflamadas las mejillas, desconcertadas, descompuestas aquellas admirables formas, los ojos contraidos y arrugados, la boca abrasada.

Un gemido continuo salia de los labios de la infeliz, y su estado aparecia grave, gravísimo.

—¡Mi médico Jacub!—gritó el rey,—¡pronto! ¡id, id, sinó quereis que os haga despedazar!

Algunos de los servidores escaparon.

Otros quedaron á una distancia determinada

por el terror que el rey les causaba, en torno de aquel grupo terrible.

—¡Mi hijo, mi hijo! murmuraba doña María, agitándose convulsiva en los brazos del rey, que la sostenia.

—Vuestros hijos,—exclamó el rey con acento desesperado,—vuestros hijos están sanos y salvos; no les falta nada mas que la libertad, y van á tenerla. Pero vos, vos... ¡Dios mio!

Y el rey lloraba.

—¡Ah! ¡mis hijos, mis hijos sanos y salvos! ¡Que los vea, que los vea yo ántes de morir, pero pronto, pronto, señor, porque siento la muerte!

El rey entregó doña María á sus doncellas, que la pusieron en el lecho.

Entre tanto el rey se paseaba convulso, terrible, desesperado, por la cámara.

Llegó su médico moro Jacub, lumbrera de la ciencia, y su pronóstico fué terrible.

—El aceite hirviendo la ha matado; y si viviera, viviria de una manera terrible. Pero no, no puede vivir, y su muerte será lenta, horrible, causada por una inflamacion del cerebro.

El rey sintió algo terrible en lo íntimo de su ser.

—¡Ah!—exclamó,—¡la mártir! ¡la santa!

Y habia un terrible acento de blasfemia en estas palabras.

Sucedió á poco una escena conmovedora.

El rey don Pedro, conmovido por tanta gran-

deza, vencido por élla, habia hecho venir á los dos niños.

La infeliz doña María los palpaba.

Queria verlos, y no podia.

Queria besarlos, y su boca, contraida por la accion del hirviente aceite, no producia el beso.

El rey, aterrado al fin por tanto horror, huyó.

Tres dias vivió doña María despues de su accion heroica, tres dias de horrible martirio.

Al fin, y habiendo cumplido sus últimos deberes religiosos, murió rodeada de sus leales servidores, y teniendo al lado á su hermana doña Aldonza, atraida y convertida por tanta grandeza, por tanta virtud.

—Aprende en mi ejemplo,—dijo doña María,—y arrepiéntete de no haber hecho como yo; todo, todo ántes que la infamia; todo, todo ántes que vender el alma á un amor perecedero, á un amor repugnante; todo por nuestro honor, por el honor de nuestro esposo, por el nombre de nuestros hijos y por lo que debemos á Dios, que nos ha dado un alma inmortal. Y ahora, no sólo porque Dios te perdone, sino por amor mio, hermana, sé la madre de mis pobres huérfanos.

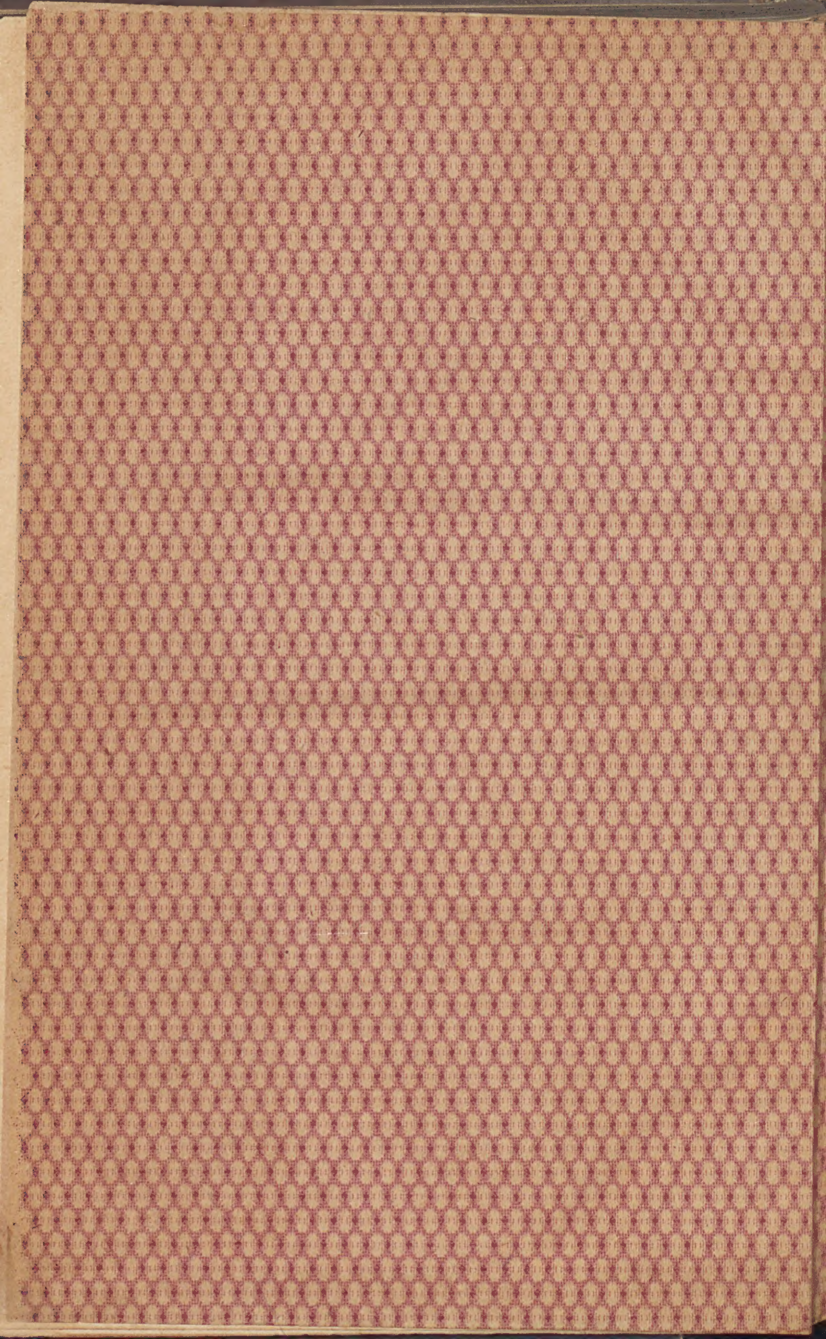
Éstas fueron las últimas palabras que pudo pronunciar, con gran pena y con toda la vehemencia de su alma, doña María Coronel.

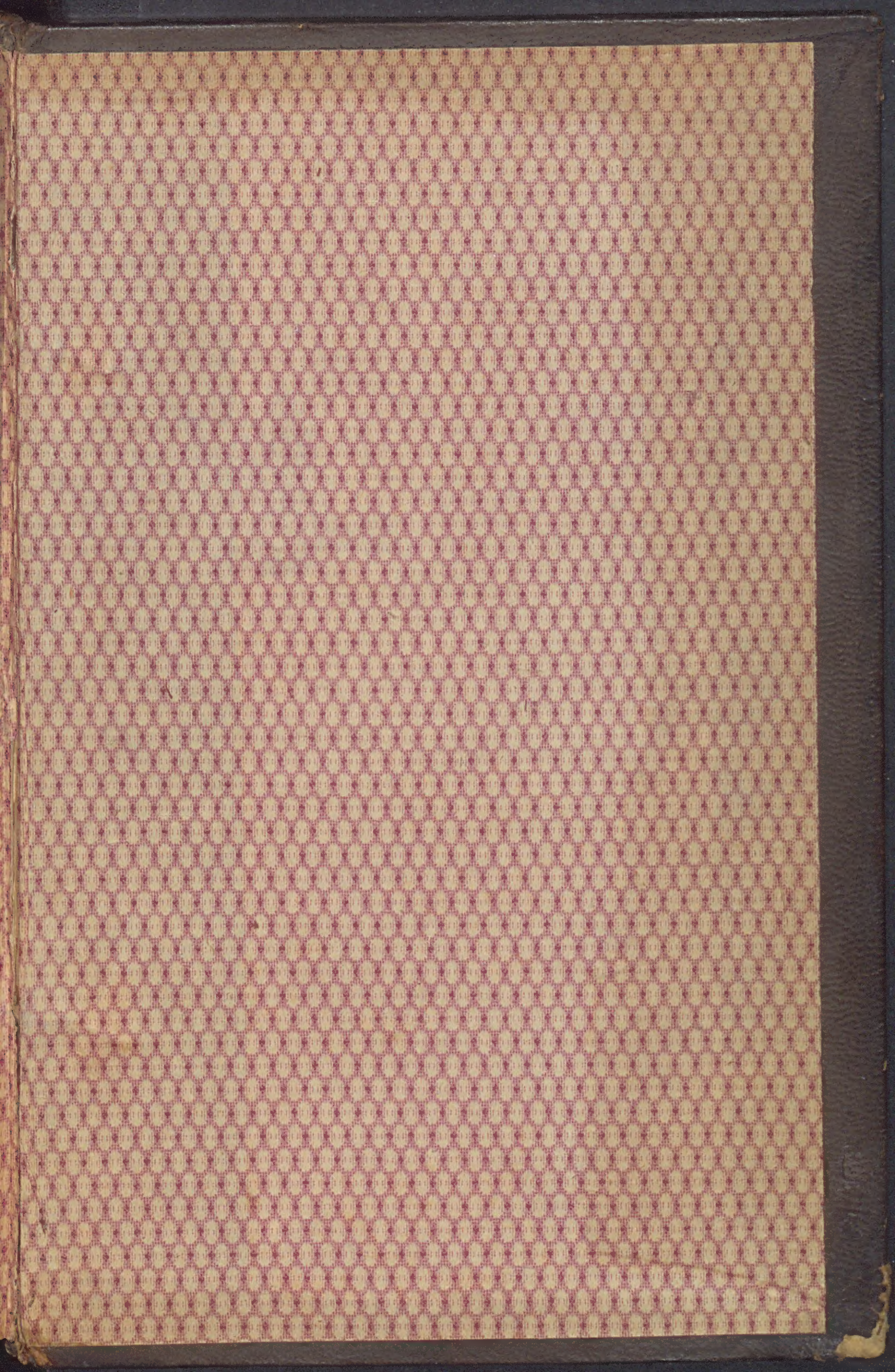
FIN.

ÍNDICE.

Páginas


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA · SEVILLA









254
F. Y GONZALE
D. MARIA
CORONEL
178